San Alfonso María De Ligorio

Meditaciones para Adviento-Navidad

Encarnación, Nacimiento e Infancia de Jesucristo

Ivory Falls Books

San Alfonso María de Ligorio

MEDITACIONES PARA ADVIENTO-NAVIDAD

ENCARNACIÓN, NACIMIENTO E INFANCIA DE JESUCRISTO

®2017 IVORY FALLS BOOKS. Este libro es parte de una colección de los mejores clásicos espirituales, disponibles tanto en formato impreso y libros electrónicos. En Ivory Falls Books nos esforzamos por publicar libros de alta calidad a precios asequibles. Además buscamos uniformidad en el tamaño, la presentación externa y el tipo de letra, que le permite al lector crear una biblioteca bien organizada y de fácil lectura. Para encontrar los títulos disponibles por favor búsquenos en Amazon.com.

Este libro es producto de su tiempo y no refleja necesariamente el pensamiento de la actualidad, el cual ha evolucionado, como lo haría si se hubiese escrito en la actualidad.

CONTENIDOS

MEDITACIÓN I. MISTERIOS DE LA FE. LA ENCARNACIÓN
MEDITACIÓN II. El Amor de Dios manifestado en la Encarnación del Verbo
MEDITACIÓN III. Del Amor de Dios por el hombre
MEDITACIÓN IV. Dios envió a su hijo.
MEDITACIÓN V. Tomando forma de siervo.
MEDITACIÓN VI. Señor creador de cosas nuevas
MEDITACIÓN VII. La vida en el espíritu
MEDITACIÓN VIII. La salvación en Cristo.
MEDITACIÓN IX. Vivir en el amor como Dios nos amó.
MEDITACIÓN X. Jesús varón de Dolores, despreciado…
MEDITACIÓN XI. Jesús cargó con nuestras iniquidades.
MEDITACIÓN XII. Súplica en la desgracia.
MEDITACIÓN XIII. Jesús ante su pasión
MEDITACIÓN XIV. Provecho de la sangre de Cristo
MEDITACIÓN XV. Nacimiento de Jesús en un pesebre.
MEDITACIÓN XVI. Las gracias encontradas en Jesucristo.
MEDITACIÓN XVII. Triunfo de los justos
MEDITACIÓN XVIII. El amor de Dios.
MEDITACIONES PARA LA NOVENA ANTES DE LA NAVIDAD
MEDITACIÓN I. Dios ha entregado a su unigénito para nuestra salvación.
MEDITACIÓN II. Amargura en el corazón de Jesús en el vientre de María.
MEDITACIÓN III. Jesús se ha hecho niño para ganar nuestra confianza y amor.
MEDITACIÓN IV. La Pasión de Jesús duró toda su vida.
MEDITACIÓN V. Jesús se ofrece a sí mismo desde el principio por nuestra salvación.
MEDITACIÓN VI. Jesús prisionero en el vientre de María
MEDITACIÓN VII. La tristeza que la ingratitud del hombre ha causado a Jesús.
MEDITACIÓN VIII. El amor de Dios manifestado al hombre por el nacimiento de Jesús
MEDITACIÓN IX. San José va a Belén con su santa esposa.
MEDITACIONES PARA LA OCTAVA DE NAVIDAD HASTA LA EPIFANÍA.
MEDITACIÓN I. Del Nacimiento de Jesús.
MEDITACIÓN II. Jesús nace niño.
MEDITACIÓN III. De Jesús en fajas
MEDITACIÓN IV. Jesús toma leche.
MEDITACIÓN V. De Jesús sobre la paja.
MEDITACIÓN VI. Jesús que duerme
MEDITACIÓN VII. Jesús que llora.
MEDITACIÓN VIII. Del nombre de Jesús.
MEDITACIÓN IX. De la soledad de Jesús en el establo.
MEDITACIÓN X. De las ocupaciones del niño Jesús en el establo de Belén.
MEDITACIÓN XI. De la pobreza del niño Jesús.
MEDITACIONES PARA LOS DIAS DE LA OCTAVA DE LA EPIFANÍA.
MEDITACIÓN I. De la adoración de los Magos.
MEDITACIÓN II. De la presentación de Jesús al templo
MEDITACIÓN III. De la huida de Jesús a Egipto.
MEDITACIÓN IV. De la mansión de Jesús en Egipto.
MEDITACIÓN V. De la vuelta de Jesús de Egipto.
MEDITACIÓN VI. De la morada de Jesús en Nazaret.
MEDITACIÓN VII. Continúa el mismo asunto.
MEDITACIÓN VIII. De la pérdida de Jesús en el templo.
MEDITACIONES PARA OBSEQUIAR AL CORAZÓN DE JESÚS
MEDITACIÓN I. Corazón amable de Jesús
MEDITACIÓN II. Corazón amante de Jesús.
MEDITACIÓN III. Corazón de Jesús deseoso de ser amado.

MEDITACIÓN IV. Corazón adolorido de Jesús.
MEDITACIÓN V. Corazón piadoso de Jesús.
MEDITACIÓN VI. Corazón liberal de Jesucristo.
MEDITACIÓN VII. Corazón agradecido deJesús.
MEDITACIÓN VIII. Corazón de, Jesús despreciado.
MEDITACIÓN IX. Corazón fiel de Jesús.
DARDOS DE AMOR.
MEDITACIÓN I.
MEDITACIÓN II.
MEDITACIÓN III.
MEDITACIÓN IV.
MEDITACIÓN V.
MEDITACIÓN VI.
MEDITACIÓN VII.
MEDITACIÓN VIII.
MEDITACIÓN IX.
MEDITACIÓN X.
MEDITACIÓN XI.
MEDITACIÓN XII
MEDITACIÓN XIII.
MEDITACIÓN XIV.
MEDITACIÓN XV.
MEDITACIÓN XVI.
MEDITACIÓN XVII.
MEDITACIÓN XVIII.
MEDITACIÓN XIX
MEDITACIÓN XX.
MEDITACIÓN XXI.
MEDITACIÓN XXII.
MEDITACIÓN XXIII.
MEDITACIÓN XXIV.
MEDITACIÓN XXV.
MEDITACIÓN XXVI
MEDITACIÓN XVII.
MEDITACIÓN XXVIII.
MEDITACIÓN XXIX.
MEDITACIÓN XXX.
MEDITACIÓN XXXI
MEDITACIÓN XXXII.
MEDITACIÓN XXXIII.
MEDITACIÓN XXXIV.
MEDITACIÓN XXXV.
MEDITACIÓN XXXVI.
MEDITACIÓN XXXVII
MEDITACIÓN XXXVIII
Máximas para la dirección de un alma que desea alcanzar la perfección

PROTESTA DEL AUTOR.

Para obedecer a los decretos de Urbano VIII yo protesto: que a cuanto en este libro se dirá de milagros, revelaciones, o gracias, no pretendo atribuirles otra autoridad que la puramente humana; y dando a alguno título de Santo; o de Beato, no es mi intención darlo, sino según la costumbre y opinión, exceptuadas aquellas cosas y personas que han sido ya aprobadas por la Santa Sede apostólica.

MEDITACIONES PARA TODOS LOS DIAS DE ADVIENTO HASTA LA NOVENA DEL NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

MEDITACIÓN I. MISTERIOS DE LA FE. LA ENCARNACIÓN

Et incarnatus est de Spiritu Sancto, et homo factus est.

Y encarnóse por obra del Espíritu Santo, y se hizo hombre.

Considera como habiendo creado Dios al primer hombre para que le sirviese y amase en esta vida, y después conducirle a la vida eterna, a reinar en el paraíso; a este fin le enriqueció de luces y de gracias. Pero el hombre ingrato se rebeló contra Dios, negándole la obediencia que le debía de justicia y por gratitud, quedando de esta suerte el miserable privado con toda su descendencia de la divina gracia y excluido por siempre del paraíso. Mira después de esta ruina del pecado perdidos a todos los hombres. Todos vivían ciegos entre las tinieblas, en las sombras de la muerte. Mas Dios, viéndolos reducidos a este miserable estado, determina salvarlos. Y ¿cómo? No manda ya a un Ángel o a un Serafín; sí que para manifestar al mundo el amor inmenso que tenía a estos gusanos ingratos, envió a su mismo Hijo a hacerse hombre, y a vestirse de la misma carne de los pecadores, para que satisfaciese con sus penas y con su muerte a la justicia divina por los delitos de ellos, y así los librase de la muerte eterna; y reconciliándolos con su divino Padre, les alcanzase la divina gracia, y los hiciese dignos de entrar en el reino eterno. Pondera aquí de una parte la ruina inmensa que trae el pecado, privándonos de la amistad de Dios y del paraíso, y condenándonos a una eternidad de penas. Pondera de la otra el amor infinito que Dios mostró en esta grande obra de la Encarnación del Verbo, haciendo que su Unigénito viniese a sacrificar su vida divina por manos de verdugos sobre la cruz en un mar de dolores y vituperios, para alcanzarnos el perdón y la salvación eterna. ¡Ah! que al contemplar este gran misterio y este exceso de amor cada cual no debería hacer otro que exclamar: ¡Oh bondad infinita! ¡oh misericordia infinita! ¡Oh amor infinito! ¿Un Dios hacerse hombre, para venir a morir por mí?...

Afectosy súplicas.

Pero ¿Cómo es, Jesús mío, que aquella ruina del pecado, que Vos habéis reparado con vuestra muerte, yo tantas veces he vuelto después a renovármela voluntariamente con tantas injurias como os he hecho? ¡Vos a tanta costa me habéis salvado, y tantas veces yo he querido perderme, perdiéndoos a Vos, bien infinito! Pero me da confianza lo que Vos habéis dicho: que cuando el pecador que os ha vuelto la espalda, se convierte después a Vos, no dejáis de abrazarlo: *Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros,* decís por el profeta Zacarías (Zac. 1, 3) Habéis también dicho: *Si alguno me abriere la puerta, yo entrare a él (Ap. 3, 20).* He aquí, Señor, yo soy uno de estos rebeldes, ingrato y traidor, que muchas veces os he vuelto las espaldas y os he desechado de mi alma; mas ahora me arrepiento con todo el corazón de haberos de tal manera maltratado, y despreciado

vuestra gracia. Me arrepiento y os amo sobre todas las cosas. Ved la puerta de mi corazón ya abierta; entrad, Señor, pero entrad para no salir jamás. Yo sé que Vos nunca saldréis, si yo no vuelvo a desecharos; pero ¡ah! este es un temor, y esta es también la gracia que os pido, y espero siempre pediros: hacedme morir, antes que yo use con Vos esta nueva y mayor ingratitud. Amable Redentor mío, por la ofensa que os he hecho no merecería ya amaros; pero os pido por vuestros méritos el don del santo amor. Para esto hacedme conocer cuan gran bien es el amor que me habéis tenido, y cuanto habéis hecho para obligarme a amaros. ¡Ah! mi Dios y Salvador, no me hagáis vivir más tiempo ingrato a tanta bondad vuestra. Yo no quiero dejaros más, Jesús mío. Basta cuanto os he ofendido. Razón es que estos años que me restan de vida los emplee todos en amaros y daros gusto. Jesús mío, Jesús mío, ayudadme; ayudad a un pecador que quiere amaros. ¡Oh María, madre mía! Vos todo lo podéis con Jesús, sois su Madre. Decidle que me perdone; decidle que me encadene con su santo amor. Vos sois mi esperanza, en Vos confió.

MEDITACIÓN II. El Amor de Dios manifestado en la Encarnación del Verbo

Et Verbum caro factum est. (Jn. 1, 14).
Y el Verbo fue hecho carne.

El Señor envió a san Agustín para que escribiera sobre el corazón de santa María Magdalena de Pazzi las palabras *Verbum caro factum est.* Por lo que nos interesa, pidamos también nosotros al Señor que nos ilumine el entendimiento, y nos haga conocer que exceso y prodigio de amor ha sido el que el Verbo eterno, el Hijo de Dios, se haya hecho también hombre por amor nuestro. La santa Iglesia se llena de admiración contemplando este misterio, según aquellas palabras: *Considere tus obras, y me pasmé (*Resp. 6 in Circ. Dom.) Si Dios hubiese creado mil mundos mil veces más grandes y más bellos que el presente, es cierto que esta obra sería infinitamente menor que la Encarnación del Verbo. *Fecit potentiam in brachio suo.* Para ejecutar la obra de la Encarnación se ha necesitado toda la omnipotencia y sabiduría infinita de un Dios, haciendo que la naturaleza humana se uniese a una persona divina, y que una persona divina se humillase a tomar la naturaleza humana; de manera, que Dios se hizo hombre y el hombre se hizo Dios; y habiéndose unido la divinidad del Verbo al alma y al cuerpo de Jesucristo, se hicieren divinas todas las acciones de este hombre-Dios: divinas sus oraciones, divinos los padecimientos, divinos los llantos, divinas las lágrimas, divinos los pasos, divinos los miembros, divina aquella sangre, para hacer de ella un baño de salud destinado a lavar todos nuestros pecados, y un sacrificio de infinito valor, para aplacar la justicia del Padre justamente indignado con los hombres. Y ¿quiénes son al fin estos hombres? Miserables criaturas, ingratas y rebeldes. Y ¡por ellas hacerse un Dios hombre! ¡Sujetarse a las miserias humanas! ¡Padecer y morir por salvar a estos seres indignos! *Se humilló a sí mismo,* dice san Pablo, *hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.* (Flp. 2, 8) ¡Oh fe santa! si tu no nos asegurases de esto, ¿quién podría creer jamás que un Dios de infinita majestad se haya abajado hasta hacerse pasible y mortal como nosotros, para salvarnos a costa de tantas penas e ignominias, y de una muerte tan cruel y vergonzosa? ¡Oh gracia! ¡Oh fuerza del amor! exclama san Bernardo. ¡Oh gracia! ¡que ni aun podrían imaginársela los hombres si Dios mismo no hubiese pensado hacérsela! ¡Oh amor divino, que no podrá jamás comprenderse! ¡Oh misericordia! ¡oh caridad infinita, digna solamente de una bondad infinita!

Afectos y súplicas.

¡Oh alma! ¡Oh cuerpo! ¡Oh sangre de mi Jesús! yo os adoro, y os doy gracias. Sois mi esperanza. Vosotros sois el precio pagado para rescatarme del infierno, que tantas veces he merecido. ¡Oh Dios, y que vida tan infeliz y desesperada aguardar debiera en la eternidad, si Vos, Redentor mío, no hubieseis pensado en salvarme con vuestras penas y

con vuestra muerte! Mas ¿Cómo las almas redimidas por Vos con tanto amor, sabiendo esto, pueden vivir sin amaros, y despreciar vuestra gracia, que con tantos trabajos les habéis procurado? ¿Por ventura ignoraba yo todo esto? ¿Cómo, pues, he podido ofenderos, y ofenderos tantas veces? Pero repito, vuestra sangre es mi esperanza. Conozco, Salvador mío, el grande agravio que os he hecho. ¡Oh si hubiese yo muerto mil veces antes! ¡Oh si os hubiese siempre amado! Mas os doy gracias, porque me dais tiempo de verificarlo aun. Espero en lo que me resta de esta vida, y después en la eternidad alabar por siempre la misericordia que conmigo habéis usado. Después de mis pecados, yo merecía más tinieblas, y me habéis dado más luz. Merecía que me abandonaseis, y Vos con voces amorosas os habéis acercado llamándome. Merecía que mi corazón quedase más endurecido, y Vos lo habéis enternecido y compungido. Así es que por vuestra gracia siento ahora un gran dolor de las ofensas que os he hecho; siento en mi un gran deseo de amaros; siento en mí una firme resolución de perderlo todo antes que vuestra amistad; siento un amor hacia Vos que me hace aborrecer todo lo que os desagrade; y este dolor, este deseo, esta resolución y este amor, ¿quién me lo da? Me lo dais Vos por vuestra misericordia. Luego es, Jesús mío, señal de que ya me habéis perdonado; es señal de que ahora me amáis, y queréis salvarme a todo trance. Sí; Vos queréis mi salvación, y yo quiero salvarme, principalmente por daros gusto. Vos me amáis, y también yo os amo; pero os amo poco, dadme más amor: Vos merecéis mas amor de mi, a quien habéis dispensado gracias más especiales que a los demás. Ea, pues, aumentad la llama. María santísima, alcanzadme que el amor de Jesús consuma y destruya en mi todos los afectos que no son para Dios. Vos oís a todos, oídme también: alcanzadme amor y perseverancia.

MEDITACIÓN III. Del Amor de Dios por el hombre

Sic Deus dilexit munaum, ut Filium suum unigenitum daret. (Jn. 3, 16).

De tal manera amó Dios al mundo, que dio su Hijo unigénito.

Considera como el eterno Padre, dándonos al Hijo por Redentor, por víctima y por precio de nuestro rescate, no podía darnos motivos más poderosos de esperanza y de amor; para inspirarnos confianza y para obli garnos a amarle. Dándonos el Padre su Hijo, dice san Agustín, no sabe ni tiene más que darnos. Quiere que nosotros apreciemos este inmenso don, a fin de adquirirnos la salvación eterna y toda gracia que nos sea necesaria para conseguirla, mientras que en Jesús hallamos cuanto podemos desear: luces, fortaleza, paz, confianza, amor y gloria eterna. Siendo cierto que Jesucristo es un don que contiene todos los otros dones, ¿qué podemos buscar y desear? *¿Acaso no nos donó con él todas las cosas?* dice san Pablo (Rm.8,32): Habiéndonos Dios dado a su amado Hijo, que es la fuente y tesoro de todos los bienes, ¿quién puede temer que quiera negarnos alguna gracia que le pidamos? *Jesucristo,* dice el mismo Apóstol, *ha sido hecho por Dios, sabiduría, y justificación, y santificación, y redención. (1Co. 1, 30)* Dios nos le ha dado a nosotros ciegos e ignorantes, como luz y sabiduría, para caminar por la senda de la salvación, a nosotros reos e ingratos, como justicia para satisfacer por nuestras culpas, a nosotros pecadores, para santificarnos. Finalmente, Dios nos le ha dado a nosotros esclavos del demonio, como rescate, para adquirir la libertad de hijos de Dios. En suma, concluye el Apóstol, *con Jesucristo nosotros somos enriquecidos en todas las cosas, de manera que no nos falte cosa alguna en ninguna gracia (1Co. 1, 5-7)* Y este don que nos ha hecho Dios de su Hijo, es un don hecho a cada uno de nosotros; pues que él le ha dado todo a cada uno, como si a él solo fuese donado; así es que cada uno de nosotros puede decir: Jesús es todo mío; mío es su cuerpo y su sangre, mía es su vida, sus dolores, su muerte: míos son sus méritos. Por esto decía san Pablo: *Me amó y se entregó a si mismo por mi. (Gal. 2, 20)* Y lo mismo puede decir cada uno: Mi Redentor me ha amado, y por el amor que me ha tenido, se ha entregado todo a mí.

Afectos y súplicas.

¡Oh Dios eterno! y ¿Quién jamás podía hacer este don que es de infinito valor, sino Vos que sois un Dios de amor infinito? ¡Oh Creador mío! y ¿Qué más podíais hacer para darnos confianza en vuestra misericordia y ponernos en la obligación de amaros? Señor, yo os he pagado con ingratitudes; pero vos habéis dicho por vuestro Apóstol, que a los que aman a Dios todas las cosas les contribuyen al bien: *omnia cooperantur in bonum.* No quiero, pues, que el gran numero y enormidad de mis pecados me hagan descontar de vuestra

bondad; quiero que me sirvan para más humillarme, cuando reciba alguna afrenta. Muchas merece quien ha tenido el atrevimiento de ofenderos, bondad infinita: quiero que me sirvan para mejor resignarme con las cruces que me enviéis: para ser más diligente en serviros y honraros, a fin de compensar las injurias que os he hecho. Quiero, sí, acordarme siempre, o Dios mío, de los disgustos que os he causado, para alabar más vuestra misericordia, y para encenderme siempre más en el amor hacia Vos, que se me habéis acercado cuando huía de Vos, y me habéis hecho tanto bien, después que yo tanto os he maltratado. Espero, Señor, que ya me habréis perdonado. Me arrepiento, y quiero siempre arrepentirme de los ultrajes que os he hecho. Quiero seros agradecido, compensando con mi amor la ingratitud que con Vos he usado. Pero Vos debéis ayudarme, y a Vos pido la gracia de cumplir esta mi voluntad. Haceos amar mucho de un pecador que os ha ofendido también mucho. Dios mío, Dios mío, y ¿quién podrá jamás dejar de amaros, y separarse nuevamente de vuestro amor? ¡Oh María, reina mía! socorredme; Vos sabéis mi debilidad. Haced que yo me encomiende a Vos, siempre que el demonio pretenda separarme de Dios. Madre mía, esperanza mía, ayudadme.

MEDITACIÓN IV. Dios envió a su hijo.

Ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum. (Gal. 4, 4).

Cuando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios a su Hijo.

Considera cómo Dios, después del pecado de Adán, dejó pasar cuatro mil años antes de enviar a la tierra su Hijo para redimir al mundo. Y mientras tanto ¡Oh! ¡Que tinieblas de ruina ocupaban la tierra! El verdadero Dios no era conocido ni adorado sino en un ángulo del mundo apenas. Por todo reinaba la idolatría, siendo adorados por dioses los demonios, las bestias y las piedras. Pero admiremos en esto la sabiduría divina, que difirió la venida del Redentor, para hacerla al hombre más digna de agradecimiento; la difirió, para que se conozca mejor la malicia del pecado, la necesidad del remedio y la gracia del Salvador. Si luego de haber pecado Adán hubiese venido Jesucristo, se habría estimado poco la grandeza del beneficio. Agradezcamos, pues, la bondad de Dios por habernos hecho nacer después que ya se ha cumplido la grande obra de la Redención. Ved llegado ya el tiempo dichoso que fue llamado la plenitud de todos ellos, por el lleno de la gracia que el Hijo de Dios vino a comunicar a los hombres por medio de la Redención.

El Ángel embajador es enviado a la ciudad de Nazaret a la Virgen María, para anunciarle la venida del Verbo, que quiere encarnarse en su seno; la saluda, la llama llena de gracia y la bendita entre las mujeres. Ella, la elegida por Madre del Hijo de Dios, la humilde Virgen se turba al oír estas alabanzas; mas el Ángel la anima, y le dice que ha hallado gracia delante de Dios, esto es, aquella gracia que traía la paz entre Dios y los hombres, y la reparación de la ruina ocasionada por el pecado. Le advierte después el nombre de Salvador, que debe imponerle a este su Hijo, y que era al mismo tiempo Hijo de Dios, que debía redimir al mundo y reinar sobre los corazones de los hombres. Miremos finalmente cómo María acepta el ser Madre de tal Hijo al pronunciar aquellas palabras: «Hágase en mi según tu palabra». *Fiat mihi secundum verbum tuum.* «El Verbo eteno toma carne y se hace hombre»: *et Verbum caro factum est.* Demos gracias a este Hijo, y démoslas también a esta Madre, que al aceptar serlo de un tal Hijo, acepta al mismo tiempo ser madre de nuestra salvación, y juntamente Madre de dolores, resignándose desde luego al anuncio de los que había de padecer, por ser madre de su Hijo, que venía a padecer y morir por los hombres.

Afectos y súplicas.

¡Oh Verbo divino hecho hombre por mí! aunque os vea tan humillado, y formado pequeño infante en el vientre de María, yo os confieso y os reconozco por mi Señor y Rey, pero Rey de amor. Mi amado Salvador; ya que habéis venido a la tierra a vestiros de

nuestra carne para reinar sobre nuestros corazones, venid a establecer vuestro reino sobre mi corazón, que algún tiempo ha estado dominado por vuestros enemigos. Pero ahora es vuestro, como confío; y quiero que siempre lo sea, y que de hoy en adelante seáis Vos su único Señor. *Domina en medio de tus enemigos,* os diré con David: *Dominare in medio inimicorum tuorum (Sal. 110 (109), 2)* Los otros reyes reinan con la fuerza de las armas; pero Vos venís a reinar con la fuerza del amor, y por esto no venís con pompa regia, no vestido de purpura ni de oro, no adornado de cetro ni de corona, ni rodeado de ejércitos y soldados. Venís a nacer en un establo, pobre, abandonado, y a ser colocado en un pesebre sobre un poco de heno, porque así queréis comenzar a reinar en nuestros corazones. ¡Ah! mi Rey niño! y ¿Cómo he podido yo rebelarme tantas veces contra Vos, y vivir tanto tiempo enemigo vuestro, privado de vuestra gracia, cuando para obligarme a amaros habéis depuesto vuestra majestad divina, y os habéis humillado tanto, hasta comparecer ahora de niño en una gruta, luego de adulto en un taller, y después reo sobre la cruz? ¡Feliz de mi si ahora que he salido, como espero, de la esclavitud del pecado, me dejara dominar siempre de Vos y de vuestro amor! ¡Oh mi rey Jesús! que sois tan amable y tan amante de nuestras almas, tomad posesión tal de la mía, a Vos la entrego toda. Aceptadla, para que os sirva por siempre, pero por amor. Vuestra majestad merece ser temida; pero más merece ser amada vuestra bondad. Vos, Rey mío, sois y seréis mi único amor; y el único temor que tendré en esta vida, será el de disgustaros. Así lo espero. Ayudadme con vuestra gracia. Amada Señora mía María, Vos me habéis de alcanzar el ser fiel a este amado Rey de mi alma.

MEDITACIÓN V. Tomando forma de siervo.

*Formam servi accipiens. (Fl*p. 2, 7).

Tomando forma de siervo.

Baja a la tierra el Verbo eterno para salvar al hombre; y ¿de dónde desciende? Del seno de su divino Padre, en el que desde la eternidad fue engendrado entre los resplandores de los Santos. Y ¿a dónde desciende? Al seno de una virgen, hija de Adán, que respecto al seno de Dios no es sino un lugar de horror; de donde canta la Iglesia: *Non horruisli virginis uterum. Sí,* porque el Verbo, estando en el seno del Padre, es Dios como el Padre, inmenso, omnipotente, felicísimo y supremo Señor, en todo igual al Padre. Mas en el seno de María es criatura, pequeñito, débil, afligido, siervo y menor que el Padre. Cuéntase por prodigio grande de humildad que un san Alejo, hijo de un señor romano, quiso vivir de criado en la casa de su padre; pero; ¿qué tiene que hacer la humildad de un tal Santo con la de Jesucristo? Entre hijo y criado del padre de aquel, había alguna diferencia de condición; mas entre Dios y siervo de Dios, hay una diferencia infinita. Por otra parte este Hijo de Dios, habiéndose hecho siervo de su Padre, por obedecerle se hizo también siervo de sus criaturas, esto es, de María y de José; pues, como nos dice san Lucas, *estaba sujeto a ellos. (Lc. 2, 51)* Además, se hizo siervo de Pilatos, que lo condenó a muerte, la cual aceptó obediente; se hizo finalmente siervo de los verdugos que quisieron azotarle, coronarle de espinas y crucificarle, obedeciendo Jesús humildemente a todos, sometiéndose a sus manos. ¡Oh Dios! Y ¿nosotros rehusaremos después sujetarnos al servicio de este amable Salvador, que por redimirnos se ha sujetado a tantas servidumbres, tan penosas e indecorosas? Y por no ser siervos de este tan grande y tan amante Señor, ¿querremos hacernos esclavos del demonio que no nos ama, sí que nos odia y nos trata cual tirano, haciéndonos infelices y miserables en esta vida y en la otra? Pero, si hemos cometido esta gran locura, ¿por qué no salimos presto de esta infeliz esclavitud? Ea; pues, ya que hemos salido por la gracia de Jesucristo de la servidumbre del infierno; abracemos prontamente y estrechemos con amor aquellas dulces cadenas que nos hacen siervos y amantes de Jesucristo; las cuales nos obtendrán después la corona del reino eterno entre los bienaventurados del paraíso.

Afectos y súplicas.

Amado Jesús mío, Vos sois el monarca del cielo y de la tierra; mas por amor mío os habéis hecho súbdito hasta de los verdugos, que os han despedazado las carnes, traspasado la cabeza, y os han dejado finalmente enclavado sobre la cruz a morir de dolor. Yo os adoro por mi Dios y Señor, y me avergüenzo de comparecer en vuestra presencia, acordándome que tantas veces por cualquier mísero gusto he roto los santos

vínculos, y os he dicho en vuestro rostro no querer serviros. Sí, justamente, pues Vos me echáis en cara: *Rompiste mis ataduras, y dijiste no serviré. (Jr. 2, 20)* Pero me animan a esperar el perdón, o Salvador mío vuestros méritos y vuestra bondad, que no sabe despreciar un corazón que se arrepiente y humilla: *Cor contritum et humiliatum, Deus, nos despicies.* Confieso, Jesús mío, que sin razón os he disgustado; confieso que merezco mil infiernos por las ofensas que os he hecho; castigadme como queráis, mas no me privéis de vuestra gracia y amor. Me pesa sobre todo mal de haberos despreciado. Os amo con toda mi alma. Propongo de hoy en adelante querer solamente servir y amar a Vos. ¡Ah! por vuestros méritos ligadme con las cadenas de vuestro santo amor; no permitáis que yo me vea suelto de ellas. Os amo sobre todas las cosas. ¡Oh libertador mío! yo estimo más ser vuestro siervo que dueño de todo el mundo. Y ¿de qué sirve todo el mundo a quien vive privado de vuestra gracia? Jesús dulcísimo, no permitáis que me separe de Vos. Esta gracia os pido, y esta gracia propongo buscar siempre; y os suplico que me concedáis hoy la de repetiros en toda mi vida: *Jesús mío, no permitáis que yo me separe más de vuestro amor.* Lo mismo os pido a Vos ¡Oh María! madre mía, ayudadme con vuestra intercesión, a no separarme más de mi Dios.

MEDITACIÓN VI. Señor creador de cosas nuevas

Creavit Dominus novum super terram. (Jr. 31, 2).

El Señor ha creado una cosa nueva sobre la tierra.

Antes de la venida del Mesías, el mundo estaba sepultado en una noche tenebrosa de ignorancia y de pecados. Apenas el verdadero Dios era conocido en un solo ángulo de la tierra, a saber; en la Judea. En lo restante reinaba la más espantosa idolatría. Todo lo ocupaba la noche del pecado, el cual ciega a las almas y las llena de vicios, y las priva de ver el miserable estado en que viven, enemigas de Dios, condenadas al infierno; pudiendo decir con el Salmista: *Pusiste tinieblas, y fue hecha la noche; en ella transitarán todas las bestias de la selvas. (Sal. 103, 20)* De estas tinieblas, pues, vino Jesús a libertar el mundo. Lo libró de la idolatría, dando a conocer al verdadero Dios, y lo libró del pecado con la luz de su doctrina y de sus divinos ejemplos; pues como dice san Juan: *Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. (1Jn. 3, 8)* Predijo el profeta Jeremías, que Dios debía crear un nuevo niño, para ser el Redentor de los hombres: *Creavit Dominus novum super terram. (Jr. 31, 22)* Este nuevo niño fue Jesucristo; él es el Hijo de Dios, que enamora al paraíso, y es el amor del Padre, el cual habló de esta manera: *Este es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido (Mt. 16, 5)* Y este Hijo es aquel que se ha hecho niño, habiendo dado más gloria y honor en el primer momento que ha sido creado, que le han dado y estarán para darle todos los Ángeles y Santos juntos por toda una eternidad. Por esto en el nacimiento de Jesús cantaron los Ángeles: *Gloria a Dios en las alturas.* Ha dado, repito, a Dios más gloria Jesús aun niño, que le quitaron todos los pecados de los hombres. Cobremos, pues, animo nosotros pobres pecadores, ofrezcamos al eterno Padre este Infante, presentémosle las lágrimas, la obediencia, la humildad, la muerte y los méritos de Jesucristo, y recompensaremos a Dios las injurias que le hemos hecho con nuestras ofensas.

Afectos y súplicas.

¡Ah mi Dios eterno! yo os he deshonrado posponiendo tantas veces vuestra voluntad a la mía, y vuestra santa gracia a mis viles intereses y miserables satisfacciones... ¡Que esperanza de perdón habría para mí; si Vos no me hubieseis dado a Jesucristo precisamente a este fin, para que fuese la esperanza de nosotros pecadores? Él es, dice el Apóstol, *propiciación por los pecados nuestros.* Sí, porque Jesucristo sacrificándoos la vida en satisfacción de las injurias que nosotros os hemos hecho, os ha dado más honor, que nosotros deshonra con nuestros pecados. Recibidme, pues, o Padre mío, por amor de Jesucristo. Me arrepiento, o bondad infinita, de haberos ultrajado: *He pecado contra el cielo y en vuestra presencia; no soy digno de llamarme hijo tuyo.* Ciertamente yo no soy digno de perdón, pero es digno Jesucristo de ser oído de Vos. Él os rogó por mí un día en la cruz: *Pater ignosce,* y ahora en el cielo os está diciendo, que me recibáis por hijo: *Tenemos por abogado con el Padre a Jesucristo, que intercede por nosotros,* dice san Juan (1Jn. 2, 1) Recibid un hijo ingrato que antes os dejó, mas ahora vuelve resuelto a amaros otra vez. Si, Padre mío, yo os amo, y quiero siempre amaros. ¡Ah! Padre mío, ahora que he conocido el amor que me habéis tenido, y la paciencia con que me habéis sufrido tantos años, no me fio de vivir más sin amaros. Dadme un grande amor, que me haga siempre llorar los disgustos que he dado a Vos, Padre mío, tan bueno, y me haga siempre arder de amor hacia un Padre tan amante. Padre mío, yo os amo, yo os amo, yo os amo. ¡Oh María! Dios es mi Padre, y Vos sois mi Madre. Todo lo podéis con Dios, ayudadme, alcanzadme la santa perseverancia y su santo amor.

MEDITACIÓN VII. La vida en el espíritu

Deus Filium suum millens in similitudinem carnis peccati, et de peccato damnavit peccatum in carne. (Rm. 8, 3).

Enviando Dios su Hijo en carne semejante a la del pecado, condenó al pecado en la carne.

Considera el humilde estado a que quiso abatirse el Hijo de Dios; no solo quiso tomar, la forma de esclavo, sino de esclavo pecador. Por cuya razón escribió san Bernardo: «No solo quiso tomar la condición de siervo, para sujetarse a otro, el que era Señor de todas las cosas; sino además la semejanza de siervo delincuente, para ser castigado como malhechor, el que era el Santo de los Santos». A este fin quiso vestirse de aquella misma carne de Adán, que había sido inficionada del pecado; y si bien no contrajo su mancha, tomó sobre sí nada menos que todas las miserias que la naturaleza humana había contraído en pena del pecado.

Nuestro Redentor, para alcanzarnos la salvación, se ofreció voluntariamente al Padre a satisfacer por todas nuestras culpas. El Padre le cargo de todas nuestras maldades; y he aquí al Verbo divino, inocente, purísimo, santo, helo cargado desde niño de todas las iniquidades, de las blasfemias, sacrilegios, fealdades y delitos de los hombres, hecho por amor nuestro el objeto de las divinas iras en razón del pecado, por el que se había obligado a pagar a la divina justicia. Así que, tantas fueron las maldiciones que tomó sobre si Jesucristo, cuantos fueron y serán los pecados mortales de todos los hombres. Venido que hubo al mundo, desde el principio de su vida se presentó al Padre cual reo y deudor de todas nuestras maldades; y como tal, fue condenado a morir ajusticiado y maldecido sobre la cruz: *Et de peccato damnavit peccatum in carne.* ¡Oh Dios! si el eterno Padre hubiese sido capaz de dolor; ¿qué mayor pena hubiera experimentado, que la de verse obligado a tratar como reo, y reo el más malvado del mundo, a aquel Hijo inocente, su amado, que era tan digno de su amor?

Ecce Homo, dijo Pilatos cuando le mostró a los judíos azotado, para moverlos a compasión de aquel inocente tan maltratado. *Ecce Homo,* parece que el eterno Padre diga a todos nosotros, mostrándonoslo en el establo de Belén. «Este pobre niño que veis, o hombres, puesto en un pesebre de bestias, recostado sobre la paja, sabed que este es mi Hijo amado, que ha venido a cargar con vuestros pecados y vuestras penas; amadle, pues, porque es muy digno de vuestro amor; y os tiene muy obligados a amarle».

Afectos y súplicas.

¡Ah! mi Señor inocente, espejo sin mancha, amor del eterno Padre, no os pertenecían los castigos y maldiciones; tocaban, si, a mí pecador: Pero Vos habéis querido manifestar al mundo este exceso de amor, sacrificando vuestra vida para alcanzarnos el perdón y la salvación, pagando con vuestras penas las que nosotros merecíamos. Alaben y bendigan todas las criaturas vuestra misericordia y bondad infinita. Yo os doy, gracias por parte de todos los hombres; pero especialmente por mí, ya que habiéndoos ofendido yo más que los otros, habéis sufrido también más por causa mía las penas a que os sujetasteis. Maldigo mil veces aquellos indignos placeres míos, que os han costado tantos dolores. Mas, ya que habéis dado el precio de mi rescate, haced que no sea perdida para mí la sangre que por mi amor habéis derramado. Yo tengo dolor de haberos despreciado, amor mío, pero os lo pido mayor. Hacedme conocer, el mal que os he hecho en ofenderos, mi Redentor y mi Dios, que habéis padecido tanto por obligarme a amaros. Os amo, bondad infinita, pero deseo amaros más; quisiera amaros cuanto merecéis ser amado. Haceos amar, o Jesús mío, haceos amar de mí y de todos, que bien lo merecéis. ¡Ah! iluminad a los pecadores que no os quieren conocer, o no os quieren amar; hacedles entender que es lo que habéis hecho por amor a ellos, y el deseo que tenéis de su salvación.

María santísima, rogad a Jesús por mí, por mí y por todos los pecadores; alcanzadnos luz y gracia de amar a vuestro Hijo, que tanto nos ha amado...

MEDITACIÓN VIII. La salvación en Cristo.

Deus autem, qui dives est in misericordia, propter nimiam charitatem suam qua dilexit nos, et cum essemus mortui peccatis, convivificavit nos Christo. (Ef. 2, 4- 5).

Mas, Dios, que es rico en misericordia, por su extremada caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente con Cristo.

Considera que la muerte del alma es el pecado; pues que este enemigo de Dios nos priva de la divina gracia, que es la vida del alma. Nosotros; miserables pecadores, por nuestras culpas estábamos ya todos muertos y condenados al infierno. Dios, por el inmenso amor que tenía a nuestras almas, quiso volvernos la vida, y ¿qué hizo? Envió a la tierra su Unigénito, para que muriese, a fin de que el mismo nos recobrase la vida con su muerte. Con razón, pues; el Apóstol, llama a esta obra de amor, *extremada caridad. Sí,* porque no pudiera jamás esperar el hombre recibir de un modo tan amoroso la vida, si Dios no hubiese hallado esta manera de redimirle para siempre, *¡aeterna redemptione in venta! (Hb. 9, 12)* Estaban todos los hombres muertos, y no había redención para ellos. Pero el Hijo de Dios, por las entrañas de su misericordia, viniendo del cielo, *oriens ex alto,* nos ha dado la vida; y por esto justamente llama el Apóstol *a Jesucristo nuestra* vida. He aquí a nuestro Redentor, que vestido ya de carne y hecho niño nos dice: *He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia (Jn. 10, 10)* A este, fin vino a tomar sobre sí la muerte, para darnos la vida. Razón *es, pues,* que nosotros vivamos solamente para aquel Dios que se ha dignado morir por nosotros: razón es que Jesucristo sea el único Señor de vuestro corazón, ya que ha derramado su sangre, y dado la vida para ganárselo; porque, como dice san *Pablo: Por esto murió Cristo y resucitó, para ser Señor de muertos y de vivos (Rm. 14, 9)* ¡Oh Dios! ¿Quién será aquel ingrato e infeliz, que creyendo por la fe haber muerto un Dios para cautivarse su amor, rehúse después amarle; y renunciando a su amistad, quiera hacerse voluntariamente esclavo del infierno?

Afectos y súplicas.

¡Con qué, Jesús mío si Vos no hubieseis aceptado y sufrido la muerte por mí, yo habría quedado muerto en mi pecado; sin esperanza de salvarme, y de poder ya más amaros! Pero después que con vuestra muerte me habéis alcanzado la vida, yo de nuevo la he perdido voluntariamente tantas veces, volviendo a pecar. Vos habéis muerto por ganar mi corazón, y yo rebelándome contra vos, lo he hecho esclavo del demonio. Os he perdido el respeto, y he dicho no quereros por mi Señor. Todo es verdad; mas lo es también que Vos no queréis la muerte del pecador, sí que se convierta y viva; y por esto habéis muerto, por darnos la vida. Yo me arrepiento de haberos ofendido, Redentor mío

amado, y Vos perdonadme por los méritos de vuestra pasión; dadme vuestra gracia; dadme aquella vida que me habéis adquirido con vuestra muerte, y de hoy en adelante dominad plenamente en mi corazón. No, no quiero que sea más dueño el demonio; él no es mi Dios, no me ama, nada tampoco ha padecido por mí. Por lo pasado, no ha sido verdadero señor de mi alma, sino ladrón; Vos solo, Jesús mío, sois mi verdadero dueño, que me habéis criado, y redimido con vuestra sangre; Vos solo me habéis amado, y amado tanto. Razón es, pues, que sea solamente vuestro en el tiempo que me resta de vida. Decid que es lo que queréis de mí, que todo quiero hacerlo. Castigadme como os plazca, yo todo lo acepto. Ahorradme solo el castigo de vivir sin vuestro amor, haced que os ame, y después disponed como queráis de mí.

María santísima, refugio y consuelo mío, recomendadme a vuestro Hijo. Su muerte y vuestra intercesión son toda mi esperanza.

MEDITACIÓN IX. Vivir en el amor como Dios nos amó.

Dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis. (Ef. 5, 2).
Nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros.

Considera como el Verbo eterno es aquel Dios infinitamente feliz en sí mismo; de manera que su felicidad no puede ser ya más grande, ni la salvación de todos los hombres podía aumentarla, ni disminuirla cosa alguna. Y con todo, ha hecho, y padecido tanto por salvarnos a nosotros miserables gusanos, «que si su bienaventuranza (dice santo Tomas) hubiese dependido de la del hombre, no habría podido padecer ni sufrir más»: *Quasi sine ipso beatus, esse non posset. Y* en verdad, si Jesucristo no pudiera haber sido bienaventurado sin redimirnos; ¿cómo hubiera podido humillarse más de lo que se ha humillado; hasta tomar sobre si nuestras enfermedades, los abatimientos de la infancia, las miserias de la vida humana, y una muerte tan cruel e ignominiosa? Solo un Dios era capaz de amar con tanto exceso a nosotros miserables pecadores, que éramos tan indignos de ser amados. Dice un devoto autor; que si Jesucristo nos hubiese permitido pedirle las pruebas más grandes de su amor; ¿quién jamás se habría atrevido a demandarle que se hiciese niño como nosotros, que se vistiese de todas nuestras miserias, y además fuese el más pobre entre todos los hombres, el más vilipendiado y el más maltratado, hasta morir por manos de verdugos y a fuerza de tormentos sobre un infame patíbulo, maldecido y abandonado de todos, hasta de su mismo Padre que desampara el Hijo, por no dejarnos sepultados en nuestras ruinas? Pero lo que nosotros no nos habríamos ni aun atrevido a pensar, el Hijo de Dios lo pensó, y lo ha ejecutado. Desde niño se ha sacrificado por nosotros a las penas, a los oprobios y a la muerte. *Dilexit nos, el tradidit semetipsum pro nobis. Nos* ha amado, y por amor se nos ha dado a sí mismo, a fin de que ofreciéndole por victima al Padre en satisfacción de nuestras deudas, podamos por sus méritos alcanzar de la bondad divina cuantas gracias deseemos: víctima más estimada al Padre, que si le fuesen ofrecidas las de todos los hombres, y de todos los ángeles. Ofrezcamos, pues, nosotros siempre a Dios los méritos de Jesucristo, y por ellos pidamos y esperemos todo bien.

Afectos y súplicas.

¡Jesús mío! demasiada injusticia haría yo a vuestra misericordia y a vuestro amor, si después que me habéis dado tantas muestras del afecto que me tenéis, y de la voluntad de salvarme, desconfiase de vuestra piedad y amor. ¡Mi amado Redentor! yo soy un pobre pecador, pero a estos habéis venido Vos a buscar, según aquello que dijisteis: No *he venido a llamar los justos, si los pecadores.* Soy un pobre enfermo, pero a estos habéis venido a curar. Estoy perdido por mis pecados, mas a tales perdidos habéis venido a salvar, *porque el Hijo del hombre vino a salvar lo que había perecido (Mt. 18, 11)*, ¿Qué

puedo temer, pues, si quiero enmendarme y ser vuestro? Solamente debo temer de mí y de mi debilidad; pero esta mi debilidad y pobreza debe aumentarme la confianza en Vos, que habéis protestado ser el refugio de los pobres, y escuchar sus deseos (Sal. 9, 10; Sal. 10, 17) Esta gracia, pues, os pido, Jesús mío, dadme confianza en vuestros méritos, y haced que por ellos siempre me encomiende a Dios. Padre eterno, salvadme del infierno, y antes del pecado por amor de Jesucristo. Por los méritos de este Hijo dadme luz para seguir vuestra voluntad dadme fuerza contra las tentaciones; dadme el don de vuestro santo amor. Y sobre todo os suplico me deis la gracia de pediros siempre que me ayudéis por amor de Jesucristo, el cual ha prometido que Vos concederéis cuanto os pidiéremos en su nombre. Si de esta manera continúo pidiéndoos, ciertamente me salvare; pero si no lo hago así, me perderé seguramente.

María santísima, alcanzadme esta gracia suma de la oración, de perseverar encomendándome a Dios y también a Vos, que alcanzáis de Dios cuanto queréis.

MEDITACIÓN X. Jesús varón de Dolores, despreciado…

Virum dolorum el scientem infirmitatem. (ls. 53, 3).
Varón de dolores y que sabe de trabajos.

Así llamó el profeta Isaías a Jesucristo, el *hombre de dolores;* sí, porque este hombre fue engendrado para padecer, y desde niño comenzó a sufrir los mayores dolores que jamás habían sufrido los otros.

El primer hombre Adán tuvo algún tiempo en que gozó en esta tierra las delicias del *paraíso* terrenal. Pero el segundo Adán, Jesucristo, no tuvo momento alguno de su vida que no estuviese lleno de afanes y agonías; habiéndole ya afligido desde niño la vista funesta de todas las penas e ignominias que debía padecer en su vida, y especialmente después en su muerte, sumergido en una tempestad de dolores y oprobios; como ya predijo David por aquellas palabras: He *llegado a alta mar, y la tempestad me ha anegado. (Sal. 63, 3)* Jesucristo desde el vientre de María aceptó la obediencia dada a él por el Padre, acerca de su pasión y muerte: *Factus obediens usque ad mortem (Flp. 2, 8)*; pues que desde el vientre de María previó los azotes, y ofreció a estos sus carnes: previó las espinas y ofrecióles su cabeza: previó las bofetadas y ofreció sus mejillas: previó los clavos y ofreció las manos y los pies: previó la cruz y ofreció su vida. De aquí fue, que nuestro Redentor desde la primera infancia, en todos los momentos de su vida padeció un continuo martirio, y este le ofreció sin cesar por nosotros al eterno Padre. Pero lo que más le afligió fue la vista de los pecados que debían cometer los hombres, aun después de su penosa redención.

Conocía bien con su luz divina la malicia de todos los pecados, y para quitarlos venía al mundo; mas viendo además un numero grande que se habían de cometer después, esto dio mayor pena al corazón de Jesús, que las penas que han padecido y padecerán todos los hombres de la tierra.

Afectos y súplicas.

Dulce Redentor mío, ¿cuándo será que yo comience a ser agradecido a vuestra bondad infinita? ¿Cuándo comenzaré a reconocer el amor que me habéis tenido, y las penas que por mi habéis sufrido? Hasta aquí en vez de amor y gratitud os he dado ofensas y desprecios. ¿Deberé, pues, seguir siempre viviendo ingrato a Vos, Dios mío, que nada habéis excusado por conquistaros mi amor? No, *Jesús mío, no ha* de ser *así.* Yo quiero en los días que me restan de vida seros agradecido, y Vos me habéis de ayudar. Si os he ofendido, vuestras penas y vuestra muerte son mi esperanza. Vos habéis prometido perdonar al que se arrepiente. Yo me arrepiento con toda el alma de haberos despreciado.

Cumplid vuestra palabra, amor mío, perdonadme. Oh mi amado Niño, en ese

pesebre os contemplo clavado ya en la cruz que tenéis presente y aceptáis por mí. Infante mío crucificado, os diré, yo os doy gracias y os amo. Vos sobre esa paja, padeciendo por mí, y preparándoos ya para morir por mi amor, me convidáis y mandáis que os ame diciendo: Amarás al *Señor tu Dios. Y yo no* deseo otra cosa que amaros. Ya, pues, que de mi queréis ser amado, dadme todo el amor que de mi exigís. El amor hacia Vos es don vuestro, y el don más grande que podéis hacer a un alma. Aceptad, oh Jesús mío, por amante vuestro un pecador que tanto os ha ofendido. Vos habéis venido del cielo a buscar las ovejuelas perdidas: buscadme, pues, que yo no busco a otro que a Vos. Queréis mi alma, y ella no quiere a otro que a Vos. Amáis a quien os ama diciendo *Diligentes me diligo*. Yo os amo, amadme también Vos, y si me amáis, atadme a vuestro amor, y atadme de manera que no pueda separarme más de Vos.

María madre mía, ayudadme. Sea también vuestra gloria ver amado a vuestro Hijo de un miserable pecador, que antes tanto le ha ofendido.

MEDITACIÓN XI. Jesús cargó con nuestras iniquidades.

Iniquilates nostras ipse portavit. (ls. 53).

Llevó sobre sí nuestras maldades.

Considera como el Verbo divino, haciéndose hombre, no solo quiso tomar la figura de pecador, sino que también cargar sobre sí todos los pecados de los hombres, y satisfacer por ellos como si fuesen propios, es decir, como si los hubiese cometido. Ahora pensemos de aquí en que opresión y angustia debía hallarse el corazón del niño Jesús, que ya se había cargado con todos los pecados del mundo, viendo que la justicia divina pedía de él una plena satisfacción. Conocía bien la malicia de todo pecado, cuando con la luz de la divinidad que le acompañaba comprendía inmensamente, más que todos los hombres y todos los ángeles, la infinita bondad de su Padre, y el mérito infinito que tiene para ser respetado y amado. Después veía a las claras delante de sí innumerables pecados de los hombres, por los que debía el padecer y morir.

Hizo ver el Señor una vez a santa Catalina de Génova la fealdad de una sola culpa venial; y a tal vista, fue tan grande el espanto y el dolor de la Santa, que cayó desmayada en tierra. ¿Qué pena sería, pues, la de Jesús niño, al verse luego que vino al mundo presentado ante el inmenso cúmulo de maldades de todos los hombres, por las cuales debía satisfacer? «Ya entonces, dice san Bernardino de Sena, tuvo conocimiento de cada culpa en particular de todos los hombres». Por esto añade el cardenal Hugo, que los verdugos le atormentaron exteriormente crucificándole; pero nosotros interiormente pecando; y más afligió al alma de Jesucristo cada pecado nuestro, que afligió a su cuerpo la crucifixión y la muerte. He aquí, pues, la recompensa que ofreció a este divino Salvador cualquiera que se acuerde de haberle ofendido con pecado mortal.

Afectos y súplicas.

Mi amado Jesús, yo que hasta ahora os he ofendido, no soy digno de gracia; mas por el mérito de aquellas penas que padecisteis y ofrecisteis a Dios a la vista de todos mis pecados, satisfaciendo por ellos a la justicia divina, hacedme participante de la luz con que vos entonces conocisteis su malicia, y de aquella aversión con que los detestasteis. Porque ¿se habrá de verificar, o mi Salvador, que yo soy verdugo de vuestro corazón todos los momentos de vuestra vida, y aún más cruel que cuantos os crucificaron? ¿Y que esta pena la he renovado y acrecentado siempre que he vuelto a ofenderos? Señor, Vos habéis muerto ya para salvarme; pero no basta para esto vuestra muerte, si yo de mi parte no detesto sobre todo mal y no tengo verdadero dolor de las ofensas que os he hecho. Mas este dolor también me lo habéis de dar Vos, que lo dais a

quien os lo pide. Yo os lo pido por el mérito de todas vuestras penas que padecisteis en esta tierra dádmelo tal, que corresponda a mi malicia. Ayudadme, Señor, a hacer este acto de contrición:

Eterno Dios, sumo e infinito bien; yo miserable gusano he tenido el atrevimiento de perderos el respeto, y despreciar vuestra gracia. Yo detesto sobre todo mal y aborrezco la injuria que os he hecho; me arrepiento de ello con todo el corazón, no tanto por el infierno que he merecido, cuanto porque he ofendido vuestra infinita bondad. Espero por los méritos de Jesucristo que me perdonareis, y espero también con el perdón la gracia de amaros. Os amo, o Dios digno de infinito amor, y siempre quiero repetiros, yo os amo, yo os amo, yo os amo, y como os decía vuestra amada santa Catalina de Génova estando al pie de vuestra cruz, de la misma manera yo que estoy a vuestros pies quiero deciros: «Señor mío, no más pecados, no más pecados». No, Jesús mío, que Vos no merecéis ser ofendido, sí que solamente merecéis ser amado. Redentor mío, ayudadme.

Madre mía María socorredme, no os pido otra cosa que vivir amando a Dios en esta vida que me resta.

MEDITACIÓN XII. Súplica en la desgracia.

Dolor meus in conspectu meo semper. (Sal. 37, 18).
Mi dolor está siempre delante de mí.

Considera como todas las penas e ignominias que Jesús padeció en su vida y muerte, todas las tuvo presentes desde el primer instante de su vida; y todas ellas comenzó desde niño a ofrecerlas en satisfacción de nuestros pecados, principiando desde entonces a hacer de Redentor. El mismo reveló a un siervo suyo, que desde el primer momento de su vida hasta la muerte siempre padeció; y padeció tanto por los pecados de cada uno de nosotros, que si hubiese tenido tantas vidas cuantos son los hombres, tantas veces habría muerto de dolor, a no haberle conservado Dios la vida, para padecer más. ¡Oh! ¡Y que martirio tuvo siempre el amante corazón de Jesús, al ver todos los pecados de los hombres! Dice santo Tomas (P.3, q. 46, art. 6 ad.) que este dolor de Jesucristo en conocer la ofensa del Padre, y el daño que del pecado debía después provenir a las almas de él mismo amadas, sobrepujó al dolor de todos los pecadores contritos, aun de aquellos que murieron de puro dolor. Sí, porque ningún pecador ha amado jamás a Dios y a su propia alma tanto, cuanto Jesús amaba al Padre y a nuestras almas. De aquí es, que aquella agonía padecida por el Redentor en el huerto a la vista de todas nuestras culpas, de cuya satisfacción se había encargado, la padeció ya desde el vientre materno: *Pobre soy yo, y en trabajos desde mi juventud. (Sal. 88 (87)* Así *por* boca de David predijo de si nuestro Salvador, que toda su vida debía ser un continuo padecer: De esto deduce san Juan Crisóstomo, que nosotros no debemos afligirnos de otra cosa que del pecado; y que así como Jesús por los pecados nuestros fue afligido en toda su vida; así nosotros que los hemos cometido, debemos tener un continuo dolor, acordándonos de haber ofendido a un Dios que tanto nos ha amado. Santa Margarita de Cortona no cesaba de llorar sus culpas; un día le dijo el confesor: Margarita, no más, basta, el Señor ya te ha perdonado. ¡Cómo! respondió la Santa; ¿Cómo pueden serme bastantes las lágrimas derramadas y el dolor, por aquellos pecados que afligieron a mi Jesús durante toda su vida?

Afectos y súplicas.

Ved, Jesús mío, a vuestros pies el ingrato, el perseguidor que os ha tenido afligido toda vuestra vida. Pero os diré con Ezequías: Mas *tú has librado mi alma de que no pereciese, echaste tras tus espaldas todos mis pecados (Is. 38, 17)* Yo os he ofendido, os he traspasado con tantos como son mis pecados; mas Vos no habéis rehusado cargaros de todas mis culpas; yo espontáneamente he arrojado mi alma a arder en el infierno cuantas veces he consentido en ofenderos gravemente, y Vos, a costa de vuestra sangre, no habéis dejado de librarla y procurar no quedase perdida. Amado Redentor mío os doy gracias. Quisiera morir de dolor pensando que he maltratado tanto vuestra bondad

infinita. Amor mío, perdonadme, y venid a tomar posesión de todo mi corazón. Habéis dicho «que no os rechazareis de entraros a quien os abre, y estaros en su compañía (Ap. 3, 20)». Si en algún tiempo yo os he desechado, ahora os amo, y no deseo otra cosa que vuestra gracia. Ved la puerta que está abierta, entrad luego en mi pobre corazón, pero entrad para no salir nunca. Él es pobre, mas entrando lo haréis rico. Yo seré rico, siempre que os poseyere a Vos, sumo bien. Oh Reina del cielo, Madre dolorida de Hijo dolorido, también yo os he sido motivo de pena, habiendo Vos participado de una gran parte de los dolores, de Jesús. Perdonadme sin embargo, Madre mía, y alcanzadme la gracia de seros fiel, ahora que espero haya vuelto ya Jesús a mi alma.

MEDITACIÓN XIII. Jesús ante su pasión

Baptismo habeo baptizari: et quomodo coarctor usque *dum perficiatur.* (Lc. 12, 50).

Con bautismo es menester que yo sea bautizado: ¿y qué angustiado estoy hasta que se cumpla?

Considera cómo Jesús padeció desde el primer momento de su vida; y todo lo padeció por amor nuestro. El no tuvo en toda su vida otro interés después de la gloria del Padre, que nuestra salvación. Como Hijo de Dios, no tenía necesidad de padecer para merecerse el paraíso. Cuanto sufrió de penas, de pobreza y de ignominias, todo lo aplicó para merecernos la salvación eterna. Así, pudiendo salvarnos sin padecer, quiso tomar una vida de dolores, pobre, despreciada y desamparada de todo alivio, con una muerte la más desolada y amarga que jamás había sufrido mártir o penitente alguno; solo por darnos a entender la grandeza del amor que nos tenía, y por ganarse nuestros afectos. Vivió treinta y tres años, y vivió suspirando porque se acercase la hora del sacrificio de su vida, que deseaba ofrecer para alcanzarnos la divina gracia y la gloria del paraíso. Este deseo le hizo decir: Con bautismo *es menester que yo sea bautizado; ¿y cómo me angustio hasta que se* cumpla? Deseaba ser bautizado con su propia sangre, no para lavar sus pecados, siendo el inocente y santo, si los de los hombres, a quienes tanto amaba. Nos amó, y nos lavó en su sangre, dice san Juan. (Ap. 1, 5) ¡Oh exceso del amor de un Dios, que todos los hombres y todos los ángeles no llegaron jamás a comprenderle y alabarle cuanto basta! Pero lamentase san Buenaventura al ver la grande ingratitud de los hombres a tan grande amor, y se admira que nuestros corazones no se rasguen por la fuerza del amor de Dios. Se maravilla en otro lugar el mismo Santo, de ver a un Dios padecer tantas penas, gemir en un establo, pobre en un taller, desangrado sobre una cruz, en suma, afligido y atribulado en toda su vida por amor de los hombres; y ver luego a estos no arder de amor por este Dios tan amante, y aun tener valor de despreciar su amor y su gracia: ¡Oh Dios! ¿cómo es posible comprender que os hayáis reducido a tanto padecer por los hombres, y que haya de estos quienes ofendan tanto a Vos?

Afectos y súplicas.

Amado Redentor mío, entre estos ingratos que han pagado vuestro inmenso amor, vuestros dolores y vuestra muerte con disgustos y desprecios, mirad a mí, que soy uno de ellos. ¡Oh mi Jesús amado! ¿cómo viendo Vos la ingratitud que había de usar, pudisteis amarme tanto, y resolveros a padecer tantos desprecios y penas por mí? Mas no quiero desesperarme. El mal esta ya hecho. Dadme, pues, Señor, aquel dolor que me habéis merecido con vuestras lágrimas, pero que sea un dolor igual a mi iniquidad. Corazón amoroso de mi Salvador tan afligido y desconsolado un tiempo por amor mío, y ahora

tan ardiente, mudadme el corazón, dadme otro que compense los disgustos que os he causado, un amor que iguale mi ingratitud. Ya me siento con un gran deseo de amaros, y os doy gracias porque vuestra piedad me ha trocado el corazón. Aborrezco sobre todo mal las ofensas que os he hecho; las detesto, las miro con horror. Estimo ahora más vuestra amistad, que toda riqueza y todo reino. Deseo complaceros cuanto puedo. Os amo, o amable infinito; mas veo que este mi amor es demasiado escaso. Aumentad Vos la llama, dadme más amor; porque el vuestro debe ser correspondido con otro mucho mayor por mí, que tanto os he ofendido, y que en vez de castigos he recibido de Vos tan especiales favores. ¡Oh sumo bien! no permitáis que yo viva más tiempo ingrato a tantas gracias que me habéis hecho. Moriré por amor de Vos: *diré* con san Francisco, que os habéis dignado morir por amor mío. María, esperanza mía, ayudadme, rogad a Jesús por mí.

MEDITACIÓN XIV. Provecho de la sangre de Cristo

Quae utilitas in sanguine meo, dum descendo in corruptionem. (Sal. 29**,** 10).

¿Qué provecho hay en mi sangre, si desciendo a la corrupción?

Reveló Jesucristo a la venerable Águeda de la Cruz, que estando en el seno de María, la que mayor dolor le causó entre todas las penas, fue ver la dureza, de los corazones de los hombres, que habían de menospreciar después de su redención las gracias que había venido a derramar sobre la tierra. Y este sentimiento, bien pronto lo expresó el mismo por boca de David en las palabras del salmo arriba puestas, comúnmente entendidas por los santos Padres, según las explica san Isidoro; y es como sigue: *Dum descendo in corruptionem,* esto es, cuando desciendo a tomar la naturaleza humana tan corrompida de vicios y de pecados, Padre mío, parece que dijera el Verbo divino, yo voy a vestirme de carne, y luego a derramar toda mi sangre por los hombres; pero, ¿qué provecho habrá en ella? La mayor parte de los hombres no harán caso de esta mi sangre, y seguirán ofendiéndome como si nada hubiese yo hecho por su amor. Esta pena fue aquel cáliz amargo del cual pidió Jesús al eterno Padre le librase. ¡Qué cáliz ver tanto desprecio de su amor! Esto le hizo aun clamar sobre *la cruz: Dios mio, Dios mío, ¿por qué me has desamparado*? (Mt. 27, 46) Reveló el Señor a santa Catalina de Siena, que el desamparo de que se lamentó era el ver que su Padre había de permitir que su pasión y su amor hubieran de ser desestimados de tantos hombres por quienes moría. Esta misma pena, pues, atormentaba a Jesús niño en el seno de María, al mirar desde allí tanta costa de dolores, de ignominias, de sangre y de una muerte cruel y afrentosa, con tan poco fruto. Vio ya entonces el santo Infante aquello que decía el Apóstol de muchos, o más bien la mayor parte, los cuales habían de hollar la sangre del Hijo de Dios, tenerla por vil y profanarla, ultrajando la gracia que esta misma sangre les adquiría. (Hb. 10, 20) Pero si hemos sido del número de estos ingratos, no desesperemos. Jesús al nacer viene ofreciendo la paz a los hombres de buena voluntad, como hizo anunciarlo por los ángeles: *et in terra pax hominibus bonae voluntatis.* Mudemos, pues, nuestra voluntad, arrepintiéndonos de nuestros pecados, y proponiendo amar a este buen Dios; así hallaremos la paz, esto es la amistad divina.

Afectos y súplicas.

Amabilísimo Jesús mío, ¡cuánto os he hecho padecer aun en vuestra vida! Vos habéis derramado la sangre por mí con tanto dolor y con tanto amor; y hasta aquí ¿qué fruto habéis sacado de mí? desprecios, disgustos y ofensas. Pero, Redentor mío, yo no quiero afligiros más; espero que en lo venidero vuestra pasión hará fruto en mí con vuestra gracia, la cual veo me asiste ya. Habéis padecido tanto, y habéis muerto por mí

para que os amase; quiero, pues, amaros sobre todo bien; y por daros gusto, estoy pronto a sacrificar mil veces la vida. Padre eterno, yo no tendré atrevimiento de comparecer delante de Vos a pediros ni perdón ni gracia; mas vuestro Hijo me dice, que cualquiera gracia que pida en nombre suyo, me la concederéis. Os ofrezco, pues, los méritos de Jesucristo, y antes os pido en nombre del mismo un perdón general de todos mis pecados; os pido la santa perseverancia hasta la muerte, y sobre todo os pido, el don de vuestro santo amor, que me haga vivir siempre según vuestra voluntad divina. En cuanto a la mía, yo estoy resuelto a elegir antes mil muertes, que ofenderos, a amaros con todo el corazón, haciendo cuanto pueda por complaceros; mas para todo esto os pido y de Vos espero la gracia de ejecutarlo.

Madre mía, María, si Vos rogáis por mí estoy seguro. Rogad, rogad, y no ceséis jamás de rogar si no me veis mudado y reducido como Dios me quiere.

MEDITACIÓN XV. Nacimiento de Jesús en un pesebre.

Invenietis infantem positum in praesepio. (Lc. 2, 12).
Hallaréis al Niño echado en un pesebre.

Contemplando la santa Iglesia este gran misterio y este gran prodigio de aparecer un Dios nacido en un establo, toda admirada exclama: *¡Oh grande misterio, y admirable Sacramento! que los animales viesen al* Señor nacido recostado en un pesebre. Para contemplar con ternura y amor el nacimiento de Jesús, debemos pedir al Señor que nos dé una fe viva; porque si entramos sin fe en la gruta de Belén, no experimentaremos más que un afecto de compasión, al ver un niño reducido a un estado tan pobre, que naciendo en el corazón del invierno, es reclinado en un pesebre de bestias, sin fuego, y en medio de una fría cueva. Pero si entramos con fe, y vamos considerando que exceso de bondad y de amor ha sido el que un Dios haya querido reducirse a comparecer pequeñito infante, estrechado entre las fajas, colocado sobre la paja, que gime, que tiembla de frío, que no puede moverse, que tiene necesidad de leche para vivir, ¿cómo es posible; que cada uno de nosotros no se sienta atraído, y dulcemente obligado a dar todos sus afectos a este Dios niño, que se ha reducido a tal estado para hacerse amar? Dice san Lucas, que los pastores después de haber visitado a Jesús en el establo, se volvieron glorificando y loando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto. (Lc. 2, 20) Y pues, ¿qué es lo que habían visto? No otro que un pobrecito niñito tiritando de frío, sobre unas pocas pajas; mas por cuanto estaban iluminados de la fe, reconocieron en aquel infante el exceso del amor divino; del cual inflamados iban después alabando y glorificando a Dios en la contemplación de haber tenido la suerte de ver un Dios anonadado y desmayado por amor de bs hombres. *Exinanivit semetipsum.*

Afectos y súplicas.

¡Oh amable, oh mi dulce Niño! aunque os miro tan pobre sobre esa paja, yo os confieso y os adoro por mi Señor y Creador. Comprendo ya quien os ha reducido a estado tan miserable; ha sido el amor que me habéis tenido. Acordándome, pues, o Jesús mío, de la manera que en lo pasado os he tratado, y de las injurias que os he hecho, me maravillo como habéis podido soportarme. ¡Malditos pecados! ¿que habéis hecho? me habéis hecho llenar de amargura el corazón de este mi enamorado Señor. Ea, pues, mi amado Salvador, por los dolores que sufristeis, y por las lágrimas que derramasteis en el establo de Belén, dadme lágrimas, dadme un gran dolor que haga llorar toda mi vida los disgustos que os he ocasionado. Dadme amor hacia Vos, pero un amor tal que compense las ofensas que os he hecho. Os amo, mi chiquito Salvador, os amo, Dios niño y amor mío, mi vida y mi todo. Os prometo de aquí en adelante no amar a otro que a Vos. Ayudadme con vuestra gracia, sin la que nada puedo. María, esperanza mía, Vos alcanzáis cuanto queréis de este Hijo, alcanzadme su santo amor. Madre mía, escuchadme.

MEDITACIÓN XVI. Las gracias encontradas en Jesucristo.

Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris. (ls. 12, 3).
Sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador:

Considera las cuatro fuentes de gracias, que nosotros tenemos en Jesucristo contempladas por san Bernardo. (Serm. I in Nat.) La primera fuente es de misericordia, en la que nosotros podemos lavarnos de todas las suciedades del pecado. Esta fuente se formó para nosotros con las lágrimas y con la sangre del Redentor; *el que, como dice* san Juan (Ap. 1, 5), nos *amó, y nos lavó de nuestros pecados en su sangre.* La segunda fuente es de paz y consuelo en nuestras tribulaciones, pues el mismo Jesucristo nos dice: *Invócame en el día de la tribulación, y yo te consolaré. El que tiene sed de verdaderos consuelos aun en esta tierra, venga a mí, que le contentaré.* Qui sitit veniat ad me. (Jn. 7, 37) *Quien pruebe las aguas de mi* amor rechazará para siempre las delicias del mundo, *y se satisfacerá enteramente después, cuando entrare en el* reino de los bienaventurados; pues que el agua de mi *gracia le elevará de la tierra al cielo. (Jn. 4, 13) Así* también la paz, que Dios da a las almas que le aman, no es la que ofrece el mundo en los placeres sensuales, que dejan en el alma más amargura que paz. La que Dios da, sobrepuja a todos los deleites de los sentidos: *Pax qure exuperat omnem sensum.* ¡Dichosos, pues, los que desean esta fuente divina! La tercera fuente es de devoción. ¡Oh y como se hace devoto, y pronto a ejecutar las voces de Dios, y crecer siempre en la virtud, quien a menudo medita cuanto ha hecho Jesucristo por nuestro amor! El será como el árbol plantado en la corriente de las aguas: *Erit tamquam lignum quod plantatum est secus decursus aquarum. (Sal. 1, 3)* La cuarta fuente es de amor. Quien medita los padecimientos y las ignominias de Jesucristo sufridas por nuestro amor, no es posible que deje de sentirse inflamado de aquel fuego santo que ha venido a encender en la tierra; según aquellas palabras de David: *En mi meditación se inflamará el* fuego. (Sal. 38, 4) Con lo que va dicho se verifica cumplidamente que el que se aprovecha de estas dichosas fuentes que nosotros tenemos en Jesucristo, sacará siempre de ellas aguas de gozo y de salvación: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.*

Afectos y súplicas.

¡Oh mi dulce y amado Salvador, cuanto os debo! ¡Cuánto me habéis obligado a amaros, habiendo hecho por mi lo que no habrá hecho un hijo por su padre, ni un siervo por su Señor! Si, Vos me habéis amado más que otro alguno; razón es que yo os ame sobre todos los otros. Quisiera morir de dolor al pensar que Vos habéis padecido tanto por mí, y además habéis aceptado por amor mío la muerte más dolorosa e ignominiosa que puede padecer un hombre; y ¡tantas veces yo he despreciado vuestra amistad! ¡Cuántas veces me habéis perdonado, y he vuelto a ofenderos! Pero vuestros méritos son mi esperanza. Ahora aprecio más vuestra gracia, que todos los reinos de la tierra. Yo os amo, y por amor vuestro acepto toda pena, toda muerte. Y si no soy digno de morir por mano de verdugo para daros gloria, al menos acepto voluntariamente aquella muerte que me tenéis destinada; y la acepto en el modo y en el tiempo que Vos dispongáis. Madre mía, María, alcanzadme el vivir siempre y morir amando a Jesús.

MEDITACIÓN XVII. Triunfo de los justos

Orietur vobis sol justitiae, el sanitas in pennis ejus. (Mal. 3, 18).
Nacerá para vosotros el sol de justicia, y la salud bajo sus alas.

Vendrá vuestro Médico, dice el Profeta, a sanar los enfermos, y vendrá veloz como ave que vuela, y cual sol que al asomar en el horizonte envía al momento su luz al otro polo. Pero he aquí que ya ha venido. Consolémonos, pues, y démosle gracias, dice san Agustín, porque ha bajado hasta el lecho del enfermo; quiere decir, hasta tomar nuestra carne; puesto que nuestros cuerpos son los lechos de nuestras almas enfermas. Los otros médicos, por mucho que amen a los enfermos, solo ponen todo su cuidado para curarlos; pero ¿quién por sanarlos toma para si la enfermedad? Jesucristo solo, ha sido aquel médico que se ha cargado con nuestros males, a fin de sanarlos. No ha querido mandar a otro, sino venir el mismo a practicar este piadoso oficio, para ganarse nuestros corazones. Ha querido con su misma sangre curar nuestras llagas, y con su muerte librarnos de la muerte eterna, de que éramos deudores. En suma, ha querido tomar la amarga medicina de una vida continuada de penas, y de una muerte cruel, para alcanzarnos la vida y librarnos de todos nuestros males. El cáliz que me ha dado el *Padre* ¿n*o* lo tengo de beber? decía el Salvador a Pedro. (Jn. 18, 11) Fue, pues, necesario, que Jesucristo abrazase tantas ignominias para sanar nuestra soberbia: abrazase una vida pobre para curar nuestra codicia: abrazase un mar de penas, hasta morir de puro dolor, para sanar nuestro deseo de placeres sensuales.

Afectos y súplicas.

Sea siempre loada y bendita vuestra caridad, Redentor mío. Y ¿qué sería de mi alma tan enferma, y afligida por tantas llagas, si no tuviese a Vos Jesús mío, que me podéis y queréis sanar? ¡Ah! sangre de mi Salvador, en ti confío; lávame y sáname: Me arrepiento, amor mío, de haberos ofendido. Vos para manifestarme el amor que me tenéis, habéis llevado una vida tan atribulada, y sufrido una muerte tan amarga!... Yo quisiera manifestaros también mi amor; mas ¿qué puedo hacer miserable enfermo y tan débil? ¡Oh Dios de mi alma! Vos podéis curarme, y hacerme santo, pues sois todopoderoso. Encended en mí un gran deseo de daros gusto. Renuncio a todas mis satisfacciones por agradaros, Redentor mío, que merecéis ser complacido a toda costa. ¡Oh sumo Bien! yo os estimo, y os amo sobre todo otro bien; haced que os ame, y que os pida siempre vuestro amor. Hasta aquí os he ofendido, y no os he amado porque no he solicitado vuestro amor. Este busco ahora, y os pido la gracia de buscarlo siempre. Oídme por los méritos de vuestra pasión. ¡Oh madre mía, María! Vos estáis siempre dispuesta para oír a quien os ruega; Vos amáis a quien os ama. Yo os amo pues, Reina mía; alcanzadme la gracia de amar a Dios, y nada más *os* pido.

MEDITACIÓN XVIII. El amor de Dios.

Qui proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum. (Rm. 8, 32.).

El que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros.

Considera, que habiéndonos dado el eterno Padre a su mismo Hijo por mediador, por abogado cerca de él mismo, y por víctima en satisfacción de nuestros pecados, nosotros no podemos ya desconfiar de alcanzar de Dios cualquiera gracia que le pidamos, valiéndonos del medio de un tal intercesor: ¿Cómo no nos donó con este Redentor todas las cosas? añade san Pablo. ¿Qué cosa nos negara ya Dios, no habiéndonos negado a su Hijo? Ninguna de nuestras súplicas merece ser oída ni atendida del Señor; porque no somos dignos de gracias, si es de castigo por nuestros pecados; pero ciertamente merece ser oído Jesucristo que intercede por nosotros, y ofrece todos los padecimientos de su vida, su sangre y su muerte. No puede negar cosa alguna el Padre a un Hijo tan amado, que le ofreció un precio de infinito valor. Él es inocente, y aunque paga a la divina justicia es para satisfacer nuestras deudas; y su satisfacción es infinitamente mayor que todos los pecados de los hombres. No sería justo que pereciese un pecador, el cual se arrepiente de sus culpas, y ofrece a Dios los méritos de Jesucristo, quien las ha satisfecho por el sobreabundantemente. Démosle, pues, gracias a Dios, y esperémoslo todo en los méritos de Jesucristo.

Afectos y súplicas

No, mi Dios y mi Padre, no puedo ya desconfiar de vuestra misericordia; no puedo temer que me neguéis el perdón de todas las ofensas que os he hecho, y que no me deis todas las gracias que necesito para salvarme, cuando me habéis dado a vuestro Hijo a fin de que os lo ofrezca por mí. Vos puntualmente para perdonarme y hacerme merecedor de vuestras gracias, me lo habéis donado y me mandáis que os le ofrezca, y que por sus méritos espere mi salvación. Yo os ofrezco, pues, los merecimientos de vuestro hijo Jesús, y por ellos espero la gracia que repare mi debilidad, y todos los daños que me he acarreado con mis pecados. Me arrepiento, bondad infinita, de haberos ofendido; yo os amo sobre todas las cosas, y de hoy en adelante os prometo no amar a otro que a Vos; pero este mi propósito ¿de qué servirá, si Vos no me ayudáis? Por el amor de Jesucristo dadme la santa perseverancia y vuestro amor; dadme luz y fuerza para seguir en todo vuestra santa voluntad.

Fiado en los méritos de vuestro Hijo, espero que me oigáis. María, madre y esperanza mía, también os suplico por amor del mismo Jesucristo que me alcancéis estas gracias.

Madre mía, escuchadme.

MEDITACIONES PARA LA NOVENA ANTES DE LA NAVIDAD

MEDITACIÓN I. Dios ha entregado a su unigénito para nuestra salvación.

Dedi te in lucem gentium, ut zis salus *mea usque ad extremum terrae.* (lsai. 49, 6).

Yo te he establecido para que seas luz de las naciones hasta los extremos de la tierra.

Considera como el eterno Padre dijo a Jesucristo en el instante de su concepción estas palabras: Hijo, yo te he dado al mundo por Luz y vida de las gentes, a fin de que procures su salvación, que estimo tanto como si fuese la mía. Es necesario, pues, que te emplees todo en beneficio de los hombres. Es por lo mismo preciso que al nacer padezcas una extremada pobreza, para que el hombre se haga rico. Es menester que seas vendido como esclavo, para que adquieras al hombre la libertad; y que como tal esclavo seas azotado y crucificado, para satisfacer a mi justicia la pena debida por el hombre. Has de dar la vida por librar al hombre de la muerte eterna. En suma, sabe que no eres más tuyo, sino del hombre. De esta manera, Hijo mío, este se rendirá a amarme y a ser mío, viendo que le doy sin reserva a ti mi Unigénito, y que nada más me resta que darle. Así amó Dios al mundo: Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret. ¡Oh amor infinito, digno solamente de un Dios infinito, quien de tal modo amó al mundo que dio su Unigénito!

A esta propuesta Jesús no se entristece, sí que se complace en ella, la acepta con amor y se regocija. Desde el primer momento de su encarnación Jesús se da también todo al hombre, y abraza con gusto cuantos dolores e ignominias debe sufrir en la tierra por amor del mismo. Estos fueron, dice san Bernardo, los montes y colinas que debió atravesar con tanta presura y fatiga; cual nos le representa la Esposa cuando dice: Ved a mi amado, que viene saltando por los montes, atravesando collados. (Ct. 2, 8) Pondera aquí como el Padre divino enviando el Hijo a ser nuestro Redentor, y poner la paz entre Dios y los hombres, se ha obligado en cierto modo a perdonarnos y amarnos por razón del pacto que hizo de recibirnos en su gracia; puesto que el Hijo ha de satisfacer por nosotros a la divina justicia. A su vez el Verbo divino, habiendo aceptado el encargo del Padre, el que (enviándolo a redimirnos) nos lo daba, se ha obligado a amarnos, no ya por nuestros méritos, sí por cumplir la piadosa voluntad del Padre.

Afectos y súplicas.

Amado, Jesús mío, si es verdad como dice la ley que con la donación se adquiere el dominio; ya que vuestro Padre os ha donado a mí, Vos sois todo mío; por mi habéis nacido, y bien puedo decir que sois mío, y todas vuestras cosas son también mías. Mía es vuestra sangre, míos son vuestros méritos, mía es vuestra gracia, mío es vuestro paraíso. Y si Vos sois mío, ¿quién podrá jamás separaros de mí? Nadie puede quitarme a Dios, decía con júbilo san Antonio Abad. Del mismo modo yo en lo sucesivo quiero ir diciendo: Solamente por mi culpa puedo perderos y separarme de Vos. Pero, Jesús mío, si

en lo pasado os he dejado y os he perdido, ahora estoy resuelto a perder la vida y todo antes que perder a Vos, bien infinito y único amor de mi alma. Os doy gracias, oh Padre eterno, de haberme dado a vuestro Hijo; y ya que Vos le habéis donado todo, yo me entrego sin reserva a Vos. Por amor de este Hijo, aceptadme y estrechadme con lazos de amor a este mi Redentor; pero estrechadme de manera, que pueda decir con san Pablo: ¿Quién me separará del amor de Jesucristo? ¿Qué bienes del mundo podrán jamás apartarme de mi Salvador? Y Vos, Jesús, si sois todo mío, sabed que yo soy todo vuestro. Disponed de mí y de todas mis cosas como os plazca; porque ¿cómo podré negar cosa alguna a un Dios que no me ha negado la sangre ni la vida?

María, madre mía, custodiadme bajo vuestra protección. No quiero ya ser más mío, quiero ser todo de mi Señor. Pensad en hacerme fiel; en Vos confío.

MEDITACIÓN II. Amargura en el corazón de Jesús en el vientre de María.

Hostiam el oblationem noluisti, corpus autem aplasti mihi. (Hb. 10, 5).

Sacrificio y ofrenda no *quisiste, mas me has formado un cuerpo.*

Considera la grande amargura de que debía sentirse afligido y oprimido el corazón de Jesús en el seno de María en aquel primer instante en que el Padre le propuso la serie de trabajos, desprecios, dolores y agonías que había de padecer en su vida, para librar a los hombres de sus miserias. Ya Jesús había dicho por el profeta Isaías: *El Señor me levanta por la mañana, y yo no me resisto, mi cuerpo di a los que me herían (Is. 1, 4)*; como si dijera: Desde el primer momento de mi concepción, mi Padre hízome entender su voluntad de que yo llevase una vida de penas, para ser al fin sacrificado sobre la cruz. Y ¡Oh almas! todo lo acepté por vuestra salvación, y desde entonces entregué mi cuerpo a los azotes, a los clavos y a la muerte. Pondera aquí que cuanto padeció Jesucristo en su pasión, todo se le puso delante, estando aun en el vientre de su Madre, y todo lo aceptó con amor; pero al hacer esta aceptación, y al vencer la natural repugnancia de los sentidos ¡oh Dios! ¡qué angustias y opresión no padeció el corazón de Jesús! Comprendió bien lo que primeramente había de sufrir, con estar encerrado por nueve meses en aquella cárcel oscura del vientre de María; con las humillaciones y penalidades del nacimiento, siendo el lugar de este una gruta fría que servía de establo a las bestias; con haber de pasar después treinta años entretenido y envilecido en el taller de un artesano: al ver, por fin, que había de ser tratado por los hombres de ignorante, de esclavo, de seductor, y reo de muerte, la más infame y dolorosa que se daba a los malvados. Todo, pues, lo aceptó el Redentor nuestro en todos los momentos, y en todos ellos venía a padecer reunidas en sí mismo todas las penas y abatimientos que después había de sufrir hasta la muerte. El mismo conocimiento de su dignidad divina le hacía sentir más las injurias que estaba para, recibir de los hombres, diciéndonos por el Profeta: M*i ignominia esta todo el día delante de mí.* Continuamente tuvo a la vista la vergüenza, especialmente aquella que debía causarle algún día verse despojado, desnudo, azotado y colgado de tres garfios de hierro, terminando así su vida entre los vituperios y las maldiciones de aquellos mismos por quienes moría. Hízose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Y ¿por qué? Por salvar a nosotros miserables pecadores.

Afectos y súplicas.

Amado Redentor mío, ¡cuánto os costó desde que entrasteis en el mundo el levantarme de la ruina que yo me he ocasionado con mis pecados! Pues Vos por librarme de la esclavitud del demonio, al que yo mismo pecando me he vendido voluntariamente,

habéis aceptado ser tratado como el peor de los esclavos. ¡Y sabiendo yo esto, he tenido valor de amargar tantas veces vuestro amabilísimo corazón que me ha amado tanto! Mas, ya que Vos siendo inocente y mi Dios, habéis abrazado una vida y una muerte tan penosa, yo acepto, oh Jesús mío, por amor vuestro todas las penas que me vendrán de vuestras manos. Las acepto y las abrazo, porque me vienen de aquellas manos que han sido un día traspasadas a fin de librarme de las penas del infierno tantas veces merecido. Vuestro amor, oh Redentor mío, en ofreceros a padecer tanto por mí, me obliga sobremanera a aceptar por Vos toda pena, todo desprecio. Dadme, Señor mío, por vuestros méritos vuestro santo amor. Este me hará dulces y amables todos los dolores y todas las ignominias: Yo os amo sobre todas las cosas, os amo con todo el corazón, os amo más que a mí mismo. Vos en toda vuestra vida me disteis tan repetidas y tan grandes señales de vuestro afecto; pero yo ingrato hasta aquí, he vivido tantos años en el mundo; y ¿qué señal de amor os he dado? haced, pues, oh mi Dios, que en los años que me restan de vida, os de alguna prueba de que os amo. No me fio de llegarme a Vos, cuando me habréis de juzgar, sin haber hecho antes alguna cosa por amor vuestro. Mas ¿qué puedo hacer yo sin vuestra gracia? Otra cosa no puedo, sino pediros que me socorráis; y aun esta mi súplica es gracia vuestra. Jesús mío socorredme por los méritos de vuestras penas y de la sangre que habéis derramado por mí. María santísima, recomendadme a vuestro Hijo, por el amor que le tuvisteis. Mirad que yo soy una de aquellas ovejuelas por las que vuestro Hijo ha muerto.

MEDITACIÓN III. Jesús se ha hecho niño para ganar nuestra confianza y amor.

Parvulus natus est nobis, el Filius datus est nobis. (ls. 9, 6).

Ha nacido un niño para nosotros; y un Hijo se ha dado a nosotros.

Considera como después de tantos siglos, después de tantos ruegos y suspiros, aquel Mesías, que no fueron dignos de ver los santos Patriarcas y Profetas, el suspirado de las gentes, nuestro Salvador vino por fin, ha nacido ya y se ha dado todo a nosotros. El Hijo de Dios se ha hecho pequeñito, para hacernos grandes: se ha dado todo a nosotros, para que nosotros nos demos todos a él; y ha venido a manifestarnos su amor, para que nosotros le correspondamos con el nuestro. Recibámoslo pues, con afecto, amémosle, y recurramos al mismo en todas nuestras necesidades. Los niños, dice san Bernardo, son fáciles en dar aquello que se les pide. Jesús ha querido venir tal, por manifestarse propenso y fácil a darnos sus bienes, ya que todos los tesoros están en sus manos, y en ellas puso el Padre todas las cosas, nos dice san Juan (Jn. 3, 35) Si queremos luz, el por esto ha venido para iluminarnos. Si queremos fuerza para resistir a los enemigos, Jesús ha venido para confortarnos. Si queremos el perdón y la salvación, él ha venido para perdonarnos y salvarnos. Si, finalmente, queremos el sumo don del amor divino, él ha venido para inflamarnos; y por esto, sobre todo, se ha hecho niño, y ha querido presentarse a nosotros pobre y humilde, para apartar de nosotros todo temor y conquistarse nuestro amor, dice san Pedro Crisólogo: *Taliter venire debuit, qui voluit timorem pellere, quaerere charitatem.* Por otra parte, Jesús ha querido venir de chiquito, para hacerse amar de nosotros, con amor no solo apreciativo, sí también tierno. Todos los niños saben ganarse un especial cariño de quien los guarda. ¿Quién, pues, no amará con toda la ternura a un Dios viéndole hecho niñito, menesteroso de leche, temblando de frío, pobre, envilecido y abandonado, que llora, que da llantos en un pesebre sobre la paja? Esto hacía exclamar al enamorado san Francisco: Amemos al Niño de Belén, amemos al Niño de Belén. Almas, venid a amar a un Dios hecho pobre, pequeñito, que es tan amable, y que ha bajado, del cielo para darse todo a nosotros.

Afectos y súplicas.

¡Oh amable Jesús, de mi tan despreciado! Vos habéis bajado del cielo a rescatarnos del infierno y daros todo a nosotros; ¿cómo, pues, hemos podido volveros tantas veces las espaldas, sin hacer caso de vuestros favores? ¡Oh Dios! los hombres son tan agradecidos con las criaturas, que si cualquiera les hace un regalo, si les envía una visita de lejos, si les muestra una señal de afecto, no se olvidan de ella y se sienten obligados a corresponderles; y al mismo tiempo son tan ingratos con Vos, que sois su Dios tan amable, y que por su amor no habéis rehusado dar la sangre y la vida. Mas, ¡ay de mí! que he sido para con Vos peor que los demás, porque he sido más amado y más ingrato que los otros. ¡Ah! si las gracias que me habéis dispensado las hubieseis hecho a un hereje o a un idólatra, aquellos se habrían vuelto santos, y yo os he ofendido. ¡Ah! no os acordéis, Señor, de las injurias que os he hecho. Vos, ya lo habéis dicho, que cuando el pecador se arrepiente os olvidáis de todos los ultrajes recibidos: *Omnium iniquitatum ejus non recordabor. Si* por lo pasado no os he amado, para lo sucesivo no quiero hacer otra cosa que amaros. Vos os habéis dado todo a mí, y yo os doy toda mi voluntad. Con esta yo os amo, yo os amo, yo os amo, y quiero repetirlo siempre. Así diciendo, quiero vivir y morir, espirando el último aliento con estas dulces palabras en mi boca: *mi Dios, os amo,* para comenzar desde el momento que entrare en la eternidad un amor continuo hacia Vos, que durara eternamente, sin cesar jamás de amaros. Entre tanto, Señor mío, mi único bien y amor, propongo anteponer vuestra voluntad a todo placer mío. Venga todo el mundo, yo lo rechazo, que no quiero, no, dejar más de amar a quien tanto me ha amado; no quiero disgustar más a quien merece de mi un amor infinito. Ayudad Vos, Jesús mío, con vuestra gracia este mi deseo. Reina mía, María, reconozco deber a vuestra intercesión todas las gracias que he recibido de Dios; no dejéis de interceder por mí. Alcanzadme la perseverancia, Vos que sois la madre de ella.

MEDITACIÓN IV. La Pasión de Jesús duró toda su vida.

Dolor meus in conspectu meo semper.
(Sal. 37, 18)
Mi dolor está siempre delante de mí.

Considera como en aquel primer instante en que fue criada, unida el alma de Jesucristo a su cuerpecito en el seno de María, el Padre eterno intimó al Hijo su voluntad, de que muriese por la redención del mundo; y en aquel mismo instante le presentó delante toda la escena funesta de las penas que debía sufrir hasta la muerte, para redimir a los hombres. Le manifestó ya entonces todos los trabajos, desprecios y pobrezas que había de padecer en toda su vida, así en Belén, como en Egipto y en Nazaret; y después le descubrió todos los dolores y las ignominias de su pasión, los azotes, las espinas, los clavos y la cruz; todos los tedios, las tristezas, las agonías y los abandonos en medio de los que había de concluir su vida sobre el Calvario.

Abrahán, llevando el hijo a la muerte, no quiso afligirle con anticiparle el aviso de ella, por aquel poco tiempo que necesitaba para llegar al monte. Pero el eterno Padre quiso que su Hijo encarnado, destinado por víctima de nuestros pecados a su divina justicia, padeciese con mucha anticipación todas las penas a que debía sujetarse en su vida y en su muerte. De donde fue, que aquella tristeza sufrida por Jesús en el huerto, bastante para quitarle la vida, la padeció continuamente desde el primer momento que estuvo en el vientre de su Madre. Así que, desde entonces sintió vivamente y sufrió el peso reunido de todos los trabajos, dolores y vituperios que le esperaban. Toda la vida de nuestro Redentor, y todos sus años, fueron vida y años de pena y de lágrimas, diciéndonos él mismo por boca de David: *Con el dolor ha desfallecido mi vida, y mis años con los gemidos (Sal. 30, 11)* Su divino corazón no tuvo un momento libre de padecimientos: o velaba, o dormía, o trabajaba, o descansaba u oraba o conversaba; siempre tenía delante de sus ojos aquella amarga representación; la cual atormentaba más su alma santísima, que han atormentado a los santos Mártires todas sus penas. Estos han padecido, pero ayudados de la gracia padecían con alegría y fervor. Jesucristo padeció más, padeció siempre con un corazón lleno de tristeza, y todo lo aceptó por amor a nosotros.

Afectos y súplicas.

¡Oh dulce, oh amable, oh amante corazón de Jesús! ¿luego ya desde Niño estuvisteis lleno de amargura, y agonizasteis en el seno de María, sin consuelo y sin quien os mirase, o al menos se compadeciese de Vos? Todo esto lo sufristeis, oh Jesús mío, a fin de satisfacer por la pena y agonía eterna que a mi tocaba padecer por mis

pecados. Vos, pues, padecisteis falto de todo alivio porque me salvase yo, que he tenido el atrevimiento de abandonar a Dios y volverle las espaldas. Os doy gracias ¡oh corazón afligido y enamorado de mi Señor! Os doy gracias, y os compadezco especialmente de ver que tanto padecisteis por los hombres, y estos tan poco os compadecen. ¡Oh amor divino! ¡Oh ingratitud humana! ¡Oh hombres, hombres! mirad a este pequeño corderito inocente, angustiado por vosotros, para satisfacer a la justicia divina las injurias que le habéis hecho. Atended como él está rogando e interceediendo por vosotros cerca del eterno Padre: miradle y amadle. ¡Ah mi Redentor! ¡Cuán pocos son los que piensan en vuestros dolores y en vuestro amor! ¡Oh Dios! ¡cuán pocos son los que os aman! Pero ¡miserable de mí! que también he vivido por tantos años olvidado de Vos. Habéis padecido tanto para que os amase, ¡Y nada os he amado! Perdonadme, Jesús mío, perdonadme, que ya quiero enmendarme y quiero amaros. ¡Pobre de mí, si resisto por más tiempo a vuestra gracia y me condeno! Todas las misericordias de que habéis usado conmigo, y especialmente vuestra dulce voz que ahora me llama a amaros, serán mis mayores penas en el infierno. Amado Jesús, tened piedad de mí, no permitáis que viva más ingrato a vuestro amor; dadme luz, dadme fuerza de vencerlo todo, para cumplir vuestra voluntad. Escuchadme os ruego, por los méritos de vuestra pasión. En esta yo todo lo confío y en vuestra intercesión. ¡Oh María, madre mía amada! socorredme. Vos sois aquella, que habéis alcanzado todas las gracias que yo he recibido de Dios. Os doy gracias, pero si Vos no continuáis en socorrerme, yo seguiré en ser infiel como lo he sido hasta aquí...

MEDITACIÓN V. Jesús se ofrece a sí mismo desde el principio por nuestra salvación.

Oblatus est, quia ipse voluit. (Is. 53, 7).
Se ofreció, porque él mismo lo quiso.

El Verbo divino, en el primer instante que se vió hecho hombre y niño en el vientre de María todo se ofreció por sí mismo a las penas y a la muerte por el rescate del mundo. Sabía que todos los sacrificios de los machos de cabrío, y de los toros ofrecidos anteriormente a Dios, no habían podido satisfacer por las culpas de los hombres; pues se necesitaba una persona divina que pagase por estos el precio de su redención. Por lo que dijo Jesús al entrar en el mundo aquellas palabras que san Pablo pone en su boca: *Padre mío, todas las víctimas ofrecidas a Vos hasta aquí, no han bastado, ni podían bastar a satisfacer vuestra justicia:* me habéis dado un cuerpo pasible, para que con la efusión de mi sangre os aplaque, y salve a los hombres; heme pronto, todo lo acepto, y en todo me someto a vuestro querer. Repugnaba este sacrificio a la parte inferior de Jesús, que como hombre naturalmente rehusaba aquella vida y aquella, muerte tan llena de penas y de oprobios; pero venció la parte superior de la razón, que estaba toda subordinada a la voluntad del Padre, y todo lo aceptó; comenzando Jesús a padecer desde aquel punto cuantas angustias y dolores debía sufrir en los años de su vida. Así se condujo nuestro Redentor desde el primer momento de su entrada en el mundo. Mas ¡oh Dios! ¿Cómo nos hemos portado nosotros con Jesús, desde que comenzamos a conocer con la luz de la fe los sagrados misterios de su redención? ¿Qué pensamientos, que designios, que bienes hemos amado? Placeres, pasatiempos, soberbias, venganzas, sensualidad... He aquí los bienes que han aprisionado los afectos de nuestro corazón. Pero si tenemos fe es necesario ya mudar de vida y amor. Amemos a un Dios que tanto ha padecido por nosotros. Pongámonos delante las penas del corazón de Jesús sufridas desde niño por nosotros; y de esta manera no podremos amar otro que este corazón, el cual tanto nos ha amado.

Afectos y súplicas.

Señor mío, ¿queréis saber de mí cómo me he portado con Vos en mi vida? Desde que comencé a tener uso de razón, comencé también a despreciar vuestra gracia y vuestro amor. Vos mejor lo sabéis que yo pero me habéis sufrido, porque aún me queréis bien. Huía de Vos, y os habéis acercado llamándome. Aquel mismo amor que os hizo bajar del cielo para venir a buscar la oveja perdida, ha hecho que me sufrieseis tanto, y no me abandonaseis. Jesús mío, ahora Vos me buscáis, y yo os busco también. Siento ya que vuestra gracia me asiste; me asiste con el dolor de mis pecados, que aborrezco sobre todo mal; me asiste con el grande deseo que tengo de amaros y daros gusto. Sí, mi Señor, os quiero amar y complacer cuanto pueda. Por una parte, me da verdadero temor mi

fragilidad y debilidad, contraída por causa de mis pecados; pero por otra, es más grande la confianza que me da vuestra gracia, haciéndome esperar en vuestros méritos, y dándome grande ánimo para decir: *Todo lo puedo en quien me conforta.* Si soy débil, Vos me daréis fuerza contra los enemigos: si estoy enfermo, espero que vuestra sangre será mi medicina: si soy pecador, confío que Vos me haréis santo. Conozco que por lo pasado soy culpable de mi ruina, porque en los peligros he dejado de recurrir a Vos. De hoy en adelante, Jesús mío y esperanza mía, a Vos quiero siempre recurrir; y de Vos espero toda ayuda, todo bien. Yo os amo sobre todas las cosas, ni quiero amar a otro que a Vos. Ayudadme por piedad, por el mérito de tantas penas que desde niño habéis sufrido por mí. ¡Eterno Padre! por amor de Jesucristo aceptad que yo os ame. Si yo os he enojado, aplacaos con las lágrimas de Jesús niño, que os ruega por mí: *Respice in faciem Christi tui.* Yo no merezco gracias, pero las merece este Hijo inocente, que os ofrece una vida de penas, a fin de que Vos uséis conmigo de misericordia. Y Vos, madre de misericordia, María, no dejéis de interceder por mí. Sabéis cuanto confío en Vos, y yo sé bien que no abandonáis a quien a Vos recurre.

MEDITACIÓN VI. Jesús prisionero en el vientre de María

Factus sum sicut homo sine adju torio, inter mortuos fiber. (Sal. 87, 5).

He venido a ser como hombre sin socorro, libre entre los muertos.

Considera la vida penosa que tuvo Jesucristo en el seno de su Madre, por la prisión tan larga, estrecha y oscura que allí padeció por nueve meses. Es verdad que los otros niños están en el mismo estado; mas ellos no sienten las incomodidades porque no las conocen. Pero Jesús las conocía bien, porque desde el primer instante de su vida tuvo perfecto uso de razón. Tenía sentidos, y no podía servirse de ellos; tenía ojos, y no podía ver; tenía lengua, y no podía hablar; manos, y no las podía extender; pies, y no podía andar; así que por nueve meses hubo de estar encerrado como en un sepulcro. *He venido a ser, nos dice el mismo por David,* como hombre sin socorro, libre entre los muertos. Él era libre, porque voluntariamente se había hecho prisionero de amor en aquella cárcel; pero el amor le privaba el uso de la libertad, y allí le tenía estrechado con cadenas que no le permitían moverse.

¡Oh grande paciencia del Salvador! exclama san Ambrosio, pensando en las penas de Jesucristo mientras estaba en el seno de María. Fue para el Redentor el vientre de María cárcel voluntaria, porque fue prisión de amor; mas por otra parte no fue injusta. Era a la verdad inocente, pero se había ya ofrecido a pagar nuestras deudas, y a satisfacer por nuestros delitos. Con razón, pues, la divina justicia lo tiene de tal manera encarcelado, comenzando con esta pena a exigir del mismo la merecida satisfacción. Mira a que se reduce el Hijo de Dios por amor de los hombres; se priva de su libertad, y se pone en cadenas, para librarnos de las del infierno.

Mucho, pues, merece ser reconocida con gratitud y con amor la gracia de nuestro libertador y fiador, quien, no por obligación, sino solo por afecto se ha ofrecido a pagar, y ha pagado por nosotros los débitos y las penas, dando por ellas su vida divina. No olvides, dice el Eclesiástico, el favor del que te salió por fiador, porque puso su alma por ti: *Gratiam fideijussoris ne obliviscaris: dedit enim pro te animam suam* (Eccli. 20, 20).

Afectos y súplicas.

Sí, Jesús mío, tiene razón el escritor sagrado de advertirme que no me olvide de la inmensa gracia que Vos me habéis hecho. Yo era el deudor, yo el reo, y Vos el inocente, vos, mi Dios, habéis querido satisfacer por mis pecados con vuestras penas y con vuestra muerte. Mas, después de esto, yo me he olvidado de tan grande gracia y de vuestro amor: he tenido atrevimiento de volveros las espaldas, como si no fueseis mi Señor, y aquel Señor que tanto me ha amado. Pero si hasta aquí me he olvidado, no quiero, Redentor mío, olvidarme más. Vuestras penas y vuestra muerte serán mi continuo pensamiento; y estas me recordaran siempre el amor que me habéis tenido. Maldigo aquellos días en los cuales, olvidado yo de lo que padecisteis por mí, abuse tan malamente de mi libertad. Vos me la habíais dado para amaros, y me serví de ella para despreciaros. Pero hoy la consagro a Vos. Libradme, pues, Señor mío, de la desgracia de verme separado otra vez de Vos, y hecho de nuevo esclavo de Lucifer. Ea, encadenad a vuestros pies esta mi pobre alma con vuestro santo amor a fin de que no se separe jamás de Vos. Padre eterno, por la prisión de Jesús en el vientre de María, libradme de las cadenas del pecado, y del infierno. Y Vos, Madre de Dios, socorredme, vos tenéis dentro de vuestro seno aprisionado y estrechado con Vos al Hijo de Dios. Ya, pues, que Jesús es vuestro prisionero, el hará cuanto le digáis. Decidle que me perdone; decidle que me haga santo. Ayudadme, Madre mía, por aquella gracia y honor que os hizo Jesucristo de habitar por nueve meses en vuestro interior.

MEDITACIÓN VII. La tristeza que la ingratitud del hombre ha causado a Jesús.

In propria venit, et sui eum non receperunt. (Jn. 1,11).

A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.

En estos días del santo nacimiento, andaba lamentando y suspirando san Francisco de Asís por las sendas y selvas, con gemidos inconsolables. Preguntado por la causa de esto, respondió: ¿Y cómo queréis que yo no gima, cuando veo que el amor no es amado? Veo a un Dios casi fuera de sí por amor del hombre y al hombre tan ingrato a este Dios. Pues si esta ingratitud tanto afligía el corazón de san Francisco consideremos cuánto más afligió el corazón de Jesucristo. Apenas concebido en el vientre de María, vio la cruel correspondencia que debía recibir de los hombres. Había venido del cielo a encender el fuego del divino amor, y este solo deseo le había hecho descender a la tierra, a sufrir un abismo de penas y de ignominias; y después se le presentaba otro abismo de pecados, que habían de cometer los hombres, habiendo visto tantas señales de su amor.

Esto fue, dice san Bernardino de Sena, lo que le hizo padecer un infinito dolor. Aun entre nosotros, el verse tratado alguno con ingratitud por otro hombre, es un dolor insufrible; pues, como reflexiona el beato Simón de Casia, la ingratitud frecuentemente aflige el alma, más que cualquier otro dolor al cuerpo. Luego ¿qué dolor ocasionaría a Jesús nuestra ingratitud, al ver que, siendo Dios, su amor y sus beneficios habían de ser pagados con disgustos e injurias? Por esto nos dice: *Pusieron contra mis males por bienes, y odio por mi amor. (Sal. 105, 5)* Mas, aun hoy día parece que vaya lamentándose Jesucristo con aquellas palabras del mismo Profeta: He sido hecho extraño a mis hermanos (Sal. 68, 9) cuando ve que de muchos no es ni amado, ni conocido, como si no les hubiese hecho bien alguno, ni nada hubiera padecido por su amor. ¡Oh Dios! ¿qué caso hacen al presente tantos cristianos del amor de Jesucristo? Apareció este Redentor una vez al beato Enrique Susón en forma de un peregrino que andaba mendigando de puerta en puerta un poco de alojamiento, pero todos le desechaban con injurias y groserías. ¡Cuantos ¡ah! se hallan semejantes a aquellos de quienes habla Job, los cuales decían a Dios: «Apártate de nosotros», siendo así que él había llenado sus casas de bienes (Job 22, 17) Nosotros, aunque hasta aquí nos hayamos unido a estos ingratos, ¿Querremos seguir en ser siempre tales? No, que no se merece esto aquel amable Niño que ha venido del cielo a padecer y morir por nosotros, para hacerse amar de nosotros.

Afectos y súplicas.

Luego será verdad, oh Jesús mío, que Vos habéis bajado del cielo para haceros amar de mí, habéis venido a abrazaros con una vida de penas y una muerte de cruz por amor mío, y para que os diese acogida en mi corazón; y yo tantas veces he tenido valor de

desecharos diciendo: ¡Apartaos de mí, Señor, que no os quiero! ¡Oh Dios! si Vos no fueseis bondad infinita, y sino hubieseis dado la vida por perdonarme, no tendría ánimo de pediros perdón; pero oigo que Vos mismo me ofrecéis la paz: «Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros», decís por Zacarías. Vos mismo, Jesús mío, que habéis sido ofendido por mí, os hacéis mi intercesor, como nos lo asegura vuestro discípulo amado: *Ipse est propitiatio pro peccatis nostris. (Jn. 2, 2)*No quiero, pues, haceros este nuevo agravio, de desconfiar de vuestra misericordia. Yo me arrepiento con toda el alma, de haberos despreciado. ¡Oh sumo bien! recibidme en vuestra gracia por aquella sangre que habéis derramado por mí. No soy digno de ser llamado hijo vuestro. No, que no soy digno, mi Redentor y Padre, de ser más hijo vuestro, habiendo renunciado tantas veces a vuestro amor; pero Vos me hacéis digno con vuestros méritos. Os doy gracias, Padre mío, y os amo. ¡Ah! el solo pensamiento de la paciencia con que me habéis sufrido por tantos años, y de las gracias que me habéis dispensado después de tantas injurias que os he hecho debiera hacerme vivir siempre ardiendo en vuestro amor. Venid, pues, Jesús mío, que yo no quiero desecharos más: venid a habitar en mi pobre corazón. Yo os amo, y quiero siempre amaros; pero Vos inflamadme siempre más, recordándome el amor que me habéis tenido.

Reina y madre mía, María, ayudadme, rogad a Jesús por mí, hacedme vivir agradecido en lo que me resta de vida a este Dios que tanto me ha amado, aunque después tanto le he ofendido.

MEDITACIÓN VIII. El amor de Dios manifestado al hombre por el nacimiento de Jesús

Apparuit grapia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus, erudiens nos ut... pie vivamus in hoc seculo, expectantes beatam spem, et adventum glorire magni Dei, el Salvatoris nostri Jesu Christi. (Tit. 2, 11).

Se manifestó a todos los hombres la gracia de Dios Salvador nuestro, enseñándonos que vivamos en este siglo píamente, aguardando la esperanza bienaventurada, y el advenimiento glorioso del gran Dios y Salvador Jesucristo.

Considera que por la gracia que aquí dice manifestada se entiende el entrañado amor de Jesucristo hacia los hombres, amor nunca merecido por nosotros, y por esto se llama gracia. Este amor por otra parte fue siempre el mismo en Dios, pero no siempre se mostró del mismo modo. Primeramente fue prometido en tantas profecías, y encubierto bajo el velo de tantas figuras. Mas en el nacimiento del Redentor se dejó ver a las claras este amor divino, apareciendo a los hombres el Verbo eterno, niño, recostado sobre el heno, que gemía y temblaba de frío, comenzando ya de esta manera a satisfacer por nosotros las penas que merecíamos, y dando asimismo a conocer el afecto que nos tenía, con dar por nosotros la vida. Porque, como dice san Juan (1Jn. 3, 16): *En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que puso él su vida por nosotros.* Se manifestó, pues, el amor de Dios, y si manifestó a todos, *omnibus hominibus.* Pero, ¿por qué después no le han conocido todos, y todavía hay tantos que no le conocen? El mismo Jesucristo da la razón: *Porque los hombres amaron más las tinieblas que la luz. (Jn. 3, 19)* No le han conocido ni conocen, porque no quieren, estimando en más las tinieblas del pecado, que la luz de la gracia. Procuremos no ser del número de estos infelices. Si hasta aquí hemos cerrado los ojos a la luz, pensando poco en el amor de Jesucristo, procuremos en los días que nos restan de vida tener siempre delante de la vista las penas y la muerte de nuestro Redentor, para amar a quien tanto nos ha amado, «aguardando entre tanto la esperanza bienaventurada y el advenimiento glorioso del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo». Así podremos confiar fundadamente, según las divinas promesas, en aquel paraíso que Jesucristo nos ha adquirido con su sangre. En esta primera venida, viene Jesús de niño, pobre y envilecido, y dejase ver nacido en un establo, cubierto de pobres mantillas, y reclinado sobre el heno; pero en la segunda venida vendrá de juez sobre un trono de majestad. *Verán entonces, nos dice el mismo, al Hijo del Hombre, viniendo sobre las nubes con grande poder y majestad.* ¡Dichoso en aquella hora el que le habrá amado, y miserable el que no le haya amado!

Afectos y súplicas.

¡Oh mi santo Niño! ahora os veo sobre esa paja; pobre, afligido y abandonado; mas sé que un día habéis de venir a juzgarme en un solio de resplandores, y cortejado por los ángeles. ¡Ah! perdonadme, antes que me hayáis de juzgar. Entonces deberéis portaros como Dios de justicia, pero ahora sois para mi Redentor y Padre de misericordia. Yo ingrato, he sido uno de aquellos que no os han conocido, porque no han querido conoceros; y por esto en vez de pensar en amaros, considerando el amor que me habéis tenido, no he pensado sino en satisfacer mis apetitos, despreciando vuestra gracia y vuestro amor. Esta mi alma, que he perdido, ahora la consigno en vuestras santas manos. Salvadla, Señor: *In manus tuas commendo spiritum meum. (Sal. 30, 6)* En Vos pongo, deposito todas mis esperanzas, sabiendo que habéis dado la sangre y la vida por mí, para rescatarme del infierno: *Redemisti me, Domine, Deus veritatis.* Vos no habéis permitido que yo muriese cuando estaba en pecado, y me habéis esperado con tanta paciencia, para que yo, reconocido; me arrepienta de haberos ofendido, y comience a amaros; y así podáis después perdonarme y salvarme. Sí, Jesús mío, quiero complaceros: yo me arrepiento sobre todo mal de cuantos disgustos os he causado, me arrepiento y os amo sobre todas las cosas. Salvadme por vuestra misericordia; y mi salvación sea amaros siempre en esta vida y en la eternidad. Amada madre mía, María, recomendadme a vuestro Hijo. Hacedle presente que yo soy siervo vuestro, y que en Vos he puesto mi esperanza. Él os oye, y nada os niega.

MEDITACIÓN IX. San José va a Belén con su santa esposa.

Ascendit autem et Joseph, ut profiteretur cum Maria desponsata sibi, *uxore praegnante.* (Luc. 2, 4).

Subió también José, para empadronarse con su esposa María, que estaba en cinta.

Había ya decretado Dios que su Hijo naciese no en la casa de José, sino en una gruta y establo de bestias del modo más pobre y más penoso que puede nacer un niño; y para esto dispuso que Cesar Augusto publicase un edicto, mandando que cada uno fuese a empadronarse en la propia ciudad, de la que traía su origen. José cuando tuvo noticia de esta orden se puso en agitación, pensando si debía dejar, o llevar consigo la Virgen Madre, que estaba próxima al parto. «Esposa y Señora mía, le dice; por una parte yo no quisiera dejaros sola; por otra, si os llevo me aflige la pena de que Vos habéis de padecer mucho en este viaje tan largo, y hecho en un tiempo tan rígido: mi pobreza no me permite llevaros con aquella comodidad que a Vos es debida». Mas responde María, y le da ánimo, diciéndole: «José mío, no temas, yo iré contigo, el Señor nos asistirá». Sabía bien esta Señora, por inspiración divina, y también porque estaba bien penetrada de la profecía de Miqueas, que en Belén había de nacer el divino Infante. Por lo que, toma las fajas y los otros pobres paños preparados ya, y marcha con José: *Ascendit autem Joseph, ut profiteretur cum Maria.* Vamos aquí considerando los devotos y santos discursos que en este viaje deberían tener los dos santos Esposos acerca de la misericordia, de la bondad y del amor del Verbo divino, que dentro de poco tiempo había de nacer y aparecer sobre la tierra, para la salvación de los hombres. Consideremos aquí también las alabanzas, las bendiciones y acciones de gracias, los actos de humildad y de amor en que se ejercitarían por el camino estos dos grandes viajeros.

Mucho ciertamente padecía aquella santa doncellita vecina al parto, caminando largas distancias por sendas extraviadas, y en la estación del invierno; pero padecía con paz, y con amor; ofrecía todas aquellas penas a Dios, uniéndolas con las de Jesús, que llevaba en su seno. ¡Ah! unámonos también nosotros, y acompañemos al Rey del cielo con María y José: a este Rey, que va a nacer en una cueva, y hacer su primera entrada en el mundo, de niño, pero niño el más pobre y abandonado que jamás ha nacido entre los hombres, y pidamos a Jesús, María y José, que por el mérito de las penas padecidas en este viaje nos acompañen en el que estamos haciendo a la eternidad, ¡Oh! dichosos nosotros, si nos acompañásemos y fuésemos siempre acompañados de estos tres grandes personajes!

Afectos y súplicas.

Mi amado Redentor, yo sé que en este viaje a Belén os acompañan a escuadrones los ángeles del cielo; pero de los que habitan en la tierra ¿quién os acompaña? Solos lleváis con Vos José y María al Niño que llevas dentro de ti. No rehuséis, pues, Jesús mío, que os acompañe también yo miserable e ingrato como he sido; mas ahora reconozco el agravio que os he hecho. ¡Ah! si, Vos habéis bajado del cielo para salvarme, para ser mi compañero sobre la tierra, y yo tantas veces os he dejado, ofendiéndoos ingratamente. Cuando pienso, oh mi Señor, las muchas veces que por mis gustos malditos me he separado de Vos renunciando a vuestra amistad, quisiera morirme de dolor; pero habéis venido para perdonarme. Ea, pues, perdonadme pronto, que ya me arrepiento con toda el alma de haberos tantas veces vuelto las espaldas y abandonado. Propongo y espero con vuestra gracia no dejaros más, y no separarme de Vos, único amor mío. Mi alma se ha enamorado de Vos, o mi amable Dios niño. Os amo, mi dulce Salvador; y ya que habéis venido a la tierra a salvarme, y a dispensarme vuestras gracias, estas solo os pido; no permitáis que tenga que separarme más de Vos. Unidme, estrechadme a Vos encadenándome con los dulces lazos de Vuestro santo amor.

¡Ah mi Redentor y Dios! ¡Y quien tendrá más corazón de dejaros, y de vivir sin Vos, privado de vuestra gracia? Santísima María, yo vengo para acompañaros en este viaje; y vos no dejéis de asistirme madre mía, en el viaje que hago a la eternidad. Asistidme siempre, pero especialmente cuando me hallare al fin de mi vida, próximo a aquel momento del que depende, o estar siempre con Vos, para ver a Jesús en el paraíso, o estar siempre lejos de Vos, para aborrecer a Jesús en el infierno. Reina mía, salvadme con vuestra intercesión, y mi salud sea amar a Vos y amar a Jesús por siempre, en el tiempo y en la eternidad. Vos sois mi esperanza; de Vos todo lo confío.

MEDITACIONES PARA LA OCTAVA DE NAVIDAD HASTA LA EPIFANÍA.

MEDITACIÓN I. Del Nacimiento de Jesús.

El nacimiento de Jesucristo trajo una alegría general a todo el mundo. Él fue aquel Redentor deseado por tantos años y con tantos suspiros; que por esto fue llamado el Deseado de las gentes, y el deseo de los collados eternos. Hele; ya ha venido, y ha nacido en una pequeña cueva. Aquel gozo grande, que el Ángel anunció a los pastores, hoy lo anuncia también a nosotros, y nos dice: *Ecce evangelizo vobis gaudium magnum,* gozo que será para todo el pueblo; porque hoy os es nacido el Salvador del mundo. ¡Qué gran fiesta se hace en un reino cuando nace al monarca su primogénito! Pues, mayor fiesta debemos hacer nosotros, viendo nacido al Hijo de Dios que ha venido del cielo a visitarnos, movido de las entrañas de su misericordia. Nosotros estábamos perdidos, y he aquí que él ha venido a salvarnos: el Pastor ha venido a salvar sus ovejuelas de la muerte, dando su vida por amor de ellas. El Cordero de Dios ha venido a sacrificarse por alcanzarnos la divina gracia, y para hacerse nuestro libertador, nuestra vida, nuestra luz, y aun nuestro alimento en el santísimo Sacramento. Dice san Agustín, que por eso Jesucristo al nacer quiso ser puesto en el pesebre donde hallaban pasto los animales; para darnos a entender, que él se hizo hombre a fin de hacerse él mismo nuestra comida para la eternidad. Jesús, en efecto, nace todos los días en el Sacramento por medio del sacerdote y de la consagración. El altar es el pesebre, y allí vamos nosotros a alimentarnos de sus carnes. Alguno habrá que desee tener el santo Niño en los brazos, como le tuvo el santo viejo Simeón; pues cuando comulgamos nos enseña la fe que no solo en los brazos, sí que dentro de nuestro pecho está aquel mismo Jesús que estuvo en el pesebre de Belén; para esto él ha nacido, para darse todo a nosotros: *Parvulus natus est nobis, et Filius datus est nobis.*

Afectos y súplicas.

Señor, yo soy la oveja que, por andar tras de mis placeres y caprichos, me he perdido miserablemente; mas Vos, oh Pastor y juntamente Cordero divino; sois aquel que habéis, venido del cielo a salvarme, sacrificándoos cual víctima sobre la cruz en satisfacción de mis pecados. Si yo, pues, quiero enmendarme, ¿qué debo temer? ¿Por qué no debo confiarlo todo de Vos, mi Salvador, que habéis nacido de intento para salvarme? ¿Qué mayor señal de misericordia podíais darme, o dulce Redentor mío, para inspirarme confianza, que daros Vos mismo? Yo os he hecho llorar en el establo de Belén; pero si Vos habéis venido a buscarme, yo me arrojo confiado a vuestros pies; y aunque os vea afligido y envilecido en ese pesebre, reclinado sobre la paja, os reconozco por mi Rey y Soberano. Oigo ya esos vuestros dulces vagidos, que me convidan a amaros, y me piden el corazón.

Aquí le tenéis, Jesús mío. Hoy lo presento a vuestros pies; mudadlo, inflamadlo Vos, que a este fin habéis venido al mundo, para inflamar los corazones con el fuego de vuestro santo amor. Oigo también que desde ese pesebre me decís: *Amaráis al Señor tu Dios con todo tu corazón.* Y yo respondo: ¡ Ah Jesús mío! y si no amo a Vos, que sois mi

Dios y Señor, ¿quién he de amar? No, amado Señor mío, yo todo me entrego a Vos, y os amo con todo el corazón. Yo os amo, yo os amo, yo os amo. ¡Oh sumo bien, oh único amor de mi alma! Ea, aceptadme por vuestro en este día, y no permitáis que haya de dejar de amaros.

Reina mía, María, os pido por aquel consuelo que tuvisteis la primera vez que mirasteis nacido a vuestro hijo, y le disteis los primeros abrazos, intercedáis con él, para que me acepte por hijo, y me encadene para siempre con el don de su santo amor.

MEDITACIÓN II. Jesús nace niño.

Considera como la primera señal que dio el ángel a los pastores para hallar al Mesías recién nacido, fue la de encontrarle en forma *de niño: Invenietis infantem pannis involutum (Lc.2,12)*

La pequeñez de los niños es un grande atractivo de amor; pero un atractivo mucho mayor debe ser para nosotros la pequeñez de Jesús, que siendo un Dios inmenso, se ha hecho chiquito por nuestro amor, como dice san Agustín. Adán compareció sobre la tierra en edad perfecta; mas el Verbo eterno quiso manifestarse infante, para atraerse de esta manera con mayor fuerza de amor nuestros corazones. Jesús no viene al mundo para infundir terror, sino para ser amado; y por eso en su primera aparición quiere hacerse ver tierno y pobre niño. «Mi Señor es grande, y digno en gran manera de ser loado», decía san Bernardo (Serm. XLVII in Cant.); pero viéndole después el Santo hecho pequeñito en el establo de Belén, añadía exclamando con ternura: *Chiquito es el Señor, y por ello muy digno de ser amado.* ¡Ah! y quien considere con fe a un Dios niño llorar, y dar llantos sobre la paja en una gruta, ¿cómo es posible que no le ame, y no invite a todos a amarle, como invitaba san Francisco de Asís diciendo: *¡Amemos al Nino de Belén: amemos al Nino de Belén!* Él es un infante, no habla, sí que solo gime; pero ¡Oh Dios! que aquellos gemidos son voces todas de amor, con las que nos convida a amarle, y nos pide el corazón. Considero por otra parte que los niños se atraen los afectos también, porque se reputan inocentes, aunque nazcan manchados de la culpa original. Mas Jesús nace niño inocente, santo, sin mancha alguna. Mi amado, decía la sagrada Esposa, es todo rubicundo por el amor y cándido por la inocencia, puro de toda culpa, elegido entre miles: *Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus. (Ct. 5, 10)* Solo en este Niño halló el eterno Padre sus delicias, porque, como dice san Gregorio, solamente en este no halló culpa. Consolémonos, pues, nosotros miserables pecadores, porque este divino Infante ha venido del cielo a comunicarnos esta su inocencia por medio de su pasión. Los méritos suyos, si nosotros supiésemos estimarlos, pueden mudarnos de pecadores en santos e inocentes; pongamos en ellos nuestra confianza, pidamos por los mismos al eterno Padre siempre la gracia, y lo alcanzaremos todo.

Afectos y súplicas.

Eterno Padre, yo miserable pecador, reo del infierno, no tengo que ofreceros en satisfacción de mis pecados; os ofrezco, pues, las lágrimas, las penas, la sangre, la muerte de este niño que es vuestro Hijo, y por él os suplico piedad. Si yo no tuviese este Hijo que ofreceros, estaría perdido, no tendríais más que esperar de mí; pero Vos para esto me lo habéis dado, a fin de que ofreciéndoos los méritos suyos espere mi salvación. ¡Señor! grande ha sido mi ingratitud; pero es más grande vuestra misericordia. ¿Y qué mayor misericordia podía esperar, que tener de Vos en don a vuestro mismo Hijo, por mi Redentor y por víctima de mis pecados? Por amor, pues, de Jesucristo perdonadme todas las ofensas que os he hecho; de las cuales me arrepiento con todo el corazón, por haber

ofendido a Vos, bondad infinita. Y por amor de Jesucristo os pido la santa perseverancia. ¡Ah! mi Dios, si yo os volviese a ofender, después que me habéis esperado con tanta paciencia, me habéis socorrido con tantas luces y me habéis perdonado con tanto amor, ¿no merecería un infierno a propósito para mí? ¡Ah! Padre mío, no me abandonéis. Yo tiemblo al pensar en las traiciones que os he hecho: ¿cuántas veces he prometido amaros, y después os he dado las espaldas? ¡Ah! mi Creador, no permitáis que tenga yo que llorar la desgracia de verme nuevamente privado de vuestra amistad. No permitáis que me separe de Vos, no permitáis que me separe de Vos. Lo repito y quiero repetirlo hasta el último aliento de mi vida; y Vos dadme la gracia para siempre de repetiros esta misma súplica: *Ne me permittas separari a te.* Jesús mío, mi amado niño, encadenadme con vuestro amor. Os amo, y quiero siempre amaros. No permitáis que yo tenga que separarme más de vuestro amor. Amo también a Vos, Madre mía; amadme asimismo Vos. Y si me amáis, esta es la gracia que me habéis de alcanzar, que ya no deje más de amar a Dios.

MEDITACIÓN III. De Jesús en fajas.

Figuraos de ver a María, que habiendo ya dado a luz al Hijo, lo toma con reverencia entre sus brazos, y primeramente le adora como a su Dios; después le reaprieta entre fajas: *Le envolvió en pañales,* dice san Lucas; y esto mismo canta la Iglesia, cuando dice: *Ata la Virgen Madre los miembros envueltos en pañales.* He aquí Jesús niño, que obediente ofrece sus manecitas, ofrece los pies y se deja fajar. Pondera como cada vez que el santo Infante permitía fajarse, pensaba en las cuerdas con que debía un día ser preso en el huerto, y las que debían atarle a la columna, y en los clavos que habían de fijarle en la cruz. Pensando de esta manera se ofrecía con la mayor voluntad a ser fajado, a fin de soltar nuestras almas de las cadenas del infierno. Constreñido Jesús por aquellas fajas, dirigido a nosotros nos invita, estrecharnos con él en los dulces lazos del amor; y vuelto al eterno Padre, le dice: Padre mío, los nombres han abusado de su libertad, y rebelándose contra Vos, se han hecho esclavos del pecado; yo para pagar su desobediencia quiero ser sujetado y estrechado por estas fajas. Desde estas ligaduras os ofrezco mi libertad a fin de que sea libertado el hombre de la esclavitud del demonio. Acepto estas fajas; ellas me son amadas, porque son semejanza de los cordeles con los que desde ahora me ofrezco a ser un día atado y conducido a la muerte por la salvación de los hombres. Sí, las ligaduras de Jesús fueron las fajas saludables para curar las llagas de nuestra alma: *Vincula illius, alligalura salutaris (Eccli. 6, 31)* Pues que, ¡oh mi Jesús! ¿*Vos* habéis querido ser estrechado entre las fajas por mi amor? ¡Oh caridad! ¡Cuán grande es tu lazo, que pudo atar a Dios, dice san Lorenzo Justiniano! ¡Oh amor divino! ¡Tú solo has podido hacer prisionero a mi Dios! ¿Y yo, Señor, rehusaré dejarme ligar de vuestro santo amor? ¿Tendré en lo sucesivo valor de desatarme de vuestras amables y dulces cadenas? ¿Para qué? ¿Para hacerme esclavo del infierno? Señor, Vos estáis fajado

en ese pesebre por mi amor; yo quiero estar para siempre ligado con Vos. Decía santa María Magdalena de Pazzis, que la faja que nosotros debemos tomar, es una firme resolución de estrecharnos con Dios por medio del amor, desasiéndonos al mismo tiempo del afecto a todo aquello que no es Dios. A éste fin todavía parece que nuestro amante Jesús había querido dejarse, por decirlo así, ser atado y prisionero en el santísimo Sacramento del altar bajo las especies en que se oculta, a fin de ver sus amadas almas hechas prisioneras de su amor.

Afectos y súplicas.

Y ¿qué temor puedo yo jamás tener de vuestros castigos, oh amado Niño, cuando os veo sujeto entre las fajas privándoos, por decirlo así, de poder levantar la mano para castigarme? Vos en tal estado me dais a entender que no queréis afligirme, si yo quiere soltarme de las cadenas de mis vicios y unirme con Vos. Sí, Jesús mío, quiero desatarme. Yo me arrepiento con toda el alma de haberme separado de Vos, sirviéndome malamente de aquella libertad que me habéis dado. Vos me ofrecisteis otra libertad más bella, libertad que suelta de las cadenas del demonio, y me coloca entre los hijos de Dios. Vos os habéis hecho aprisionar de estas fajas por amor mío; yo quiero ser también prisionero de vuestro grande amor. ¡Oh dichosas cadenas, oh hermosas insignias de salvación, que atáis las almas con Dios! Ea, pues, estrechad vosotras mi pobre corazón, pero estrechadle tanto, que no pueda en lo sucesivo separarse más del amor de este sumo bien. Jesús mío, yo os amo, a Vos me uno, a Vos doy todo mi corazón, toda mi voluntad. No, que no quiero dejaros ya, amado Señor mío. ¡Oh mi Salvador! que por pagar mis deudas quisisteis no solo ser apretado entre las fajas por María, sino que permitisteis ser atado por los verdugos cual reo, y así atado andar por las calles de Jerusalén, para ser llevado a la muerte cual corderillo inocente que va al matadero; Vos, que quisisteis ser enclavado en la cruz, y no la dejasteis sino después de haber dejado en ella la vida. ¡Ah! no permitáis que yo haya de verme otra vez privado de vuestra gracia y de vuestro amor.

¡Oh María! que sujetasteis un día entre las fajas a este Hijo inocente, sujetadme a mi también pecador. Atadme a Jesús, a fin de que no me aparte jamás de sus pies: a él viva siempre unido, y unido muera, para que tenga después la dicha de entrar en aquella patria bienaventurada, donde nunca podré, ni tendré temor de separarme de su santo amor.

MEDITACIÓN IV. Jesús toma leche.

Fajado que fue Jesús, buscó y tomó leche de los pechos de María. La Esposa de los Cantares deseaba ver a su hermanito, que tomase leche de la madre: *¿Quién te me dará a ti, hermano mío, mamando los pechos de mi madre*? (Ct. 8, 1) Esta Esposa lo deseó, pero no lo vio: nosotros sí que somos los que hemos tenido la suerte de ver al Hijo de Dios, hecho hombre y hermano nuestro, tomar leche del pecho de María. ¡Oh! ¡Y que espectáculo era al paraíso ver al Verbo divino, hecho niño, pendiente del pecho de una Virgen criatura suya! ¡Aquel que da el alimento a todos los hombres y a los animales de la tierra, se ha hecho tan débil y tan pobre, que tiene necesidad de un poco de leche humana para sustentar la vida! Sor Paula, camaldulense, contemplando una figurita de Jesús que tomaba el pecho, sentía de repente encenderse toda de un tierno y ardiente amor hacia Dios. Poca era la leche con que se alimentaba Jesús, pues según fue revelado a sor Mariana, franciscana, solamente tres veces al día María le daba de mamar. ¡Oh leche preciosa para nosotros, que debiste convertirte en sangre en las venas de Jesucristo, para hacer después de ella un baño de salud en el que fuesen lavadas nuestras culpas! Ponderemos que aunque Jesús tomaba esta leche, era para sostener aquel cuerpo que quería dejarnos por nuestro alimento en la santa comunión. ¿Con qué, mi pequeñito Redentor, mientras Vos mamabais pensabais en mí? ¿pensabais cambiar esta leche en sangre, para derramarla después en vuestra muerte, y con tal precio rescatar mi alma, y aun alimentarla con el santísimo Sacramento, que es leche saludable con la cual el Señor nos conserva en la vida de la gracia, según aquella sentencia de san Agustín, que dice: «¿La leche vuestra es Cristo?» ¡Oh Jesús mío! permitid que yo también exclame con aquella mujer del Evangelio: *Feliz el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste:* ¡Dichosa Vos, oh Madre divina; que tuvisteis la suerte de dar leche al Verbo encarnado! Ea, admitidme en unión de este grande Hijo a tomar de Vos la leche de una tierna y amorosa devoción a la infancia de Jesús, y a Vos, Madre mía amadísima. Os doy a Vos las gracias, oh divino Infante, que os habéis hecho necesitado de leche, para manifestarme el amor que me tenéis. Así lo dio el Señor a conocer a santa María Magdalena de Pazzis, cuando le dijo; que el por esto se había reducido a la necesidad de tomar leche, para dar a entender el amor que tiene a las almas redimidas.

Afectos y súplicas.

Oh mi dulce y amabilísimo Niño; Vos sois el pan del cielo que sustentáis a los ángeles; Vos proveéis de comida a todas las criaturas; ¿cómo, pues, os habéis reducido a mendigar un poco de leche de una doncellita, para conservar la vida?, ¡Oh amor divino! ¿Cómo has podido hacer tan pobre a un Dios, que haya tenido necesidad de pedir un tan corto alimento? Mas ya os comprendo, Jesús mío: Vos tomáis leche de María en esa gruta, para ofrecerla después convertida en sangre a Dios sobre la cruz, en sacrificio y satisfacción de nuestros pecados. Dad, pues, María, dad toda la leche que podáis a ese

Hijo, para que todos gocen del precioso líquido que ha de servir para lavar las culpas de mi alma, y para nutrirla después en la santa comunión.

¡Oh Redentor mío! y ¿Cómo puede no amaros quien cree lo que habéis hecho y padecido por salvarnos? ¿Cómo he podido yo saber esto y seros ingrato? Pero vuestra bondad es mi esperanza. Esta me enseña que si yo quiero vuestra gracia, ella es mía. Me arrepiento, o sumo Bien, de haberos ofendido, y os amo sobre todas las cosas. Diré mejor: yo nada amo sino a Vos, y a Vos solamente quiero amar. Vos sois y habéis de ser siempre mi único bien, el único amor mío. Mi amado Redentor, dadme, os ruego, una tierna devoción a vuestra santa infancia, como la habéis dado a tantas almas, que pensando en vuestra niñez se olvidan, de todo lo demás, porque no saben pensar más que en amaros. Es verdad que ellas son inocentes, yo pecador; pero Vos os habéis hecho niño para haceros amar también de los pecadores. Yo he sido uno de ellos, mas ahora os amo con todo el corazón y no deseo otra cosa que vuestro amor. ¡Oh María! dadme Vos un poco de aquella ternura con la que dabais de mamar al infante Jesús.

MEDITACIÓN V. De Jesús sobre la paja.

Nace Jesús en el establo de Belén. Allí la pobre Madre no tiene ni lana, ni plumas para preparar lecho al tierno Niño. En tal situación ¿qué hace María? Reúne un montoncito de paja dentro un pesebre, y sobre ella recostó al Hijo: *Et reclinavit eum in praesepio.* Pero ¡Oh Dios! que esta es cama muy dura y penosa para un infantillo recién nacido. Sus miembros son muy tiernos, y especialmente los de Jesús, formado con delicadeza especial por el Espíritu Santo, a fin de que fuese más sensible a las penas: motivo por el que se hizo muy dolorosa la de un lecho tan duro. Pena y oprobio; porque ¿hubo jamás hijo alguno, aun del hombre más plebeyo y olvidado, que fuese expuesto al nacer sobre la paja? Ella es el lecho propio de los animales, ¡y el Hijo de Dios no tiene otra sobre la tierra! San Francisco de Asís, estando sentado un día a la mesa, oyó leer las sobredichas palabras del Evangelio: *Y le reclinó en un pesebre,* y al momento dice: *¿cómo?* Mi Señor está sobre la paja, ¿y he de estar Yo sentado? Levantóse enseguida de su asiento, se echó en el suelo, y allí concluyó su pobre comida mezclándola con lágrimas de ternura, que derramaba al considerar lo que padecería el niño Jesús estando recostado sobre cama tan dura. Pero ¿po*r* qué María, que tanto había deseado ver nacido a este Hijo, porque la Señora que tanto le amaba, no le retenía entre sus brazos, en vez de ponerle a padecer sobre el pesebre? Misterio es esto, dice santo Tomás de Villanueva: «Ni le hubiera colocado en tal lugar, si en ello no se obrase algún misterio». Muchos lo explican de diversos modos; pero más que todas agrada la explicación de san Pedro Damiano, que dice: «Quiso Jesús, apenas había nacido, ser puesto sobre la paja, para enseñarnos la mortificación de los sentidos». El mundo estaba perdido por los placeres sensuales. Por los mismos se había perdido Adán y tantos descendientes suyos hasta aquel momento. Vino el Verbo eterno del cielo a enseñarnos el amor de padecer, y comenzó de niño a darnos lecciones, eligiendo para sí los más ásperos padecimientos que pudo sufrir un recién nacido. De aquí, pues, fue que el mismo inspiró a la Madre dejase de tenerlo sobre su regazo, y lo recostase en aquel duro lecho, a sentir en mayor grado el frío de aquella gruta, y las punzadas de aquellas toscas pajas.

Afectos y súplicas.

¡Oh enamorado de las almas! ¡Oh amable Redentor mío! Con que ¿no os basta la pasión dolorosa que os espera, la muerte amarga que os está preparada sobre la cruz, sino que desde el principio de vuestra vida, desde niño ya queréis comenzar a padecer? Sí, porque desde niño queréis Vos comenzar a ser mi Redentor, y satisfacer a la divina justicia por mis pecados. Elegís por cama la paja, para librarme del fuego del infierno, en el que mil veces he merecido ser arrojado. Lloráis, y dais llantos producidos por el dolor que os causa tan penoso lecho, para alcanzarme con vuestras lágrimas el perdón de vuestro Padre. ¡Ah! ¡que estas vuestras lágrimas me afligen y consuelan! Me afligen por la compasión viéndoos niño inocente padecer tanto por delitos que no son vuestros; pero me

consuelan mientras reconozco en vuestros dolores mi salvación, y el amor inmenso que me tenéis. Mas no quiero, Jesús mío, dejaros solo, a llorar y penar. Quiero también llorar yo, que únicamente debo hacerlo por los disgustos que os he dado. Yo que he merecido el infierno, no rehúso cualquier pena por recobrar vuestra gracia 0 mi Salvador, perdonadme, restituidme a vuestra amistad, haced que os ame, y después castigadme como queráis. Libradme de las penas eternas, y luego tratadme como os agrade. No os pido en esta vida placeres, porque no los merece quien ha tenido el atrevimiento de disgustaros a Vos, bondad infinita. Estoy contento de sufrir todas las cruces que Vos me enviareis; pero, Jesús mío, quiero amaros. ¡Oh María! Vos que, acompañasteis tan cumplidamente con vuestras penas las de Jesús, alcanzadme la virtud de sufrir las mías con paciencia. ¡Pobre de mí, si después de tantos pecados no padezco alguna cosa en esta vida! Y dichoso, si tengo la suerte de acompañar, padeciendo, a Vos, Madre mía dolorosa, y a mi Jesús siempre afligido y crucificado por mi amor.

MEDITACIÓN VI. Jesús que duerme.

Muy escasos y penosos eran los sueños del niño Jesús. Un pesebre era su cuna, de paja el lecho, de paja también la almohada. Con lo que frecuentemente era interrumpido el sueño de Jesús, por la dureza de aquella tormentosa camilla, y por el rigor del frío que hacía en aquella gruta. No obstante, de cuando en cuando, vencida la naturaleza de la necesidad, se dormía el precioso Niño entre aquellas penalidades. Pero los sueños de Jesús se diferenciaban mucho de los de los otros niños, a quienes son útiles en cuanto a la conservación de la vida, mas no en cuanto a las operaciones del alma, porque ésta, privada de los sentidos, no obra entonces. No fueron así los sueños de Jesucristo: *Yo duermo, y mi corazón vela, nos* dice en los *Cantares. (Ct. 5, 2)* Descansaba el cuerpo, pero velaba el alma, estando a Jesús unida la persona del Verbo, que no podía dormir ni ser soportada por los sentidos. Dormía el santo Nino, y mientras tanto pensaba en todas las penas que debía padecer por amor nuestro en toda su vida y en su muerte. Pensaba en los trabajos que debía padecer, así en Egipto como en Nazaret, con una vida tan pobre y despreciada. Pensaba después particularmente en los azotes, en las espinas, en las ignominias, en las agonías, y en aquella desolada muerte que había de padecer por fin sobre la cruz. Todo lo cual Jesús durmiendo lo ofrecía al eterno Padre, para alcanzarnos el perdón y la salvación. Así que nuestro Salvador en tal estado merecía para nosotros y aplacaba al eterno Padre, de quien nos alcanzaba las gracias. Roguémosle, pues, ahora, que por el mérito de sus bienaventurados sueños nos libre del mortífero de los pecadores, quienes duermen miserablemente en la muerte del pecado, olvidados de su Dios y de su amor. Pidámosle que en cambio nos dé el feliz sueño de la Esposa de los Cantares, acerca de la que nos advierte el mismo: *No levantéis ni hagáis despertar a la amada, hasta que ella quiera.* Tal es aquel sueño que Dios concede a las almas que ama; el cual no es otro, como dice san Basilio, sino un olvido total de todas las cosas, que se consigue

cuando el alma se aparta de todo lo terreno, por atender solo a Dios y lo que se dirige a su gloria.

Afectosy súplicas.

Mi querido y santo Niño, Vos dormís, y ¡oh! ¡Cuánto me enamoran esos vuestros sueños! Para los demás son figura de muerte, mas en Vos son señal de vida eterna, pues que mientras descansáis, estáis mereciendo para mí la salvación eterna. Vos dormís, pero vuestro corazón no duerme, sí que piensa en padecer y morir por mí. Durmiendo vos, pedís por mí, y me estáis alcanzando de Dios el reposo eterno en el paraíso. Mas antes que me llevéis, como espero, a descansar con Vos en el cielo, quiero que descanséis por siempre en mi alma. En otro tiempo, Dios mío, yo os he desechado de mí, pero Vos, con tanto llamar a la puerta de mi corazón, ahora con temores, luego con luces, después con voces de amor, confío que habréis entrado; porque siento una grande aversión de las ofensas que os he hecho, un arrepentimiento, que me causa un gran dolor, dolor de paz que me consuela, y me hace esperar habré sido perdonado por vuestra bondad. Os doy gracias, Jesús mío, y os ruego que no os separéis jamás de mi alma. Ya sé que no os apartareis, si yo no os despido; mas esta gracia os suplico, y os pido me ayudéis siempre a buscarla. No permitáis que vuelva a desecharos de mí. Haced que me olvide de todo, para pensar en Vos, que habéis pensado constantemente en mí y en mi bien. Haced que yo os ame siempre en esta vida, hasta que mi alma unida con Vos, espirando en vuestros brazos descanse eternamente en vuestro seno, sin temor de perderos más. ¡Oh María! asistidme en vida; y asistidme en muerte, para que Jesús repose siempre en mí, y logre yo siempre descansar en Jesús.

MEDITACIÓN VII. Jesús que llora.

Las lágrimas del niño, Jesús fueron muy diferentes de los otros niños que nacen. Estos lloran por dolor, Jesús no, sí que llora por compasión de nosotros y por amor, según san Bernardo. (Serm. III in Nat.) Gran señal de amor, es el llorar. Esto precisamente decían los judíos, luego que vieron al Salvador llorar en la muerte de Lázaro. *Ved cómo le amaba. (Jn. 11, 1-43)* Lo mismo podían decir los ángeles, mirando las lágrimas que derramaba Jesús niño: Ecce *quomodo amat* Vos. Ved cómo nuestro Dios ama a los hombres, cuando por amor de ellos le vemos hecho hombre y niño llorando. Lloraba Jesús, y ofrecía al Padre sus lágrimas, para alcanzarnos el perdón de los pecados. *Aquellas lágrimas;* dice san Ambrosio, *lavaron mis delitos.* El con sus gemidos y llantos pedía piedad para nosotros condenados a muerte eterna; y así aplacaba la indignación de su Padre. ¡Oh! y cómo sabían las lágrimas de este Niño perorar en favor nuestro! ¡Oh! ¡cuán preciosas fueron ellas para Dios! Entonces fue cuando el Padre hizo publicar por los ángeles, que el ya hacía paz con los hombres, y los recibía en su gracia: *Et in terra pax hominibus bonae voluntatis.*

Lloró Jesús por amor, pero también por dolor, al ver que tantos pecadores, aun después de tantas lágrimas y sangre derramadas por la salud de ellos, habían de seguir despreciando su gracia. Ahora bien, pues, ¿quién será tan duro, que viendo llorar a un Dios niño por nuestras culpas, no llore él también, y no deteste aquellos pecados que tanto han hecho llorar a este amante Señor? ¡Ah! no aumentemos más penas a éste Niño inocente; consolémosle sí, uniendo nuestras lágrimas con las suyas; ofrezcamos a Dios las lágrimas de su Hijo, y roguémosle que por ellas nos perdone.

Afectos y súplicas.

Niño mío amado, ¿con que mientras estabais llorando en la gruta de Belén pensabais en mí, considerando desde allí mis pecados que eran los que os hacían llorar? Y yo, Jesús mío, en vez de consolaros con mi amor y gratitud, a vista de lo que habéis padecido por salvarme, ¿he aumentado vuestro dolor y la causa de vuestras lágrimas? Si menos hubiese yo pecado, menos habríais Vos padecido. Llorad, pues, llorad, que tenéis razón de llorar, viendo tanta ingratitud en los hombres a un amor tan grande. Mas ya que lloráis, llorad aun por mí: vuestras lágrimas son mi esperanza. Lamento los disgustos que os he dado, Redentor mío, los odio, los detesto, me arrepiento de ellos con todo el corazón. Lloro por todos aquellos días infelices en que viví enemigo vuestro, y privado de vuestra hermosa gracia; pero mis lágrimas, o Jesús mío, ¿para qué servirán sin las vuestras? Padre eterno; yo os ofrezco las lágrimas de Jesús, y por ellas os pido el perdón. Vos, Salvador mío, ofrecedle todas las lágrimas que por mi derramasteis en vuestra vida, y con ellas aplacadle por mí. Os ruego todavía, o amor mío, que enternezcáis con estas lágrimas mi corazón y le inflaméis de vuestro santo amor. ¡Ah! ¡pudiera yo de hoy en adelante consolaros con mi amor, tanto, cuanto os he causado pena con mis ofensas! Concededme,

pues, oh Señor, que estos días que me restan de vida no los haga servir para disgustaros más, si solo para llorar el sentimiento que os he ocasionado, y para amaros con todos los afectos de mi alma. ¡ Oh María! os suplico por aquella tierna compasión que tantas veces tuvisteis, viendo llorar a Jesús, me alcancéis un continuo dolor de las ofensas que yo ingrato os he hecho.

MEDITACIÓN VIII. Del nombre de Jesús.

El nombre de Jesús es nombre divino, anunciado a María de parte de Dios por el arcángel san Gabriel; y por esto dijo san Pablo, que era nombre sobre todo nombre, en el que solamente se halla la salvación. Este *nombre* es comparado por el Espíritu Santo al aceite, por la razón, dice san Bernardo, de que así como el aceite es luz y comida, y también medicina; así el nombre de Jesús es luz para el entendimiento, alimento para el corazón y medicina para el alma. Es luz para el entendimiento, pues con este nombre se convirtió el mundo, sacándole de las tinieblas de la idolatría a la luz de la fe. Nosotros que hemos nacido en estas regiones, donde antes de la venida de Jesucristo todos nuestros antepasados eran gentiles, seríamos aun tales, si no hubiese venido el Mesías a iluminarlos. ¡Cuanto, pues, debemos agradecer a Jesucristo el don de la fe! Y ¿qué sería de nosotros de haber nacido en África o en América, entre herejes o cismáticos? El que no cree, está perdido; y verosímilmente del mismo modo nos hubiésemos perdido nosotros. Es también el nombre de Jesús alimento que nutre nuestros corazones; porque él nos recuerda lo que Jesús ha hecho por salvarnos. De aquí es que nos consuela este nombre en las tribulaciones, nos da fuerza para andar por el camino de la salvación, nos anima en las desconfianzas, nos enciende para amar, recordando lo que ha padecido nuestro Redentor por salvarnos. Este nombre, finalmente, es medicina para el alma, haciéndola fuerte contra las tentaciones de nuestros enemigos. Tiembla el infierno, y huye al invocar este santo nombre, según aquello que dice el Apóstol: *En el nombre de Jesús se dobla toda rodilla de los que están en el cielo, en la tierra y en bs infiernos. (Flp. 2, 10)* El que es tentado y llama a Jesús, no cae, y quien siempre le invocare no caerá y será salvo, según la palabra del *salmo: Invocaré al Señor alabándole: y seré salvo de mis enemigos. (Sal. 17, 4) Y* ¿quién, que siendo tentado le ha invocado, se ha perdido jamás? Se pierde el que no le invoca en su ayuda, o quien persistiendo la tentación deja de invocarle.

Afectos y súplicas.

¡Oh! ¡hubiese yo siempre invocado a Vos, Jesús mío, y nunca habría sido vencido por el demonio! He perdido miserablemente vuestra gracia, porque en las tentaciones me he descuidado de llamaros en mi ayuda. Ahora lo espero todo de vuestro santo nombre. Escribid, pues, o Salvador mío, grabad en mi pobre corazón vuestro poderosísimo nombre, para que teniéndolo allí impreso juntamente con el amor a Vos, lo tenga siempre en la boca, pronunciándolo en todas las tentaciones que me prepara el infierno, para volver a verme su esclavo y separado de Vos. En vuestro nombre encontraré yo todo bien. Si fuere afligido, el me consolará, pensando cuanto os habéis afligido por mi amor. Si me viese desconfiado por mis pecados, el me dará, valor, recordándome que habéis venido al mundo para salvar los pecadores: si fuese tentado, vuestro nombre me dará fortaleza trayéndome a la memoria, que más podéis Vos ayudarme, que abatirme el

infierno. Si, finalmente, me hallase frío en vuestro amor, el me dará fervor, representándome cuanto Vos me habéis amado. Jesús mío, Vos sois y espero que siempre seréis el único amor mío. Os doy todo mi corazón, ya Vos solamente quiero amar, y quiero invocaros cuanto más a menudo podré. Quiero morir con vuestro nombre en la boca, nombre de esperanza, nombre de salvación, nombre de amor. ¡Oh María! si me amáis, esta es la gracia que habéis de alcanzarme, hacedme invocar siempre vuestro nombre y el de vuestro Hijo; haced que ellos sean el respiro de mi alma, y que los repita siempre en vida para repetirlos en el último aliento que tendré en la hora de la muerte. Jesús y María, ayudadme: Jesús y María, yo os amo. Jesús y María, a Vos encomiendo mi alma.

MEDITACIÓN IX. De la soledad de Jesús en el establo.

Jesús, al nacer, quiso elegir para su retiro y oratorio el establo de Belén; y a este fin dispuso que su nacimiento fuese fuera de la ciudad, en una cueva solitaria, para insinuarnos su amor a la soledad y al silencio. Todo esto respira aquella gruta. Entremos en ella, y hallaremos a Jesús que calla recostado sobre la paja; a María y José, que le adoran y contemplan en silencio. Fue revelado a sor Margarita del santísimo Sacramento, llamada la Esposa del niño Jesús, que cuanto pasó en la gruta de Belén, aun la visita de los pastores y la adoración de los santos Magos, fue sin hablar palabra. Esto que en los otros niños es impotencia, en Jesucristo fue virtud. No habla Jesús, pero ¡cuánto dice con su silencio! ¡Oh! ¡dichoso el que se entretiene con Jesús, María y José en esta santa soledad del pesebre! Los pastores con solo haber sido admitidos allí un poco de tiempo, salieron todos inflamados de amor hacia Dios, pues que no hacían otra cosa, sino alabarle y bendecirle. ¡Oh! ¡feliz aquella alma que se encierra en la soledad de Belén, a contemplar la divina misericordia, y el amor que Dios ha tenido y tiene a los hombres! La llevare a la soledad, y hablare a su corazón, le dice el Señor por Oseas. (Os. 2, 14) Allí el divino Infante no le hablará al oído, sino al corazón, invitándola a amar a su Dios, que tanto la ama. Al ver la pobreza de aquel solitario, que se está en una cueva fría, sin fuego, sirviéndose de un pesebre por cuna, y de un poco de heno por lecho: al oír los llantos, al mirar las lágrimas de este inocente Niño, y al considerar que él es su Dios, ¿cómo es posible pensar en otra cosa que en amarlo? ¡Oh! ¡que dulce retiro es para un alma que tiene fe el establo de Belén! Imitemos también a María y José, que inflamados de amor perseveran en contemplar al gran Hijo de Dios, vestido de carne, y sujeto a las miserias humanas: el sabio, reducido a un parvulito que no habla: el grande, hecho chiquito: el excelso, de tal modo abatido: el rico, hecho tan pobre: el omnipotente, débil; en suma, considerando la majestad divina oculta bajo la forma de un pequeñito niño despreciado y abandonado del mundo , y que todo lo hace y padece, para hacerse amable a los hombres, ruégale que te admita en este santo retiro. Enciérrate y permanece allí, y no te separes más de él. ¡Oh soledad! dice san Jerónimo. ¡Oh hermosa soledad! en la que Dios habla y conversa con sus amadas almas, no como soberano, sino como amigo, hermano y esposo. ¡Oh! ¡que paraíso conversar de solo a solo con Jesús niño en la grutilla de Belén!

Afectos y súplicas.

Carísimo Salvador mío, Vos sois el Rey del cielo, el Rey de los reyes, el Hijo de Dios; ¿Cómo, pues, os veo en esta gruta abandonado de todos? Yo no hallo otros que os asistan, más que José y vuestra santa Madre. Deseo venir también y unirme con ellos para haceros compañía. No me despidáis. Aunque lo merezco, oigo, sin embargo, que Vos me invitáis con dulces voces al corazón. Si, vengo, mi amado Niño, lo dejo todo por estarme a solas con Vos toda mi vida, único amor de mi alma. Insensato, en el tiempo pasado os he abandonado y dejado solo, Jesús mío, mendigando placeres miserables y envenenados de las criaturas;

pero ahora, iluminado por vuestra gracia, no deseo otra cosa que estarme solitario con Vos, que así queréis vivir en esta tierra. ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré? ¡Ah! ¡quien me diese el poder, huir de este mundo, donde tantas veces he encontrado mi ruina, huir y estarme siempre con Vos, que sois el gozo del paraíso, y el verdadero amante de mi alma! Ea, pues, Jesús mío, por los méritos de vuestra soledad en la cueva de Belén, dadme un continuo recogimiento interior, a fin de que mi alma venga a ser una celdilla solitaria, en la que yo no atienda más que a conversar con Vos, consulté con Vos todos mis pensamientos, todas las acciones; a Vos dedique todos los afectos; y que siempre os amé, y suspire por salir de la cárcel de este cuerpo, para ir a amaros cara a cara en el cielo. Os amo, bondad infinita, y espero siempre amaros en el tiempo y en la eternidad. ¡Oh María! Vos que todo lo podéis, rogadle que me encadene con su amor, y no permita que yo haya de perder jamás su gracia.

MEDITACIÓN X. De las ocupaciones del niño Jesús en el establo de Belén.

Dos son las principales ocupaciones de un solitario, orar y hacer penitencia. Ved, pues, a Jesús, que en la cueva de Belén nos da ejemplo de ellas. En el pesebre, elegido por su oratorio en la tierra, no deja de rogar y sin intermisión al eterno Padre. Allí hace continuamente actos de adoración y de amor y de súplicas. Antes de este tiempo la Majestad divina, si bien había sido adorada de los hombres y de los ángeles, no obstante nunca había recibido de estas criaturas aquel honor que le dio Jesús aun niño al adorarla en el establo donde nació. ¡Cuán bellos, pues, y perfectos eran los actos de amor que el Verbo encarnado dirigía al Padre en su oración! El Señor había intimado a los hombres el precepto de amarle con todo el corazón y con todas las fuerzas; pero este mandato jamás había sido cumplido perfectamente por ningún hombre. Entre las mujeres, la primera en llenarlo fue María, y entre los varones el primero fue Jesucristo, que lo ejecutó de una manera inmensamente mayor que María. Fríos podían decirse los Serafines respecto del amor de este santo Niño. Aprendamos, pues, del mismo a amar a nuestro Dios como se debe, y supliquémosle que nos comunique una centella de aquel amor purísimo con el cual amaba a su divino Padre en el establo de Belén. ¡Oh! ¡Y que bellos, perfectos y cariñosos eran a Dios los ruegos del infante Jesús! Pedía en todo tiempo y momento al Padre, y sus peticiones todas se dirigían en nuestro favor, y por cada uno de nosotros. Las gracias que cualquiera ha recibido del Señor, como el ser llamado a la verdadera fe, esperado a penitencia, las luces, el dolor de los pecados, el perdón, los santos deseos, las victorias en las tentaciones, y todos los otros actos buenos que hemos hecho y haremos de confianza, de humildad, de acción de gracias, de ofrecimiento y de resignación, todo nos lo ha alcanzado Jesús, y todo ha sido efecto de las oraciones de Jesús. ¡ Cuánto, pues, le debemos! ¡Cuántas gracias debemos por ello darle, y cuanto amarle!

Afectos y súplicas.

Amado Redentor mío, ¡cuánto os debo! Si Vos no hubieseis pedido por mí, ¿en qué estado de ruina me hallaría? Os doy gracias, o Jesús mío; vuestras súplicas son las que me han alcanzarlo el perdón de mis pecados, y las mismas espero que me han de alcanzar la perseverancia hasta la muerte habéis rogado por mí, y, os lo agradezco con todo el corazón; pero os pido que no dejéis de rogar. Yo sé que Vos seguís también en el cielo siendo nuestro abogado, y sé que continuáis en rogar por nosotros. Seguid, pues, pidiendo, pero pedid más particularmente por mí, Jesús mío, que tengo más necesidad de vuestras súplicas. Yo espero que ya Dios me haya perdonado por vuestros méritos; mas así como tantas veces he caído, así puedo volver a caer. El infierno no deja ni dejará de tentarme para hacerme perder nuevamente vuestra amistad. ¡Ah! Jesús mío, Vos sois mi esperanza; Vos me habéis de dar la fortaleza para resistir; a Vos la pido, y de Vos la espero. No me contento solo con la gracia de no recaer; quiero también la gracia de amaros

muchísimo. Se acerca mi muerte, y si ahora yo muriese esperaría salvarme, sí, pero os amaría poco en el paraíso, porque hasta ahora os he amado poco. Quiero, pues, amaros mucho en la vida que me resta para amaros mucho en la eternidad. ¡Oh María, madre mía, rogad también por mí a Jesús: vuestras súplicas todo lo pueden para con este Hijo que tanto os ama! Vos tenéis tanto deseo de verle amado; pedidle, pues, que me dé un grande amor hacia su bondad, y que este amor sea constante y eterno.

MEDITACIÓN XI. De la pobreza del niño Jesús.

¡Oh Dios! ¿Quién no lo compadecería si viese un príncipe hijo de un monarca, nacido tan pobre, que hubiese de albergarse en una cueva húmeda y fría, sin tener lecho ni criados, ni fuego, ni ropas bastantes para calentarlo? ¡Ah Jesús mío! Vos sois, pues, el Hijo del Señor del cielo y de la tierra, Vos sois el que en esta gruta no tenéis otra cosa que un pesebre por cuna, paja por lecho, y unos pobres pañales para cubriros. Los ángeles están a vuestro alrededor para alabaros, pero en nada socorren vuestra pobreza. Redentor mío, cuanto más pobre sois más amable os hacéis, habiendo a este fin abrazado tanta pobreza. Si nacierais en una habitación regia, si tuvieseis una cuna de oro, si os asistiesen los primeros grandes de la tierra, os atraeríais de los hombres mayor respeto, pero menos amor. Mas ahora esta gruta en que os albergáis, estos viles pañales que os cubren, esta paja que os sirve de cama, este pesebre que es vuestra cuna, ¡oh! y cómo atraen a Vos nuestros corazones, siendo así que os habéis hecho tan pobre para haceros a nosotros más amable! «Cuanto por mi más abatido, tanto para mi más amado, dice san Bernardo». Os habéis hecho pobre, para enriquecernos con vuestra pobreza, según lo que nos enseña san Pablo: *Egenus factus est, ut illius inopia vos divites essetis. (2Co. 8, 9)* En efecto: la pobreza de Jesucristo fue para nosotros una gran riqueza; pues que ella nos mueve a adquirirnos los bienes del cielo, despreciando los de la tierra. ¡Ah Jesús mío! esta vuestra pobreza ciertamente ha llevado a muchos Santos a dejarlo todo, riquezas, honores y reinos para ser pobres con Vos. Ea pues, Salvador mío, desprendedme también del afecto a los bienes de la tierra, para que sea hecho digno de adquirir vuestro santo amor, y de esta manera poseer a Vos, bien infinito.

Afectos y súplicas.

¡Oh! pudiera deciros yo también, santo Niño, con vuestro amado san Francisco «Dios mío y todas las cosas»; y con David: «¿Qué hay para mí en el cielo? y fuera de ti ¿qué he querido sobre la tierra? Dios de mi corazón, y mi porción, Dios para siempre. (Sal. 72, 25-26) ¡Ojalá fuese que de hoy en adelante yo no codiciase otra riqueza que la de vuestro amor; y que este mi corazón no fuera ya dominado más de la vanidad del mundo, sino que Vos solo fueseis su único Señor, pudiendo comenzar a decir: «Dios de mi corazón, mi porción, Dios para siempre!» ¡Miserable, hasta aquí he buscado los bienes terrenos, y no he hallado más que espinas y hiel! Mayor satisfacción me causa el hallarme ahora a vuestros pies, para daros gracias y amaros, que contento me han dado todos mis pecados. Un solo temor me aflige, y es que quizá no me habréis aun perdonado; pero vuestras promesas de perdonar al que se arrepiente: el veros hecho tan pobre por mi amor: el sentirme llamado de Vos a amaros: las lágrimas, la sangre que habéis derramado por mí: los dolores, las ignominias, la muerte amarga que por mí habéis sufrido, me consuelan, y me hacen esperar seguramente el perdón. Y si todavía no me habéis perdonado, decidme, ¿qué he de hacer? ¿Queréis que me arrepienta? Yo me

arrepiento, pues, con todo mi corazón de haberos despreciado, Jesús mío. ¿Queréis que os ame? Os amo más que a mí mismo. ¿Queréis que yo lo deje todo? Sí, todo lo dejo, y a Vos solo me entrego, y sé que Vos me aceptáis; de otra manera yo no tendría ni arrepentimiento, ni amor, ni deseo de entregarme a Vos. Pues que me doy a Vos y me aceptáis, no permitáis que este amor entre Vos y yo haya jamás de disolverse. Madre mía, María, alcanzadme que yo ame siempre a Jesús, y sea amado siempre de Jesús.

Aquí, en el día de la vigilia de la Epifanía, se repite la meditación puesta en el numero V entre las de Adviento.

MEDITACIONES PARA LOS DIAS DE LA OCTAVA DE LA EPIFANÍA.

MEDITACIÓN I. De la adoración de los Magos.

Nace Jesús pobre en un establo; y si bien le reconocen los ángeles del cielo, los hombres de la tierra lo dejan abandonado. Solos unos pocos pastores vienen a visitarle. Mas el Redentor quiere comenzar ya a comunicar la gracia de su redención, y por esto se manifiesta primero a los gentiles que le conocían menos. A este fin ilumina por medio de una estrella a los santos Magos, para que vengan a adorar a su Salvador. Este fue el principio y lo sumo de los favores hechos a nosotros, el llamamiento a la fe, al que siguió el de la gracia, de la cual los hombres estaban privados. Ved los Magos, que sin tardanza se ponen en viaje; la estrella los acompaña hasta la cueva en donde está el santo Niño. Llegado que hubieron, entran, y ¿qué hallan? Encuentran una pobre doncella y un pobre niño cubierto de míseros pañales, sin nadie que le corteje y asista. Pero ¡ah! que al entrar en aquella gruta los santos viajeros, sienten un gozo nunca experimentado: sienten encadenarse el corazón hacia aquel amado Niño que ven: aquellas pajas, aquella pobreza, aquellos llantos de su pequeñuelo Salvador, ¡oh y que saetas de amor! ¡que felices llamas son para los corazones iluminados! El Niño les muestra un rostro alegre, y esta es la señal del afecto con que los acepta entre las primeras prendas de la redención. Miran después los santos Reyes a María, la cual no habla. Permanece en silencio; mas en su rostro bienaventurado que respira la dulzura del paraíso los acoge expresiva, y les da las gracias de haber venido los primeros a reconocer a su Hijo, que era para ellos su soberano. Contemplad como ellos le adoran, aunque en silencio por reverencia, le honran como a su Dios al besarle los pies, y ofrecen sus dones de oro, de incienso y de mirra. Adoremos nosotros con los santos Magos a nuestro pequeño Rey Jesús y ofrezcámosle todos nuestros corazones:

Afectos y súplicas.

Amable Niño, aunque yo os mire en esa cueva reclinado sobre la paja, tan pobre y despreciado, la fe sin embargo me enseña que Vos sois mi Dios bajado del cielo por mi salvación. Os reconozco, pues, y os confieso por mi supremo Señor y mi Salvador; pero no tengo que ofreceros. No tengo oro de amor, habiendo amado a las criaturas y a mis caprichos, sin amaros a Vos, bien infinito. No tengo incienso de oración, porque he vivido miserablemente olvidado de Vos. No tengo mirra de mortificación, cuando por no privarme de mis placeres he disgustado tantas veces vuestra bondad infinita. ¿Qué cosa, pues, os ofreceré? Os ofrezco este mi corazón sucio y pobre cual es; aceptadlo y mudadlo. Vos a este fin habéis venido al mundo para lavar los manchados afectos de los humanos corazones, y así trocarlos de pecadores a santos. Dadme, pues, este oro, este incienso y esta mirra. Dadme el oro de vuestro santo amor; dadme el espíritu de la santa oración; dadme el deseo y la virtud de mortificarme en todas las cosas que os desagradan. Yo resuelvo obedeceros y amaros, pero Vos sabéis mi debilidad; dadme la gracia de seros fiel. Virgen santísima, Vos que acogisteis con tanto cariño y consolasteis

a los santos Magos, acoged también y consoladme; que vengo ahora a visitar, y a ofrecerme a vuestro Hijo. Madre mía, en vuestra intercesión confío muchísimo. Recomendadme a Jesús. A Vos entrego mi alma y mi voluntad. Ligadla por siempre al amor de Jesús.

MEDITACIÓN II. De la presentación de Jesús al templo.

Llegado el tiempo en que María, según la ley, había de ir a purificarse al templo, y presentar Jesús al divino Padre, ved que se dirige allá juntamente con José. Este toma las dos tortolillas que debían ofrecerle; y María toma su amado Niño, toma el divino Corderito para ir a sacrificarle, en señal de aquel gran sacrificio que un día este mismo Hijo había de consumar sobre la cruz. Considerad como la santa Virgen entra ya en el templo hace la oblación de Jesús por parte del género humano, y dice: «He aquí, oh eterno Padre, vuestro amado Unigénito, que es vuestro Hijo, y también mío; yo os le ofrezco como víctima de vuestra divina justicia para aplacaros con los pecadores. Aceptadla, oh Dios de misericordia, tened piedad de nuestras miserias; por amor de este Cordero inmaculado recibid en vuestra gracia a los hombres». Agregase a la oblación de María la de José; y el santo Niño dice también: «Aquí me tenéis, Padre mío, a Vos consagro toda mi vida: me habéis enviado al mundo para salvarlo con mi sangre. Héla, y a mí todo; a Vos me ofrezco por el rescate del linaje humano». *Se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y hostia a Dios. (Ef. 5, 2)* Ningún sacrificio fue jamás tan acepto a Dios, cuanto lo fue este que le hizo entonces su amado Hijo, víctima y sacerdote desde niño. Si todos los hombres y todos los ángeles hubiesen ofrecido sus vidas, no hubiera sido ciertamente su oblación tan apreciable a Dios como lo fue esta de Jesucristo, pues que en este solo ofrecimiento al eterno Padre recibió un honor infinito y una satisfacción infinita. Habiendo, pues, Jesús ofrecido la vida al eterno Padre por nuestro amor, justo es que nosotros le ofrezcamos también la nuestra, y todo lo que somos. Esto es lo que el mismo desea, como significó a santa Ángela de Foligno diciéndole: «Yo me he ofrecido por ti, a fin de que tú te ofrezcas por mí».

Afectos y súplicas.

Eterno Padre, yo miserable pecador, reo de mil infiernos, hoy me presento a Vos, Dios de infinita majestad, y os ofrezco mi pobre corazón; pero ¡oh Señor! ¿qué corazón os ofrezco? uno, que no ha sabido amaros, antes bien os ha ofendido tanto, y os ha hecho traición tantas veces; pero ahora os lo ofrezco arrepentido, y resuelto de volver a amaros a toda costa y obedeceros en todo. Perdonadme, y atraedme todo a vuestro amor. Yo no merezco ser escuchado, más bien lo merece vuestro Hijo, quien aún niño se ofrece a Vos en sacrificio por mi salvación. Este Hijo y su sacrificio os ofrezco, y en él pongo todas mis esperanzas. Os doy gracias, Padre mío; porque le habéis enviado a la tierra a sacrificarse por mí. Os doy gracias, oh Verbo encarnado, Cordero divino que os ofrecisteis a la muerte por mi alma. Os amo, carísimo Redentor, y solo a Vos quiero amar, ya que fuera de Vos no hallo quien por salvarme haya ofrecido y sacrificado su vida. Me hace llorar el ver que con los demás he sido agradecido, y solo con Vos he sido un ingrato; pero Vos no queréis mi muerte, sino que me convierta y viva. Si, Jesús mío, a Vos vuelvo, y me arrepiento con todo el corazón de haberos ofendido, y de haber ofendido a un Dios que se ha sacrificado por mí. Dadme la vida; ella la emplearé en amaros a Vos, sumo bien: haced que os ame, y nada más os pido. María, madre mía, Vos ofrecisteis entonces en el templo a este Hijo también por mí. Volvedle a ofrecer ahora, y rogad al eterno Padre que por el amor de Jesús me acepte por suyo. Y Vos, Reina mía, recibidme por Hijo vuestro y perpetuo siervo. Si yo soy vuestro siervo, yo seré igualmente de vuestro Hijo.

MEDITACIÓN III. De la huida de Jesús a Egipto.

Aparece el ángel a José en sueños, y le da a saber que Herodes andaba buscando a Jesús para quitarle la vida, por lo que le dice: *Levántate y toma el Niño ya su Madre, y huye a Egipto. (Mt. 2)* He aquí, pues, que apenas ha nacido Jesús, y es perseguido ya de muerte. Herodes es figura de aquellos miserables pecadores, que tan luego como ven renacido en su alma a Jesucristo por el perdón, le persiguen de nuevo a muerte volviendo al pecado: «Buscan al Niño para perderle». José obedece prontamente a la voz del ángel, y avisa de ello a la santa Esposa. Toma los pocos instrumentos de su oficio que podía llevar, y que habían de servirle para procurar en Egipto el sustento a su pobre familia. María a la vez reúne un pequeñito atado de pañales para el uso del santo Niño, y después se dirige al aposento, se arrodilla ante todas cosas delante de su tierno Infante, le besa los pies, y después con lágrimas de ternura le dice: ¡Oh Hijo mío! apenas habéis nacido y venido al mundo para salvar a los hombres, y a estos mismos os buscan para quitaros la vida. Dicho esto lo toma, y siguiendo ambos Esposos en llorar, cierran la puerta, y en la misma noche se ponen en camino. Ve considerando las ocupaciones de estos santos peregrinos en tal viaje. Todas las conversaciones son de su amado Jesús, de su paciencia y de su amor, aliviándose de esta manera en las penas e incomodidades de tan largo camino. ¡Oh cuan dulce es padecer a vista de Jesús que padece! Acompáñate también tú, alma mía, dice san Buenaventura, con estos tres santos y pobres desterrados, y compadécelos en esta peregrinación que hacen tan fatigosa, larga y sin comodidad. Ruega a María que te conceda llevar en tu corazón a su Hijo divino. Considera cuanto debería padecer, especialmente en aquellas noches que había de pasar en el desierto de Egipto. La desnuda tierra les serviría de lecho al aire libre y frío. Llora el Niño por dolor. Lloran María y José por compasión, ¡Oh fe santa! y ¿quién no llorará al ver un Hijo de Dios, que, hecho chiquito, pobre y abandonado, huye por un desierto para librarse de la muerte?

Afectos y súplicas.

Mi amado Jesús, Vos sois el Rey del cielo, mas ahora os veo Niño, andando errante sobre la tierra; decidme ¿qué andáis buscando? Yo os compadezco cuando os miro tan pobre y humillado, pero más al veros tratado con tanta ingratitud por aquellos mismos a quienes habéis venido a salvar. Vos lloráis, pero lloro también yo por haber sido uno de tantos que en el tiempo pasado os han despreciado y perseguido. Pero sabed que ahora aprecio más vuestra gracia que todos los reinos del mundo; perdonadme, Jesús mío, todos los malos tratamientos que os he hecho, y permitid que así como María os llevaba en brazos cuando huía a Egipto, del mismo modo os llevé yo siempre en el corazón durante el viaje de mi vida presente a la eternidad. Amado Redentor mío, muchas veces os he desechado de mi alma, pero ahora espero que hayáis vuelto a poseerla. ¡Ah! estrechadla, pues, a vos con las dulces cadenas de vuestro amor. Yo no quiero apartaros más de mí, pero

temo ¡quién sabe, si tendré que abandonaros de nuevo, como lo he hecho anteriormente! ¡Oh mi Señor! hacedme primero morir que yo haya de usar esta nueva y horrenda ingratitud. Os amo, bondad infinita, y así quiero siempre repetir, yo os amo, yo os amo, yo os amo; y de esta manera diciendo siempre, espero también morir. ¡Ah Jesús mío! Vos sois muy bueno, muy digno de ser amado; haceos, pues amar, haceos amar de tantos pecadores que os persiguen; dadles luz, hacedles conocer el amor que les habéis tenido y el amor que os merecéis, pues que andáis prófugo por la tierra, Niño tierno y pobre, llorando, temblando de frío y buscando almas que quieran amaros. ¡Oh María! ¡Oh santa Virgen! ¡Oh Madre amada y compañera de los padecimientos de Jesús, ayudadme Vos a llevar y conservar siempre en mi corazón a vuestro Hijo en la vida y en la muerte.

MEDITACIÓN IV. De la mansión de Jesús en Egipto.

Eligió Jesús la mansión de Egipto en la niñez por hacer una vida más dura y despreciada: según san Anselmo y otros escritores, habitó la sagrada familia en Heliópolis. Vamos contemplando con san Buenaventura la vida que llevó Jesús en Egipto por el tiempo que allí estuvo. La casa era muy pobre, porque era muy escaso el alquiler que podía pagar san José: pobre es la cama; pobre es la comida; pobre es en suma su vida, mientras apenas allegan para el sustento diario con los trabajos de sus manos, viviendo además en un país donde son desconocidos, sin parientes, sin amigos y despreciados. Vive sí en gran pobreza esta familia; pero ¡oh cuan bien ordenadas se hallan las ocupaciones de estos tres habitantes! El santo Niño no pronuncia palabra alguna, pero habla con el corazón continuamente, ofreciendo a su Padre celestial todos los padecimientos y momentos de su vida por nuestra salvación. María tampoco habla, pero a vista de aquel precioso Infante contempla el divino amor y la gracia que le ha hecho de haberle elegido por madre suya. José trabaja en silencio, y a vista del divino Niño arde en afectos dándole gracias de haberle elegido por compañero y custodio de su vida. En esta casa María quita la leche a Jesús; antes lo alimentaba con el pecho, ahora lo alimenta con la mano. Lo tiene en su regazo, toma de la horterilla un poco de pan deshecho con agua, y después lo lleva a la sagrada boca del Hijo. En esta casa prepara María el primer vestidillo al Niño, y llegado el tiempo deja las fajas y comienza a ponérselo. En la misma casa comienza Jesús a andar y hablar. ¡Ah! adoremos aquellos primeros pasos que, dio el Verbo encarnado, y las primeras palabras de vida eterna que profirió. ¡Oh pasos! ¡Oh palabras balbucientes! ¡Ah, pequeños servicios de Jesús, cuanto herís e inflamáis los corazones de los que le aman y os consideran! ¡Un Dios anda temblando y cayendo! ¡un Dios balbuciendo! ¡un Dios hecho tan débil que no puede emplearse en otro que en haciendas de la casa, que no puede levantar un palo, si su peso es superior a las fuerzas de un niño! ¡Ah, fe santa, ilumínanos para amar a este buen Señor que por amor nuestro se ha reducido a tantas miserias. Dícese que al entrar Jesús en Egipto cayeron todos los ídolos de aquellas regiones. Roguemos, pues, a Dios que nos haga amar de corazón a Jesús, porque en aquella alma donde entra el amor al mismo, caen todos los ídolos de los afectos terrenos.

Afectos y súplicas.

¡Oh santo Niño, que os estáis en ese país de bárbaros, pobre, desconocido y despreciado, yo os reconozco por mi Dios y Salvador, y os doy gracias pie todas las humillaciones y padecimientos que sufristeis en Egipto por mi amor! Con aquella vida me enseñasteis a vivir como peregrino en esta tierra, dándome a entender que no es esta mi patria, sino el paraíso que Vos vinisteis a adquirirme con vuestra muerte. ¡Ah, Jesús mío, yo os he sido ingrato porque he pensado poco en lo que habéis hecho y padecido por mí. Cuando yo pienso que Vos, Hijo de Dios, habéis llevado una vida tan atribulada, pobre y

descuidada, ¿cómo es posible que vaya buscando holguras y bienes de la tierra? Ea pues, Redentor mío, hacedme vuestro compañero, admitidme a vivir unido siempre con Vos en este mundo, para que después vaya a amaros en el cielo hecho vuestro compañero eterno. Dadme luz, aumentad mi fe. ¿Para qué riquezas? ¿para qué placeres? ¿para qué dignidades? ¿para qué honores? Todo es vanidad y locuras. La única riqueza, el único bien es poseeros a Vos, bien infinito. ¡Dichoso quien os ama! Yo os amo, pues, Jesús mío, y no busco a otro que a Vos. Me queréis, y yo os quiero también. Si tuviera mil reinos, todos los renunciaría por daros gusto. Si hasta aquí he andado tras las vanidades y placeres de este mundo, ahora los detesto y me duelo de ello. Mi amado Salvador de hoy en adelante Vos habéis de ser mi único contento, el único amor, mi único tesoro. María santísima, rogad a Jesús por mí; rogadle que solo me haga rico de su santo amor, y nada deseo.

MEDITACIÓN V. De la vuelta de Jesús de Egipto.

Muerto que fue Herodes, y después del destierro de siete años (según la opinión común de los Doctores), en los que habitó Jesús el Egipto, apareció de nuevo el ángel a san José, y le mandó que tomase el santo Niño y la Madre y volviese a la Palestina.

Consolado san José con este aviso, fue a participarlo a María. Mas antes que partiesen los santos Esposos, corteses como eran, se despidieron de los que en aquel país se habían honrado con su amistad. Después José recoge los pocos instrumentos de su oficio, María su atadito de pañales, y tomando de la mano al divino Niño emprenden el regreso, llevándolo en medio de los dos. Considera san Buenaventura que este viaje fue más fatigoso a Jesús que el de su huida; pues que ahora había ya crecido, y no podían llevarlo José y María en brazos a largos trechos. Por otra parte el santo Niño en aquella edad no era aún apto para andar grandes distancias; así, que fue necesario en tal viaje que Jesús se parase a menudo y reposase por el cansancio: Pero Jesús y María, bien anduviesen, bien descansasen, siempre tenían puestos los ojos y el pensamiento en el amado Niño que era todo el objeto de su amor. ¡Oh cómo marcha recogida en esta vida aquella alma feliz que tiene delante de su vista el amor y los ejemplos de Jesucristo! Los santos viajeros interrumpen de cuando en cuando el silencio con algún santo razonamiento, pero ¿con quién hablan? y ¿de qué hablan? No hablan sino con Jesús y de Jesús. Quien tiene a Jesús en el corazón, no habla masque con Jesús y de Jesús. Considera también la pena que debería padecer nuestro pequeñito Salvador en las noches de este viaje, en el cual no tuvo por lecho el regazo de María, como sucedió a la ida, sino la desnuda tierra; y por comida no tuvo ya la leche, sino un poco de pan demasiado duro a su tierna edad. Fue también visiblemente afligido de la sed en aquel desierto, en el cual los hebreos habían tenido tanta necesidad de agua que fue preciso un milagro para socorrerlos. Contemplemos, pues, y adoremos con amor todos estos padecimientos de Jesús niño.

Afectos y súplicas.

Amado y adorado Niño, Vos volvéis a vuestra patria, pero ¿a dónde? ¡Oh Dios! ¿a dónde regresáis? ¿a dónde venís? Venís a aquel lugar en el que vuestros paisanos os preparan desprecios en vida; y después azotes, espinas; ignominias y cruz en la muerte. Todo estaba ya presente; oh Jesús mío, a vuestros divinos ojos, y Vos venís voluntariamente a encontrar aquella pasión que os predisponen los hombres. Pero, Redentor mío, si Vos no hubieseis venido a morir por mí, no podría yo ir a amaros en el paraíso, debiendo estar para siempre alejado de Vos. Vuestra muerte ha sido mi salvación. Mas ¿cómo es que yo, aun después de vuestra muerte, despreciando la gracia que con ella me adquiristeis me he condenado de nuevo al infierno? ¡Ah! conozco ser poco un infierno para mí. Pero Vos me habéis esperado para perdonarme, y ya arrepentido detesto todos los disgustos que os he

dado. Ea pues, Señor, libradme de las penas eternas. ¡Ah! ¡miserable de mí, si otra vez me condenase! ¡qué tormento tan grande sería el remordimiento de haber considerado ya y gustado en mi vida el amor que me habéis tenido! No tanto el fuego del infierno, cuanto el recuerdo de vuestro amor, o mi Jesús, sería mi pena. Vos habéis venido al mundo a fin de encender el fuego de vuestro santo amor; de este fuego quiero ser abrasado, y no de aquel que me tendría para siempre separado de Vos. Repito, pues, Jesús mío, libradme del infierno, porque en él no os puedo amar. ¡Oh María, madre mía! por todas partes oigo decir y predicar que aquellos que os aman y confían en Vos no se condenan si quieren enmendarse. Yo os amo, Señora mía, y en Vos confío, quiero enmendarme. ¡Oh María! pensad en librarme del infierno.

MEDITACIÓN VI. De la morada de Jesús en Nazaret.

Regresado que hubo san José a la Palestina, supo que Arquelao reinaba en la Judea en lugar de Herodes su padre; por lo que temió ir allá, y avisado en sueños marchó a Nazaret, y allí fijó su permanencia en una pobre casa. ¡Oh casita afortunada de Nazaret! yo te saludo y te adoro. Vendrá un tiempo en que serás visitada de los primeros príncipes de la tierra; hallándose los peregrinos en tu recinto no se saciarán de derramar lágrimas de ternura al pensar que dentro de tus pobres paredes pasó casi toda su vida el Rey del paraíso. En esta casa, habitó el Verbo encarnado el resto de su niñez y de su juventud. Y ¿cómo vivió? vivió pobre y despreciado de los hombres, haciendo el oficio de simple muchacho, y obedeciendo a María y José: *et erat subditus illis. (Lc. 2, 51)* ¡Oh Dios, que ternura causa el considerar que en aquella pobre casa el Hijo de Dios vive de sirviente! Ahora va a tomar agua, luego abre y cierra el taller, después se ocupa en los ínfimos servicios de la limpieza y aseo del aposento, unas veces recoge los fragmentos de madera para el fuego, y otras trabaja ayudando a José en sus labores. ¡Oh pasmo! ¡ver a un Dios; que obedece, un Dios que sirve de criado! ¡Oh pensamiento que debiera hacernos arder de un amor santo hacia un Redentor que se ha reducido a tal bajeza para hacerse amar de nosotros! Adoremos todas estas acciones serviles de Jesús, porque eran todas divinas. Adoremos, sobre todo, la vida escondida y despreciada que hizo Jesucristo en la casa de Nazaret: ¡Oh hombres soberbios! ¿Cómo podéis ambicionar el hacer figura y ser honrados en el mundo viendo a nuestro Dios que gasta treinta años de vida en un estado pobre, oscuro y desconocido, para enseñarnos el retiro y la vida humilde y oculta?

Afectos y súplicas.

¡Ah! ¡mi adorado Niño, yo os miro como ínfimo criado trabajar y sudar de fatiga en ese taller tan pobre! Comprendo ya que Vos servís y trabajáis por mí. Pero así como Vos empleasteis toda vuestra vida por amor mío, haced que yo del mismo modo emplee la vida que me resta por amor vuestro. No miréis, Señor, mi vida pasada; aquella para mí, y para Vos, ha sido vida de dolor y de llanto, vida desordenada, vida de pecados. Ea pues, permitidme que os acompañe en los días que me quedan a trabajar con Vos y padecer en el taller de Nazaret, y morir después con Vos en el Calvario abrazando aquella muerte que me tenéis destinada. Mi precioso Jesús, amor mío, no permitáis que yo os deje más, y os abandone, como he hecho hasta aquí. Vos, Dios mío, oculto, desconocido y despreciado, padeciendo en un taller con tanta pobreza, y yo gusano vil he andado buscando honores y placeres; y por ellos ¡Oh Dios! me he separado de Vos, sumo bien! No, Jesús mío, yo os amo, y porque os amo no quiero más verme separado de Vos. Renúncialo todo por unirme a Vos, Redentor mío, escondido y olvidado. Más me llena vuestra amistad y gracia, que satisfacciones me han dado todos los gustos y vanidades de la tierra, por los que yo miserable os he dejado. ¡Padre eterno! por los méritos de Jesucristo estrechadme con Vos por el don de vuestro santo amor. Virgen santísima, ¡feliz Vos que hecha compañera de

vuestro Hijo en la vida pobre y oculta, supisteis haceros tan semejante a vuestro Jesús! Madre mía, haced que también yo al menos por este poco de vida que tendré me haga semejante a Vos y a mi Redentor.

MEDITACIÓN VII. Continúa el mismo asunto.

El evangelista san Lucas hablando de la permanencia de Jesús en Nazaret dice: Y Jesús *crecía en sabiduría y en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres. (Lc. 2, 52)* Así como Jesús iba creciendo en edad, así crecía en sabiduría; no porque con los años fuese adquiriendo mayor conocimiento de las cosas, como nos sucede a nosotros, pues que desde el primer momento de su vida Jesús estuvo lleno de toda la ciencia y sabiduría divina, «estando escondidos en él todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, según san Pablo». Pero se dice que crecía, porque iba con la edad siempre manifestando más su sublime sabiduría. Del mismo modo se entiende también que Jesucristo crecía en gracia delante de Dios y de los hombres; pues en cuanto Dios, aunque todas sus acciones divinas no le hiciesen más santo, ni le aumentasen mérito, estando desde el principio en su plenitud; no obstante las operaciones del Redentor eran por si todas suficientes para acrecentarle la gracia y el mérito. Crecía además en la gracia delante los hombres, aumentándose su hermosura y amabilidad. ¡Oh, y cómo se mostraba siempre más precioso Jesús y más amable en su juventud, haciendo conocer de cada día mas las bellas cualidades por las que debía ser amado! ¡Con qué alegría el santo jovencito obedecía a María y a José! ¡con qué recogimiento de espíritu trabajaba! ¡con qué parsimonia y modestia se alimentaba! ¡con qué compostura hablaba! ¡con qué dulzura y afabilidad conversaba con todos! ¡con qué devoción oraba! En suma, toda acción, toda palabra, todo movimiento de Jesucristo enamoraba y hería el corazón de cuantos le contemplaban, y especialmente de María y de José que tuvieron la dicha de tenerle siempre al lado. ¡Oh, y cómo estaban los santos Esposos siempre atentos a contemplar y admirar todas las operaciones, las palabras y los gestos de aquel Hombre-Dios!

Afectos y súplicas.

Creced, pues, amado, Jesús, creced por mí. Creced para enseñarme con vuestros divinos ejemplos todas las virtudes. Creced para consumar el gran sacrificio sobre la cruz, del cual depende mi salvación eterna. ¡Ah! haced, oh mi Señor, que yo también crezca, siempre en vuestro amor y en vuestra gracia. ¡Miserable de mí, que hasta aquí he crecido siempre en ingratitud hacia Vos, que tanto me habéis amado! En adelante haced que suceda todo lo contrario; Vos sabéis mi debilidad y habéis de darme luz y fuerza. Hacedme conocer las bellas prendas que tenéis para ser amado.

Sois un Dios de infinita hermosura y bondad, que no habéis rehusado bajar a esta, tierra y haceros hombre por nosotros, llevando una vida humilde y penosa, terminándola después con una muerte cruel. Y ¿dónde podíamos encontrar un objeto más amable y más amante que Vos? ¡Insensato! en el tiempo pasado no he querido conoceros, y por esto os he perdido. De ello os pido perdón, la detesto con toda el alma, y resuelvo ser todo vuestro. Pero Vos ayudadme; recordadme siempre la vida trabajosa y la muerte amarga que

habéis sufrido por mi amor. Dadme, pues, luz y dadme fuerza. Cuando el demonio me presente algún fruto vedado, hacedme fuerte para despreciarlo; no permitáis que por cualquier vil y momentáneo interés os pierda yo, bien infinito. Os amo, Jesús mío, muerto por mí: os amo, bondad infinita: os amo, enamorado de mi alma. María, Vos sois mi esperanza; por vuestra intercesión confío amar de hoy en adelante para siempre a mi Dios, y de no amar a otro que a Dios.

MEDITACIÓN VIII. De la pérdida de Jesús en el templo.

Refiere san Lucas (cap. 2), que María y José iban todos los años a Jerusalén en el día de la Pascua, y llevaban consigo al niño Jesús. Era, pues, costumbre (según el venerable Beda) entre los hebreos hacer este viaje al templo (a lo menos a la vuelta), yendo los varones separados de las mujeres; y los niños iban según les parecía en compañía o de los padres o de las madres. El Redentor, que tenía entonces doce años, se quedó en aquella solemnidad por tres días en Jerusalén, creyendo María que iba el Niño con José, y este que iba con María, *existimantes ilium esse in comitatu.* Jesús empleó todo aquel tiempo en honrar a su eterno Padre con ayunos, vigilias y oraciones. Si tomó algún poco de comida dice san Bernardo, debía procurársela mendigando, y si tomó un poco de reposo no tuvo otro lecho que la desnuda tierra. Llegada la tarde, y reunidos José y María en la parada que hicieron para descansar, al juntarse el grupo de los hombres con las mujeres, no hallaron a Jesús, por lo que, afligidos, comenzaron a buscarlo entre los parientes y los amigos. Últimamente volviendo a Jerusalén, y al tercero día le hallan en el templo que disputaba con los doctores; los cuales pasmados admiraban las preguntas y respuestas de aquel gran Niño. Al verlo María le dice: *Hijo, ¿por qué nos has hecho estos? Mira como tu Padre y yo angustiados te buscábamos… (Lc. 2, 48)* No hay en esta tierra pena semejante a la que experimenta un alma que ama a Jesús si teme que se haya alejado de él por cualquier falta suya. Esta fue la pena que tanto afligió a María y José en aquellos días, temiendo acaso por su humildad, como dice el devoto Lanspergio, que se hubiesen hecho indignos de guardar un tan gran tesoro. De aquí fue que al verlo María, para darle a entender su dolor; le dice de aquella manera, y Jesús responde: *¿No* sabíais *que yo debía estar en la casa de mi Padre? (Lc. 2, 49)* Aprendamos de tal misterio dos documentos. El primero, que debemos dejar a todos, amigos y parientes, cuando se trata de procurar la gloria de Dios. El segundo, que Dios se hace hallar de quien le busca, conforme aquellas palabras de Jeremías: *Bueno es el Señor para el alma que le busca. (Jr. 3, 35)*

Afectos y súplicas.

¡Oh María! Vos lloráis porque habéis perdido unos pocos días a vuestro Hijo. Él se ha alejado de vuestra vista, pero no de vuestro corazón. *¿No* conocéis, Señora, que aquel puro amor con el cual le amáis le tiene ciertamente unido y estrechado con Vos? ¿Y sabéis también que el que ama a Dios no puede dejar de ser amado del mismo, que dice *yo amo a los que me aman?* ¿Qué teméis, pues? ¿por qué lloráis? Dejad que llore yo, habiendo perdido a Dios tantas veces por mi culpa desechándolo de mi alma. ¡Ah Jesús mío! ¿Cómo he podido ofenderos a ojos abiertos, sabiendo que os perdía con el pecado? Pero Vos no queréis que desespere, sino que se alegre el corazón que os busca. *Laetetur cor quaerentium Dominum. (Sal. 104, 3)* Si en el tiempo pasado os he dejado, amor mío, ahora os busco, ni quiero a otro que a Vos. Y para que posea vuestra gracia, renuncio todos los bienes y gustos de la tierra, renuncio también a mi vida. Vos habéis dicho que amáis a los

que os aman. Yo os amo, pues; amadme Vos. Aprecio más vuestro amor que el ser dueño de todo el mundo. Jesús mío, yo no quiero perderos más, pero no puedo fiarme de mí, en Vos confío. Ea pues, estrechadme con Vos y no permitáis que me haya de separar más de Vos. ¡Oh María, Vos me habéis hecho hallar a Dios, a quien perdí algún tiempo, alcanzadme asimismo la santa perseverancia, para lo cual también os digo con san Buenaventura: *En ti, Señor, espere, jamás seré confundido: In te, Domine, speravi, non confundir in aeternum.*

Canciones al niño Jesús en el pesebre.

Del estrellado cielo descendiste,
Y en pobre fría gruta tú naciste.
¡Oh divino Infante mi amante!
Yo te veo aquí temblar...
¡Oh Dios humanado!
Y cuanto te costó el haberme amado!...

¡Ah! Tu que eres del mundo el Creador,
¡Falto de todo estas aquí, Señor...!
¡Oh Infantito hermoso, precioso!
Cuanto más te miro aquí
De todo falto ahora,
tanto más tu pobreza me enamora...

De Dios Hijo, las delicias de su seno
Las truecas por dormir sobre vil heno...
¡Ah! dulce amor de mi Señor,
¿Quién aquí te transportó?...
¡Oh Jesús niño!,
¿Por qué así padecer? ¡por mi cariño!...

Mas, si es tu voluntad aquí sufrir,
¿A qué viene el llorar? ¿a qué el gemir?
¡Ah! Rey amado y adorado,

¡Ya sé yo por qué gemís!...
¡Oh! no; no es por dolor
Que gemís y lloráis, es por amor...

Tú lloras porque ves que soy ingrato,
Y gimes porque ves que te maltrato...
Mas en mi pecho ya te estrecho
¡Oh mi Dios, mi Rey, mi bien!
Y en adelante Amor yo te prometo
el más constante.

Tú duermes, oh mi Dios,
mas entre tanto vela tu corazón
amante y santo...
¡Ah! ¡tiernecito corderito!
¡En qué piensas me dirás?
¡Oh amor inmenso!
En morir por tu amor,
respondes, pienso...

Si en morir piensas ya recién nacido
Por mí, ¿podre no amarte,
oh mi querido?
¡Oh María, esperanza mía!
Si amo poco a tu Jesús,
Dame tú, tu vivo amor,
Y siempre le amaré con vivo ardor.

2.

¡Oh mi dulce Jesús, cuanto te quiero!,
¡Pues tan digno te hiciste de mi amor...!
Por ti quiero morir, así lo espero,
¡Pues por mí tú moriste, oh mi Señor...!

Adiós al mundo digo, pues prefiero
¡Vivir, morir por ti, oh mi Salvador...!
Amote, oh mi Jesús, que eres mi amante,
¡Y por hacerte amar naciste infante...!

Tus miembros tiritando están de frío,
Y esta tu corazón de amor ardiendo;
Amor te transformó en hermano mío,
Amor te atormentó por mí muriendo;
Amor desarma aquí tu poderío
Prisionero entre fajas ¡ah! gimiendo...
Amor te espera al fin constante y fuerte, Hasta morir por mí con dura muerte...

Si tanto, pues, me amaste,
oh caro Infante,
¿Habrá amor para amarte suficiente?
Del pesebre a la cruz ni un solo instante
Dejóme de amarme tu pecho ardiente...
¿Te bastará, Señor, que en adelante?
¿Te quiera con amor el más ferviente?
Así lo exiges tú, y yo te prometo
Que de mi amor serás el solo objeto.

MEDITACIONES PARA OBSEQUIAR AL CORAZÓN DE JESÚS

(Se ha omitido en él lo perteneciente al origen y propagación de esta devoción.)

PRÓLOGO DEL AUTOR

La devoción de todas las devociones es el amor a Jesucristo, pensando a menudo en el amor que nos ha tenido y nos tiene aquel amable Redentor. Se lamenta, y con razón, un devoto escritor, al ver que muchas personas se aplican, a practicar diversas devociones, y descuidan esta; cuando en verdad el amor a Jesucristo debe ser la principal, o más bien la única devoción de un cristiano. De este descuido, pues, nace que las almas adelantan tan poco en la virtud, y continúan marchitándose en los mismos defectos, cayendo, frecuentemente en culpas graves; porque atienden poco a adquirir el amor de Jesucristo, que es aquel lazo de oro que une y estrecha las almas con Dios.

A este solo fin ha venido el Verbo eterno al mundo; para hacerse amar. Y el eterno Padre a este fin también le ha enviado al mundo; para que nos manifestase su amor, y de esta manera atrajese a sí el nuestro: protestándonos, que en tanto nos ama, en cuanto nosotros amamos a Jesucristo: que además nos dará sus gracias, siempre que se las pidamos en nombre de su Hijo; y entonces nos admitirá en la eterna bienaventuranza, cuando nos encuentre conformes a la vida de Jesucristo: conformidad que nosotros jamás la conseguiremos, ni aun la desearemos, si no nos aplicamos a considerar el amor que nos ha tenido Jesucristo. Este es, *pues, el objeto a que* se dirige la devoción al Corazón de Jesús; la cual no es otra cosa que un ejercicio de amor hacia tan amable Señor, honrando principalmente su corazón como el lugar donde reside el amor, tratándolo no por *si* separadamente sino unido a la santa humanidad, y por consiguiente a la divina persona del Verbo.

MEDITACIÓN I. Corazón amable de Jesús.

Quien da a conocerse amable en todas las cosas, necesariamente se hace amar. ¡Oh! ¡si nosotros estuviésemos atentos a conocer las bellas prendas que concurren en Jesucristo para ser amado! Todos nos hallaríamos en la dichosa necesidad de amarlo. Porque ¿qué corazón puede encontrarse más amable que el de Jesús? corazón todo puro, todo santo, todo lleno de amor hacia Dios y hacia nosotros; no siendo otros sus deseos que los de la divina gloria y nuestro bien. Este es aquel corazón en quien halla Dios todas sus delicias, todas sus complacencias. En el reinan todas las perfecciones, todas las virtudes: un amor ardentísimo a Dios su Padre, unido a la mayor humildad y respeto que puedan darse una suma confusión por nuestros pecados, de los cuales él se ha cargado, juntamente con la confianza de su Hijo tiernísimo: un sumo aborrecimiento a nuestras culpas, unido a una viva compasión de nuestras miserias: una extremada pena, junta con una perfecta conformidad a la voluntad divina.

Así es que en Jesucristo se halla todo cuanto puede hacerle amable. Algunos hay que son atraídos a amar a los demás por la belleza, otros por la inocencia; aquellos por las costumbres, estos por la devoción. Mas si hubiese una persona en la que estuviesen reunidas todas estas y otras virtudes, ¿quién podría dejar de amarla? Si aunque de lejos tengamos noticia de hallarse un príncipe extranjero, bello, humilde, cortés, devoto, lleno de caridad, manso con todos que vuelve bien al que le hace mal; aun sin conocerle, y sin que él nos conozca, al fin nos enamoramos de él y nos vemos obligados a amarle; Jesucristo, pues, que tiene en sí mismo todas estas virtudes y cada una en un grado perfecto, que además nos ama tiernamente, ¿Cómo es posible que sea poco amado de los hombres, y no sea todo el objeto de nuestro amor?

¡Oh Dios! ¡Que Jesús siendo el solo amable, y habiendo dado tantas muestras de su amor hacia nosotros, sea el solo desgraciado (digámoslo así), que no, puede llegar a verse amado de nosotros, como si no fuese bastante digno de nuestro amor! Esto es lo que hacía llorar a las Rosas de Lima, a las Catalinas de Génova, a las Teresas y Magdalenas de Pazzis, las cuales considerando esta ingratitud de los hombres, exclamaban con lágrimas: *El amor no es* amado, el amor *no es amado...*

Afectos y súplicas.

Mi amable Redentor, ¿qué objeto más digno podía vuestro eterno Padre mandarme que amase fuera de Vos? Sois la belleza del paraíso, el amor de vuestro Padre; y en vuestro corazón tienen su asiento todas las virtudes. ¡Oh corazón amable de mi Jesús! Vos ciertamente merecéis el amor de todos los corazones, y pobre e infeliz aquel que no os ama. Tal, pues, ¡oh Dios! ha sido mi corazón en todo aquel tiempo que no os he amado: Pero no quiero seguir en seros tan infiel. Yo os amo, y quiero siempre amaros, o Jesús mío. Señor, hasta aquí me he olvidado de Vos, y ahora ¿qué espero? ¿Espero acaso obligaros con mi ingratitud a que no os acordéis absolutamente de mí y me abandonéis? No, mi amado Salvador, no lo permitáis. Vos sois objeto del amor de un Dios, y ¿no habréis de serlo del amor de un miserable pecador, cual soy Yo? ¡Oh hermosa llama que ardes en el corazón enamorado de mi Jesús! ¡ah! enciende en mi pobre corazón aquel santo y dichoso fuego que desde el cielo vino Jesús a encender sobre la tierra. Reducid a cenizas y destruid todos los afectos impuros que viven en mi corazón y le impiden ser todo suyo. Haced que no viva más que para amar solamente a Vos, mi Dios y Salvador. Si un tiempo os he despreciado, sabed que ahora sois mi único amor. Yo os amo, yo os amo, yo os amo, ni quiero amar a otro que a Vos. Mi amado Señor, no os rechacéis de aceptar por amante un corazón que os ha causado amarguras. Sea vuestra gloria hacer ver a los ángeles que arde de amor por Vos un corazón que algún tiempo os ha esquivado y vilipendiado. Virgen santísima María y esperanza mía, ayudadme, y rogad a Jesús que con su gracia me haga cual él mismo desea.

MEDITACIÓN II. Corazón amante de Jesús.

¡Oh si comprendiésemos el amor para con nosotros que arde en el corazón de Jesús! Tanto nos ha amado, que si se uniesen todos los hombres, todos los ángeles y todos los Santos con todas sus fuerzas, no compondrían la milésima parte del amor que nos tiene Jesús. Él nos ama inmensamente más que nosotros mismos, pues nos ha amado hasta el exceso; de cuyo amor manifiesto en su pasión hablaron anticipadamente Moisés y Elías en el monte, y después se consumó en Jerusalén. Porque en verdad ¿qué mayor exceso que morir un Dios por sus criaturas? Con esto él nos ha amado hasta el extremo, como nos dice san Juan: *Cum dilexisset suos, in finem dilexit eos.* Nos ha amado desde la eternidad; de modo que no ha habido momento en ella en que Dios no haya pensado en nosotros, y no nos haya amado a todos y cada uno en particular, habiendo elegido para nuestra redención una vida penosa y una muerte de cruz. De aquí es que nos ha amado más que a su honor, más que a su reposo, y más que a su vida; pues todo lo ha sacrificado para mostrarnos el amor que nos tiene. Y esto ¿no es exceso de caridad que hará pasmar a los ángeles y al paraíso por toda una eternidad? El mismo amor le ha llevado aun a estarse con nosotros en el Sacramento como en trono de amor; porque allí permanece en la apariencia de un poco de pan, encerrado en un copón, donde parece quede en un lleno aniquilamiento de su majestad, sin movimiento y sin uso de los sentidos. Así que, allí podría decirse, que no hace otro oficio sino el de amar a los hombres. El amor hace desear la continua presencia de la persona amada, y este amor y deseo hizo a Jesucristo quedarse con nosotros en el Sacramento. Pareció muy breve tiempo a este Señor el haber estado por solos treinta y tres años entre los hombres en esta tierra; por lo que, para atestiguar su deseo de permanecer siempre con nosotros, estimó necesario hacer el más grande de todos los milagros, cual fue la institución de la Eucaristía. Pero la obra de la redención se había cumplido; los hombres habían sido reconciliados con Dios; ¿a qué, pues, quedarse sobre la tierra en este Sacramento? ¡Ah! es porque Jesús no sabe separarse de nosotros, diciendo que con los hombres halla sus delicias. Este amor le ha inducido finalmente a hacerse el alimento de nuestras almas para unirse con nosotros y hacer de nuestros corazones y del suyo una misma cosa, como nos lo asegura por aquellas palabras: *El que come mi carne en mi mora, y yo en él. (Jn. 6, 57)* ¡Oh pasmo! ¡Oh exceso del amor divino! Decía un siervo de Dios: Si alguna cosa pudiera destruir mi fe acerca del misterio de la Eucaristía, no sería la duda de cómo el pan se convierte en carne, ni cómo Jesús está a un mismo tiempo en muchos lugares y en todos reducido a tan corto espacio; porque respondería que Dios todo lo puede. Mas si se me pregunta, ¿cómo amó tanto a los hombres, que haya llegado a hacerse su comida? no tendría otra cosa que responder sino que esta es una verdad de fe superior a mi inteligencia, y que el amor de Jesús no puede comprenderse.

¡Oh amor de Jesús! haceos comprender de los hombres, y haceos amar.

Afectos y súplicas

¡Oh corazón adorable de mi Jesús! corazón enamorado de los hombres, corazón creado de intento para amar a los hombres. ¡Ah! y ¿cómo podéis ser tan mal correspondido y vilipendiado de los mismos? ¡Ah! miserable de mí, que he sido también uno de estos ingratos! no os he sabido amar. Perdonadme, Jesús mío, este gran pecado de no haber amado a Vos, que sois tan amable y tanto me habéis amado; ¿que tenéis más que hacer para obligarme a amaros? Yo veo que por haber renunciado un tiempo a vuestro amor, merecería ser condenado a no poder ya más amaros. Pero no, mi caro Salvador, dadme todo otro castigo menos este. Concededme la gracia de amaros. Y después dadme cualquiera pena que merezca. Mas ¿cómo puedo temer castigo alguno cuando oigo que seguís intimándome el dulce y precioso precepto de amaros a Vos, mi Señor y mi Dios? Si queréis, pues, ser amado por mí, yo no quiero tampoco amar a otro que a Vos. ¡Oh amor de mi Jesús! Vos sois mi amor. ¡Oh corazón inflamado de Jesús! inflamad también el mío. No permitáis que en lo venidero haya de vivir ni aun por un momento privado de vuestro amor. Dadme antes la muerte, destruidme, no hagáis ver al mundo esta horrenda ingratitud, que yo, tan amado de Vos y después de tantas gracias y luces que me habéis concedido, haya de nuevo de despreciar vuestro amor. No, Jesús mío, no lo permitáis. Espero en la sangre que por mí habéis derramado, que yo siempre os amare y Vos me amareis, y que este lazo de amor entre mí y Vos no se romperá jamás y durará en la eternidad. ¡Oh Madre del amor hermoso, María! Vos, que tanto deseáis ver amado a Jesús, ligadme, estrechadme con vuestro Hijo, pero estrechadme tanto que yo no pueda verme nunca separado de este Señor.

MEDITACIÓN III. Corazón de Jesús deseoso de ser amado.

Jesús no tiene necesidad de nosotros; con nuestro amor y sin él es igualmente feliz, poderoso; y esto hizo decir a santo Tomás: «Jesucristo porque nos amó desea tanto nuestro amor, como si el hombre fuese su Dios, y la felicidad suya dependiese de la del hombre». El santo Job se pasmaba, y decía: *¿Qué cosa es el hombre, para que le engrandezcas, o por qué pones sobre él tu corazón? (Job 7, 17)* ¿Cómo un Dios desea y busca con tanta premura el amor de un gusano? Gran favor habría sido que Dios solamente nos hubiese permitido amarle. Si un vasallo dijese a su rey: «Señor yo os amo», hubiese pasado por un temerario. Pues, qué se dijera *si* el Rey hablase a su vasallo en estos términos: *«¿*yo quiero que me ames?» A esto no se abajan los príncipes de la tierra; pero Jesús del cielo es el que nos pide con tanto empeño nuestro amor, y con tanto apremio nuestro corazón, diciéndonos: Dame, *hijo, tu corazón: Praebe, fili mi, cor tuum. (Pr. 23)* Y si alguna vez se ve desechado de un alma, él no se marcha, sino que se coloca fuera la puerta del corazón, y llama y golpea para entrar, y le ruega que abra, llamándola esposa y hermana: «Ábreme, hermana mía, esposa mía», le dice. En suma, Jesús halla sus delicias en verse amado de nosotros, y todo se consuela cuando un alma le dice y le repite con frecuencia: «Mi Dios, yo os amo».

Todo esto es efecto del grande amor que nos tiene, porque quien ama, necesariamente desea ser amado. El corazón pide el corazón, el amor busca amor. ¿Para qué ama Dios sino para ser amado? dice san Bernardo; y antes lo dice Dios mismo: *¿Que te pide el Señor Dios tuyo sino que le temas y le ames? (Dt. 10, 12)* Por esto nos hace saber que él es aquel buen pastor, quien encontrando la oveja perdida llama a todos para que se congratulen con él: nos hace saber también que él es aquel padre que cuando vuelve un hijo perdido a sus pies, no solo le perdona, sino que le abraza tiernamente. Nos dice últimamente: que quien no le ama queda condenado a la muerte; y al contrario, el que le ama, mora en él y le posee. Luego ¿tantos ruegos, tantas instancias, tantas amenazas y promesas no nos moverán a amar a Dios, que tanto desea ser amado de nosotros?

Afectos y súplicas.

Amado Redentor mío, os diré con san Agustín, Vos me mandáis que os ame, y si no os amo me amenazáis con el infierno; pero, ¿qué infierno más horrible, que desgracia más grande puede sucederme que ser privado de vuestro amor? Si queréis, pues, aterrarme, amenazadme solamente con que he de vivir sin amaros, porque esta sola amenaza me espanta más que mil infiernos. Si en medio de sus llamas pudiesen los condenados arder en vuestro amor, el infierno se convertiría en un paraíso; y si al contrario los bienaventurados en el cielo no pudiesen amaros, el paraíso vendría a ser un infierno.

Veo ya, mi amado Jesús, que yo por mis pecados merecería ser abandonado de vuestra gracia, y con esto condenado a no poder amaros más; pero oigo que Vos seguís

mandándome que os ame, y siento un gran deseo de amaros. Este mi deseo es un don de vuestra gracia que Vos me dais. Dadme también la fuerza de ejecutarlo, y haced que de veras y con todo el corazón de hoy en adelante os diga y repita siempre: Mi Dios, yo os amo, yo os amo, yo os amo. Olvidaos, Señor, de los disgustos que hasta aquí os he dado. Amémonos siempre; yo nunca os dejaré, y Vos tampoco me dejéis. Amado Salvador mío, vuestros méritos son mi esperanza: Ea pues, haceos amar siempre, y haceos amar debidamente de un pecador que os ha ofendido muchísimo. ¡Virgen inmaculada María, ayudadme, rogad a Jesús por mí!

MEDITACIÓN IV. Corazón adolorido de Jesús.

No es posible considerar cuanto fue poseído del dolor el corazón de Jesús en esta tierra por nuestro amor; sin compadecerlo el mismo nos dio a entender que su corazón llegó a estar afectado de tanta tristeza, que ella sola habría bastado para quitarle la vida y hacerle morir de puro dolor, si la virtud de su divinidad no hubiese impedido milagrosamente la muerte. El mayor dolor que afligió al corazón de Jesús, no fue ciertamente la vista de los tormentos y de los vituperios que los hombres le preparaban, sino el ver la ingratitud de ellos a su amor. Previó ya distintamente todos y cada uno de los pecados que habíamos de cometer después de tantas penas, y de una muerte tan amarga e ignominiosa como padeció. Previó especialmente las horrendas injurias que habían de hacer los hombres a su corazón adorable, que nos dejaba por testimonio de su afecto en el santísimo Sacramento. ¡Oh Dios! y, ¿qué ultrajes no ha recibido en él por parte de los hombres? ¿Quién le ha hollado, quién le ha arrojado a los albañales, quien se ha servido del mismo para hacer obsequio al demonio...? Y no obstante, la vista de estos desprecios no le impidió el dejarnos esta gran prenda de amor. Aborrece Jesús sumamente el pecado, pero su amor hacia nosotros parece que haya superado el odio que tiene al pecado, habiendo querido permitir tantos sacrilegios antes que privar de este alimento divino a las almas que le aman. Y todo esto ¿no serán bastante para rendirse a amar a un corazón que tanto nos ha amado? ¿Acaso Jesucristo no ha hecho cuanto era necesario para merecerse nuestro amor? ¡Ingratos! ¿Dejaremos aun abandonado a Jesús sobre el altar, como hacen la mayor parte de los hombres? y ¿no nos uniremos más presto con aquellas pocas almas devotas que lo saben hacer conocer hasta derretirse de amor como las antorchas que arden alrededor de su sagrado tabernáculo? Allí está el corazón de Jesús ardiendo de amor por nosotros; y nosotros en su presencia ¿no arderemos de amor por Jesús?

Afectos y súplicas.

¡Oh adorado y mi amado Jesús! ved a vuestros pies al que tanto dolor ha causado a vuestro corazón. ¡Oh Dios! y ¿cómo he podido yo llenar de amargura aquel corazón que tanto me ha amado, y que nada ha perdonado para hacerse amar de mí? Mas, diré así «Consolaos, Salvador mío, sabed que mi corazón herido por gracia de vuestro santo amor experimenta al presente tanta pena por los disgustos que os ha dado, que quisiera morir de dolor. ¡Oh! quién me diese, «¡Jesús mío; sentir aquel dolor de mis pecados que Vos tuvisteis en vuestra vida!». Eterno Padre, yo os ofrezco la pena y aborrecimiento que de mis culpas tuvo vuestro Hijo; y por esto os ruego me deis un sentimiento tan grande de las ofensas cometidas por mí, que me haga vivir siempre afligido, pensando haber despreciado un tiempo vuestra amistad. Y Vos, Jesús mío, de hoy en adelante dadme un horror tal al pecado, que me haga aborrecer aun las culpas más ligeras, considerando que os desagradan a Vos, que no merecéis disgusto alguno, sino sólo mi amor infinito. Amado

Salvador mío, ahora yo detesto todo aquello que os desagrada, y para lo sucesivo no quiero sino a Vos, y aquello que amáis Vos. Ayudadme, dadme fuerza, dadme la gracia de invocaros siempre, oh mi Jesús, y de repetiros siempre esta súplica «Jesús mío, dadme vuestro amor, dadme vuestro amor, dadme vuestro amor». Y Vos, María santísima, alcanzadme la gracia de rogaros siempre, y deciros: Madre mía, hacedme amar a Jesucristo.

MEDITACIÓN V. Corazón piadoso de Jesús.

Y ¿dónde podremos jamás hallar un corazón más piadoso y más tierno que el de Jesús, y que haya tenido más compasión de nuestras miserias? Esta piedad le hizo bajar del cielo a la tierra. Lo mismo hízole decir, que él era el buen pastor venido a dar la vida por salvar a sus ovejas; el que por alcanzarnos perdón a nosotros pecadores, no perdonó a sí mismo, y quiso sacrificarse sobre la cruz para satisfacer con su pena el castigo que a nosotros debido era. Esta compasión y esta piedad le hace decir aun al presente como antiguamente a Israel por su Profeta: *¿Por qué habéis de morir? convertíos y viviréis. (Ez. 2)* Pobres hijos míos, ¿por qué os queréis condenar huyendo de mí? ¿No veis que separándoos de mí corréis a la muerte eterna? Yo no quiero veros perdidos; no desconfiéis. Siempre que queráis volver a mí, volved y recobrareis la vida: *Revertimini et vivite.* La misma piedad le hace manifestar a Jesús que él es aquel padre amoroso, quien, aunque se vea despreciado del hijo, si este vuelve arrepentido, no sabe desecharlo, sino que le abraza tiernamente y se olvida de todas las injurias recibidas. No se conducen así los hombres; los cuales, aunque perdonen, no obstante siempre retienen la memoria de la ofensa recibida, y se sienten movidos a la venganza; y si por el temor a Dios la suspenden, cuando menos experimentan una gran repugnancia en conversar y entretenerse con aquellas personas que los han vilipendiado. ¡Ah Jesús mío! Vos perdonáis a los pecadores arrepentidos, y no rehusáis daros todo a ellos en la santa Comunión, durante la vida presente, y todo también después en la venidera del cielo por medio de la gloria, sin conservar la más mínima repugnancia de tener entre vuestros brazos aquella alma que os ha ofendido, y por toda una eternidad. Y ¿dónde puede hallarse corazón tan amable y tan piadoso como el vuestro, o mi adorado Salvador?

Afectos y súplicas.

Corazón piadoso de Jesús, tened compasión de mí, os digo ahora, y dadme la gracia de decirlo siempre. Jesús dulcísimo, tened piedad de mí. Antes que yo os ofendiese, oh mi Salvador, no merecía ninguna de tantas gracias que me habéis hecho. Vos me habéis criado, me habéis dado tantas luces, todo sin algún mérito mío. Mas después que os he ofendido, no solo no era digno de favores, sino que merecía vuestro abandono y el infierno. Vuestra piedad ha hecho que esperaseis, y me conservaseis la vida cuando yo estaba en desgracia con Vos. Vuestra piedad me ha iluminado e invitado al perdón. Ella me ha dado dolor de mis pecados, ella el deseo de amaros; y ahora espero ya por vuestra piedad de hallarme en vuestra gracia. Ea pues, Jesús mío, no dejéis de seguir usando conmigo la piedad. La misericordia que os pido es que me deis luces y fuerzas para no seros más ingrato. No, amor mío, no pretendo que me hayáis de perdonar si vuelvo a daros las espaldas. Esta, sería una presunción que os impediría usar más de misericordia conmigo. Y ¿qué piedad debería esperar yo de Vos si ingrato despreciase de nuevo vuestra misericordia y me apartase de Vos? No, Jesús mío, yo os amo, quiero siempre amaros, y esta es la

misericordia que espero y solicito de Vos. Os ruego también, oh madre mía María, no permitáis que yo haya de separarme de mi Dios.

MEDITACIÓN VI. Corazón liberal de Jesucristo.

Es propio de las personas de buen corazón desear contentar a todos, especialmente a los más necesitados y afligidos. ¿Dónde, pues, se podrá encontrar jamás una persona de mejor corazón que Jesús? Él, por cuanto es bondad infinita, tiene un deseo sumo de comunicarnos sus riquezas, las cuales, dice, posee para enriquecer a los que lo aman. Y a este fin se ha hecho pobre, dice el Apóstol, para hacernos ricos con su pobreza. A este fin también ha querido quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento, donde en todo tiempo está con las manos llenas de gracias (según fue visto por el P. Baltasar Álvarez) para dispensarlas a quien viene a visitarlo. A este fin últimamente se da todo a nosotros en la santa Comunión para hacernos entender que no sabrá negarnos sus bienes mientras llegue a dársenos todo a sí mismo. Así que, en el corazón de Jesús nosotros hallamos todo bien, toda gracia que deseamos; razón por la que nos dice san Pablo: *En todas las cosas sois enriquecidos en Jesucristo, de manera que nada os falte en ninguna gracia.* Y entendamos que nosotros somos deudores al corazón de Jesús de todas las gracias recibidas, de la redención, de la vocación, de las luces, del perdón, de la ayuda en resistir las tentaciones, del sufrimiento en las adversidades. Sí, porque sin su socorro nada podíamos hacer de bueno. Y si hasta aquí, dice el Señor, vosotros no habéis recibido más gracias, no os quejéis de mí, quejaos de que os habéis descuidado de pedírmelas. ¡Oh! y ¡Cómo es rico y liberal el corazón de Jesús para todo el que recurre a él! ¡Oh cuan grandes son las misericordias que reciben las almas siempre atentas a buscar ayuda en Jesucristo!, *porque tú, Señor,* diré con David, *eres suave y apacible y de mucha misericordia para los que te invocan. (Sal. 85, 5)* Vamos, pues, siempre a este corazón, pidamos confiadamente, y lo alcanzaremos todo.

Afectos y súplicas.

¡Ah Jesús mío! Vos no habéis repugnado de darme la sangre y la vida, y ¿repugnaré yo de daros mi corazón miserable? No, mi amado Redentor, yo os lo ofrezco todo, os doy toda mi voluntad; aceptadla y disponed de ella a vuestro placer. No tengo ni puedo cosa alguna; pero tengo este corazón que me habéis dado, del cual ninguno puede privarme. Puedo ser privado del vestido, de la sangre, de la vida, pero nunca del corazón. Con el yo puedo y quiero amaros. Ea, pues, Dios mío, enseñadme la perfecta abnegación de mí mismo; enseñadme lo que debo hacer para llegar a vuestro puro amor, del cual por vuestra bondad me habéis inspirado los deseos. Yo siento en mí una voluntad resuelta a agradaros, pero para ejecutarla, espero de Vos, y pido la ayuda. A Vos toca, amante corazón de Jesús, hacer todo vuestro mi pobre corazón que hasta aquí os ha sido tan ingrato y privado por su culpa de vuestro amor. Haced, pues, que este todo inflamado por Vos, a la manera que el vuestro esta encendido todo por mí: que mi voluntad se halle unida toda a la vuestra, de modo que yo no quiera sino lo que Vos queréis; y de hoy en adelante vuestra santa voluntad sea la regla de todas mis acciones, de todos mis

pensamientos y de todos mis deseos. Yo espero, Señor, que no me negaréis vuestra gracia para ejecutar esta mi resolución que hago hoy a vuestros pies, de abrazar con gusto cuanto dispongáis de mí y de mis cosas, así en vida como en muerte. Feliz Vos, oh María inmaculada, que tuvisteis el corazón siempre y enteramente conforme al de Jesús. Ea, pues, Madre mía, alcanzadme que por lo venidero no quiera ni desee otra cosa sino lo que quiera Jesús y queráis Vos.

MEDITACIÓN VII. Corazón agradecido deJesús.

Es de tal manera agradecido el corazón de Jesús, que no sabe ver alguna obra nuestra, por mínima que sea, practicada por su amor, alguna insignificante palabra dicha por su gloria, algún pensamiento deliberado de su agrado, sin darnos a cada uno la merecida recompensa. Por otra parte, es tan agradecido, que siempre da el ciento por uno. Los hombres que se precian de tales, si recompensan cualquier beneficio lo hacen una vez, se quitan la obligación (como suele decirse), y después no piensan más en ello. Jesucristo no obra así con nosotros. Todo acto nuestro bueno, hecho por complacerle, no solo lo recompensa centuplicadamente en esta vida; sino que en la otra lo premia infinitas veces todos los momentos y por toda una eternidad. Y ¿quién será tan descuidado que no haga cuanto pueda por contentar este corazón tan agradecido? Pero ¡oh Dios! ¡de qué manera atienden los hombres a complacer a Jesucristo! Diré mejor, ¡cómo podemos ser nosotros tan ingratos con este Salvador nuestro! Si él no hubiese derramado más que una sola gota de sangre, una sola lágrima por nuestra salvación, aun así le estaríamos infinitamente obligados; pues que esta gota y esta lágrima serían también de un infinito valor ante Dios, para alcanzarnos toda gracia. Mas, Jesús ha querido emplear por nosotros todos los momentos de su vida, nos ha dado todos sus méritos, todas sus penas, las ignominias, toda la sangre y la vida; así que, no una, sino infinitas obligaciones tenemos de amarle. Pero ¡ay de mí! ¡que nosotros somos agradecidos aun con las bestias que nos muestran alguna señal de cariño, y solo somos ingratos con Dios! Sus beneficios parece que mudan de naturaleza para con los hombres, y vienen a ser malos tratamientos cuando en vez de gratitud y de amor solo reportan ofensas e injurias. Iluminad, oh Señor, a estos ingratos para que conozcan el amor que Vos les tenéis.

Afectos y súplicas.

¡Oh amado Jesús! ved a vuestros pies el ingrato. Yo he sido, ciertamente agradecido con las criaturas; únicamente con Vos no lo he sido, con Vos, digo, que habéis muerto por mí, y no habéis tenido más que hacer para ponerme en obligación de amaros. Me consuela y anima el tratar con un corazón de bondad y misericordia infinita, que nos protesta olvidarse de todas las ofensas de quien se arrepiente y le ama. Mi amado Jesús, hasta aquí yo os he ofendido, os he despreciado pero ahora os amo sobre todas las cosas más que a mí mismo. Decid que es lo que queréis de mí, que estoy pronto a ejecutarlo con vuestra gracia. Creo que me habéis criado, me habéis dado la sangre y la vida por amor mío: creo también que por mí os habéis quedado en el Santísimo Sacramento; os doy de ello las gracias, amor mío. ¡Ah! no permitáis que en lo sucesivo sea yo ingrato a tantos beneficios y testimonios de vuestro amor. Ligadme, estrechadme a vuestro corazón, y no permitáis que yo en la vida que me resta haya de daros más disgustos y amarguras. Basta, Señor mío, cuanto os he ofendido: ahora quiero amaros. ¡Oh si volviese a recuperar mis años perdidos! Pero no, que estos no vuelven ya, y poca será la vida que me queda. Mas, sea poca o mucha, ¡Dios mío! el

tiempo que me resta vivir todo lo quiero emplear en amar a Vos, sumo bien, que merecéis un amor eterno e infinito. María, madre mía, no permitáis que yo haya de ser más ingrato a vuestro hijo. Rogad a Jesús por mí.

MEDITACIÓN VIII. Corazón de, Jesús despreciado.

No hay mayor pena para un corazón que ama, cual lo es el ver despreciado su amor; y tanto más cuanto las demostraciones de este amor han sido grandes y a su vez es grande la ingratitud. Si cada hombre renunciase a todos sus bienes y se fuese a vivir en un desierto, alimentándose de yerbas, durmiendo sobre la tierra, castigando su cuerpo con la penitencia, y finalmente se hiciese despedazar por Jesucristo, ¿qué recompensa daría a la sangre, a la vida, que este grande Hijo de Dios ha ofrecido por su amor? Si nosotros nos sacrificásemos hasta la muerte todos los momentos, aun así no podríamos recompensar en la más pequeña parte el amor que Jesucristo nos ha manifestado al dársenos en el Santísimo Sacramento. ¡Un Dios colocarse bajo las especies de un poco de pan, y hacerse alimento de una criatura! Pero ¡oh! ¿Cuál es la recompensa que dan los hombres a Jesucristo? ¿Cuál es? malos tratamientos, desprecios de sus leyes y sus máximas, injurias tales, que no las harían a un enemigo suyo, a un esclavo, o al peor villano de la tierra. Y ¿Podremos nosotros pensar en estos malos tratamientos, que ha recibido y recibe todos los días Jesucristo sin sentir pena y sin procurar con nuestro amor corresponder al inmenso que nos tiene su corazón divino? ¿Podremos ser indiferentes al deseo que nos muestra en ese Sacramento de comunicarnos todos sus bienes, y dársenos todo a sí mismo, estando pronto para recibirnos en su corazón siempre que vayamos a él?

Nos hemos acostumbrado a oír nombrar creación, encarnación, redención: Jesús nacido en un establo, Jesús muerto en cruz; por esto ninguno de tantos beneficios nos causa impresión. ¡Oh Dios! Si supiéramos que otro hombre nos había hecho alguno de ellos, no podríamos menos de amarlo. Solo Dios parece que tenga (digámoslo así) esta mala suerte con los hombres; quien no teniendo más que hacer para atraerse el amor de ellos, no puede llegar a este intento; y en vez de ser amado, se ve vilipendiado y pospuesto. Todo nace de la falta que tienen los hombres de amor a este Dios.

Afectos y súplicas.

¡Oh corazón de mi Jesús, abismo de misericordia y de amor! ¿cómo a vista de la bondad que conmigo habéis usado, y de la ingratitud con que os he correspondido yo, no muero y no me deshago de dolor? Vos, Salvador mío, después de haberme dado el ser me habéis dado toda vuestra sangre y la vida, entregándoos a las ignominias y a la muerte por amor mío; y no contento de esto habéis además inventado el modo de sacrificaros todos los días por mí en el sagrado altar, no rehusando exponeros a las injurias que debíais recibir y que ya preveíais en el Sacramento de amor. ¡Oh Dios! ¿cómo puedo verme, pues, tan ingrato a Vos sin morir de confusión? ¡Ah Señor! poned fin a mis ingratitudes hiriéndome el corazón con vuestro amor y haciéndome todo vuestro. Acordaos de la sangre y de las lágrimas que habéis derramado por mí y perdonadme. ¡Oh! ¡no sean pérdidas para mí tantas penas vuestras! Pero Vos, aunque me hayáis visto

tan ingrato e indigno de vuestro amor, no habéis dejado de amarme hasta en aquel tiempo en que yo no os amaba y ni siquiera deseaba que me amaseis. ¿Cuánto más, pues, debo esperar yo vuestro amor ahora, que no quiero otro, ni suspiro sino por amaros y ser amado de Vos? Ea, pues, Señor, satisfaced de lleno este mi deseo; diré mejor este deseo vuestro, porque Vos sois quien me lo dais. Haced que este día sea el de mi total conversión, de manera que comience a amaros para no cesar jamás. Haced que yo muera en todo a mí mismo para no vivir sino para Vos y para arder siempre de vuestro amor ¡Oh Maria! feliz vuestro corazón, que cual el de Jesús estuvo siempre inflamado del divino amor. Madre mía amada, hacedme semejante a Vos. Rogadle a vuestro Hijo, que se goza de honraros con no negaros nada de cuanto le pedís.

MEDITACIÓN IX. Corazón fiel de Jesús.

¡Oh! y que fiel es el bello corazón de Jesucristo con aquellos que llama a su santo *amor: Fiel es, dice san Pablo (1Tes. 5, 24)*, *el que os ha llamado; el cual también lo cumplirá.* Su fidelidad nos da la confianza de esperarlo todo, aunque nada merezcamos. Si hemos desechado a Dios de nuestro corazón, abrámosle la puerta, y entrará al momento según su promesa: *Si alguno me abriese la puerta, entrare a él. (Ap. 3, 2)* Si querernos gracias, pidámoslas a Dios en nombre de Jesucristo, pues él nos ha prometido que las obtendremos. Si somos tentados, confiemos en sus méritos, que no permitirá nos combatan nuestros enemigos sobre nuestras fuerzas.

-¡Oh! ¡Cuanto mejor es tratar con Dios que con los hombres! ¡Cuántas veces los hombres prometen, y después faltan, o porque mienten al prometer o porque después de la promesa mudan de voluntad! No es Dios como el hombre, dice el Espíritu Santo, para que mienta, ni como el hijo del hombre para que se mude. (Nm. 23, 19) Dios no puede ser infiel en sus promesas; porque no puede mentir siendo la misma verdad, ni puede mudar la voluntad, porque todo aquello que quiere es recto y justo. Ha prometido, pues, recibir a todo el que viene a él, dar ayuda a quien se la pide, amar a quien le ama, y después ¿no lo hará? ¡Oh si fuésemos nosotros fieles con Dios como él lo es con nosotros! Hasta aquí ¡Cuantas veces le hemos prometido ser suyos, servirle y amarle, y después le hemos hecho traición; y despidiéndonos de su servicio nos hemos vendido por esclavos del demonio! ¡Ah! pidámosle que nos dé fuerza para serle fieles en lo sucesivo. ¡Oh! ¡felices nosotros si fuésemos fieles a Jesucristo en aquellas pocas cosas que ordena! Este Señor será fiel en remunerarnos con premios muy grandes, y nos hará oír aquello que ha prometido a sus siervos fieles: *Muy bien, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor. (Mt. 25, 21)*

Afectos y súplicas.

Amado Redentor mío, ¡Oh, si hubiese yo sido fiel con Vos, como lo habéis sido conmigo! Siempre que he abierto mi corazón, Vos habéis entrado a perdonarme y a recibirme en vuestra gracia: siempre que os he llamado habéis corrido a ayudarme. Vos habéis estado fiel conmigo, pero yo he estado muy infiel con Vos; os he prometido serviros, y después os he vuelto tantas veces las espaldas; os he prometido mi amor, y después tantas veces os he negado: como si Vos, mi Dios, que me habéis creado y redimido fueseis menos digno de ser amado que las criaturas, y aquellos mis gustos miserables por los que os he dejado. Perdonadme, Jesús mío: conozco mi ingratitud y la aborrezco: conozco que Vos sois bondad infinita, que merecéis un amor infinito especialmente de mí, que después de tantas ofensas que os he hecho me habéis amado tanto. ¡Pobre de mí si me condenase! Las gracias que me habéis hecho y las señales de afecto especial que me habéis mostrado, serían, oh Dios, el infierno de mi infierno. ¡Ah!

no, amor mío, tened piedad de mí, no permitáis que yo os vuelva a dejar; y que después condenándome según mereciera, hubiese yo de seguir en el infierno a pagar con injurias y odio el amor que me habéis tenido.

Ea, pues, corazón enamorado y fiel de Jesús, inflamad el miserable corazón mío para que arda por Vos como Vos ardéis por mí. Jesús mío, al presente parece que yo os amo, pero os amo poco; haced que os ame conforme es debido y que os sea fiel hasta la muerte. Esta gracia os pido juntamente con la de seguir siempre en pedirla. Hacedme morir antes que yo os haya traición de nuevo. ¡Oh María, madre mía! ayudadme a ser fiel a vuestro Hijo.

Canción al Sagrado Corazón de Jesús.

Vuela, si, vuela, alma mía,
De Jesús al corazón,
Y en esta dulce prisión
Hallarás la libertad.
¿*No* ves que por todas partes
Te persiguen, pobrecita?
Vuela al Arca, o palomita,
Y hallarás seguridad.

¿Por qué tardas en hacerlo?
Deja el mundo y sus embustes,
Y otra cosa ya no gustes
Que lo que Dios solo da:
¡Oh Jesús! dame acogida
En *tu pecho* amante, amado;
Que desecho ya el pecado,
Y al mundo aborrezco ya.

Nada más quiero que amarte,
Y amándome tú también,
En tí solo el sumo bien
Podré hallar unida a ti:

Y sí, encerrada en tu pecho,
De morir es ya mi suerte,
Tan feliz y dulce muerte
Será vida para mí.

DARDOS DE AMOR.

O PRUEBAS QUE JESUCRISTO NOS HA DADO DE SU AMOR EN LA REDENCIÓN.

A cualquiera que considere el inmenso amor que Jesucristo nos ha mostrado en su vida, y especialmente en su muerte, es imposible no estar emocionado y excitado para amar a un Dios que está tan enamorado de nuestras almas. San Buenaventura llama las heridas de nuestro Redentor, heridas que traspasan los corazones más duros, e inflaman el amor divino en las almas más frías.

Por lo tanto, en este corto examen del amor de Jesucristo, consideremos, según el testimonio de las divinas Escrituras, cuánto ha hecho nuestro amoroso Redentor para hacernos entender el amor que nos tiene y para obligarnos a amarle.

MEDITACIÓN I.

Dilexit nos et tradidit semctipsum pro nobis.
"Él nos amó, y se entregó por nosotros".
Ef. 5, 2.

Dios había conferido tantas bendiciones a los hombres, para así atraerlos a amarle; pero estos hombres ingratos no sólo no lo amaban, sino que no lo reconocían como su Señor. Apenas en una esquina de la tierra, en Judea, fue reconocido como Dios por su pueblo elegido; y por ellos era más temido que amado. Él, sin embargo, que deseaba ser más querido que temido por nosotros, se hizo hombre como nosotros, escogió una vida pobre, sufriente y oscura, y una muerte dolorosa e ignominiosa; ¿y por qué? para atraer nuestros corazones a sí. Si Jesucristo no nos hubiera redimido, no habría sido menos grande ni menos feliz de lo que ha sido siempre; pero él resolvió procurar nuestra salvación a costa de muchos trabajos y sufrimientos, como si su felicidad dependiera de la nuestra. Podría habernos redimido sin sufrir; pero no, quería liberarnos de la muerte eterna por su propia muerte; y aunque nos salvó de mil maneras, escogió la manera más humillante y dolorosa de morir en la cruz de puro sufrimiento, de adquirir el amor de nosotros, gusanos ingratos de la tierra. ¿Y cuál fue la causa de su miserable nacimiento y su muerte más dolorosa, si no el amor que tuvo por nosotros?

¡Ah, Jesús mío, que el amor que te hizo morir por mí en el Calvario destruya en mí todos los afectos terrenales, y me consuma en el fuego que has venido a encender en la tierra. Maldigo mil veces esas pasiones vergonzosas que te costaron tanto dolor. Me arrepiento, mi querido Redentor, con todo mi corazón por todas las ofensas que he cometido contra Ti. Para el futuro más bien moriré que ofenderte; y deseo hacer todo lo que pueda por complacerte. No perdonaste nada por mi amor; tampoco ahorraré nada por tu amor. Tú me has amado sin reservas; Yo también sin reservas te amaré. Te amo, mi único bien, mi amor, mi todo.

MEDITACIÓN II.

Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitunt daret.
"Dios amó tanto al mundo, que dio a su Hijo unigénito".
Juan 3, 16.

¡Oh, cuánto significa esa pequeña palabra! Significa que nunca seremos capaces de comprender la extensión de un amor como este que hizo que un Dios enviara a su Hijo a morir, que el hombre perdido pudiera ser salvo. ¿Y quién habría podido otorgarnos este regalo de valor infinito sino un Dios de amor infinito?

¡Te doy gracias, oh Padre Eterno! por haberme dado Tu Hijo para ser mi Redentor; y te doy gracias, oh grande Hijo de Dios, por haberme redimido con tanto sufrimiento y amor. ¿Qué habría sido de mí, después de los muchos pecados que he cometido contra ti, si no hubieras muerto por mí? ¡Ah, que había muerto antes de que te hubiera ofendido, mi Salvador! Hazme sentir algo de esa abominación por mis pecados que Tú tuviste en la tierra y perdóname. Pero el perdón no me basta, Tú mereces mi amor; Tú me has amado hasta la muerte, a la muerte también te amaré. Te amo, oh bondad infinita, con toda mi alma; Te amo más que a mí mismo; en Ti solo pondré todos mis afectos. Ayúdame; no dejes que viva siendo un ingrato contigo, como lo he hecho hasta ahora. Dime lo que querrías de mí, porque, por Tu gracia, todo, todo lo haré. Sí, mi Jesús, te amo, mi tesoro, mi vida, mi amor, mi todo.

MEDITACIÓN III.

Negue per sanguinem hircorum aut vitulorum, sed por proprio sanguinem introivit semel en sancta, aeterna redemptione inventa.

"Ni por la sangre de los machos cabríos ni por los becerros, sino por su propia sangre, entró una vez en Santuario, habiendo obtenido la redención eterna".

Hb. 9, 12.

¿Y de qué valdría la sangre de todos los machos cabríos o de todos los hombres, si fueron sacrificados para obtener la gracia divina para nosotros? Sólo la sangre de este Hombre-Dios nos merecerá el perdón y la salvación eterna. Pero si Dios mismo no hubiera ideado este modo de redimirnos, como lo hizo él al morir para salvarnos, ¿quién habría podido pensar en ello? Sólo su amor lo diseñó y lo ejecutó. Por lo tanto, el santo Job hizo bien en clamar a este Dios que ama tanto al hombre: ¿Qué es el hombre, oh Señor, para que lo exaltes? ¿Por qué tu corazón está tan decidido a amarlo? ¿qué es el hombre que lo magnificas? ¿Por qué pusiste tu corazón sobre él? (Job 7, 17) Ah, mi Jesús, un solo corazón es poco con que amarte; si yo Te amara incluso con los corazones de todos los hombres, sería muy poco. ¡Qué ingratitud, pues, sería si dividiera mi corazón entre ti y las criaturas! No, mi amor, tú lo tendrías todo, y bien lo mereces; te lo daré todo. Si no sé cómo darlo a ti como debo, tómalo tú mismo, y concédeme que pueda decirte con verdad, Dios de mi corazón. (Sal 72, 26) Ah, mi Redentor, por los méritos de la vida abyecta y afligida que Tú has querido vivir para mí, dame la verdadera humildad, que me hará amar el desprecio y la vida oscura. Permíteme abrazar con amor todas las debilidades, afrentas, persecuciones y sufrimientos interiores, y todas las cruces que puedan venir de Tus manos. Déjame amarte, y dispón de mí como quieres. ¡Oh corazón amoroso de mi Jesús! hazme amarte al descubrirme el inmenso bien que Tú eres. Hazme todo tuyo antes de morir. Te amo, mi Jesús, que eres digno de ser amado. Te amo con todo mi corazón, te amo con toda mi alma.

MEDITACIÓN IV.

Benignitas et humanitas apparition Salvatoris nostri Dei.
"La bondad y amor de Dios nuestro Salvador apareció."
Tit. 3, 4.

Dios ha amado al hombre desde toda la eternidad. Te he amado con amor eterno. (Jr. 31, 3) "Pero, antes de la Encarnación de la Palabra, el Poder divino apareció en la creación del mundo y la divina Sabiduría en gobernarlo, pero cuando el Hijo de Dios se hizo hombre, se manifestó el amor que Dios tenía por los hombres". (En Nat. Domini, S.I.) Y, de hecho, después de ver a Jesucristo pasar por tan afligida vida y muerte tan dolorosa, deberíamos ofrecerle un insulto si dudábamos del gran amor que nos lleva. Sí, ciertamente nos ama; y porque nos ama, quiere ser amado por nosotros. Y Cristo murió por todos, para que también los que viven no vivan ahora para sí mismos, sino para Aquel que murió por ellos y resucitó. (2Cor 5, 15)

Ah, mi Salvador, ¿cuándo comenzaré a entender el amor que Tú has tenido por mí? Hasta ahora, en lugar de amarte, te he pagado con ofensas y desprecio tus gracias, pero como eres infinito en bondad, no perderé la confianza. Tú has prometido perdonar al que se arrepiente; por amor de tu misericordia cumple tu promesa. Te he deshonrado apartándome de ti para seguir mis propios placeres; pero ahora me entristece desde el fondo de mi alma, y no hay aflicción que me aflija más que el recuerdo de haberte ofendido, mi soberano bien; perdóname y únete completamente a mí por un eterno lazo de amor, para que no te deje más, y que sólo pueda vivir para amarte y obedecerte. Sí, mi Jesús, sólo por Ti viviré, sólo a Ti amaré. Una vez te dejé por las criaturas, ahora dejo todo para darme totalmente a ti. Te amo, oh Dios de mi alma, te amo más que a mí mismo. Oh María, Madre de Dios, obtén la gracia de ser fiel a Dios hasta la muerte.

MEDITACIÓN V.

In hoc apparuit charitas Dei in nobis, quoniam filium suuin unigenitum misit Deus in mundum, ut vivamus per eum.

"Por medio de esto ha aparecido la caridad de Dios para con nosotros, porque Dios ha enviado a Su Hijo unigénito al mundo que nosotros hemos creado, vivan por Él."
Juan 4, 9.

Todos los hombres estaban muertos por el pecado, y habrían permanecido muertos si el Padre eterno no hubiera enviado a su Hijo para restaurarlos a la vida por su muerte. ¿Pero cómo? ¿Qué es esto? ¡Un Dios para morir por el hombre! ¡Un Dios! ¿Y quién es este hombre? "¿Quién soy?" dice San Buenaventura. "Oh Señor, ¿por qué me has amado tanto?" (Stim., P. 1, c.13) Pero es en esto que resplandece el amor infinito de Dios. Por esto ha aparecido la caridad de Dios. (1Jn 4, 9) La Santa Iglesia exclama el Sábado Santo: "Oh, maravillosa condescendencia de tu misericordia hacia nosotros, oh afecto inestimable de caridad, para redimir a un esclavo, entregaste a tu Hijo". ¡Oh inmensa compasión! ¡Oh prodigio! ¿O exceso del amor de Dios? para entregar por un siervo y un pecador de la muerte que él merece, su Hijo inocente es condenado a morir. Tú, pues, Dios mío, has hecho esto para que vivamos por Jesucristo, para que vivamos por él. (1Jn. 4, 9) Sí, es verdad que es necesario que vivamos para él, que ha dado toda su sangre y su vida por nosotros. Mi querido Redentor, en presencia de Tus heridas y de la cruz en que te veo muerto para mí, te consagro mi vida y toda mi voluntad. Ah, hazme todo Tuyo, porque desde este día no busco y deseo más que a Ti. Te amo, bondad infinita; Te amo, amor infinito; mientras viva puedo siempre repetir, Dios mío, te amo, te amo; que mis últimas palabras en la muerte sean, Dios mío, Te amo, Te amo.

MEDITACIÓN VI.

Per viscera misericordiae Dei nostri, en quibus visitavit nos Oriens ex alto

"Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que harán que nos visite una Luz de lo alto"

Lucas 1, 78.

He aquí el Hijo de Dios viene sobre la tierra para redimirnos, y él viene estimulado solo por las entrañas de su misericordia. ¡Pero, oh Dios! si tú tienes la compasión sobre el hombre perdido, ¿no era suficiente que enviaras un ángel para redimirlo? No, dice el Verbo Eterno, vendré yo mismo, para que el hombre sepa cuánto lo amo. San Agustín escribe: "Por esta razón vino Jesucristo, para que el hombre sepa cuánto Dios lo ama." (De catech, Rud., C. 4) Pero, mi Jesús, ahora que has venido, ¿cuántos hombres hay que te aman verdaderamente?, ¡qué desdichado soy!, tú sabes que hasta ahora te he amado, tú sabes lo despreciado que he sido por tu amor ... ¡Oh, que me muera de dolor por ello! ... Estoy arrepentido, mi querido Redentor, de haberte despreciado a ti ... Ah, perdóname, y al mismo tiempo dame la gracia de amarte ... No dejes que me olvide del gran afecto que Tú me has dado ... Te amo ahora, ... Tú mereces un amor infinito, concédeme al menos que te ame con todas mis fuerzas ... Ah, mi Salvador, mi gozo, mi vida, mi todo, ¿a quién amaría si no Te amo, el Bien infinito? Consagro todos mis deseos a tu voluntad, y al ver los sufrimientos que has sufrido por mí, me ofrezco a sufrir todo lo que te plazca pero líbranos del mal. Líbrame del pecado, y haz de mí como quieres. Te amo, infinito Bien, y estoy contento de recibir cualquier castigo, incluso de ser aniquilado, en lugar de vivir sin amarte.

MEDITACIÓN VII.

Et Verbum caro factum est.
"Y el Verbo se hizo carne".
Juan 1, 14.

Dios envió al Arcángel Gabriel a pedir el consentimiento de María para que convertirse en su Hijo; María da su consentimiento, y he aquí la Palabra se hace hombre. ¡Oh maravilloso prodigio! en la cual los cielos y toda la naturaleza se quedan asombrados. ¡El Verbo hecho carne! ¡Un Dios hecho hombre! ¿Qué pasaría si vemos que un rey se convierte en un gusano, para salvar la vida de un pequeño gusano de tierra por su muerte? Así que, pues, Jesús mío, tú eres mi Dios, y no moriste como Dios, has tenido el placer de ser hombre capaz de morir para dar Tu vida por mí. Mi dulce Redentor, ¿cómo es que, al ver tal misericordia y amor que has mostrado hacia mí, no muero de dolor? ¡Bajaste del cielo para buscarme, oveja perdida; y cuántas veces no te he alejado, prefiriendo mis miserables placeres delante de Ti! Pero como Tú deseas tenerme, lo dejo todo; quiero ser Tuyo, y no tendré a nadie más que a Ti. Te elijo como el único objeto de mis afectos. Mi Amado es mío y yo de mi amado. (Cant. 2, 16) Tú piensas en mí, y yo no pensaré más que en Ti. Déjame siempre amarte, y que nunca deje de amarte. Siempre que pueda amarte, estoy contento de ser privado de toda consolación sensible, e incluso de sufrir todos los tormentos. Veo que en verdad deseas que sea todo tuyo, y deseo pertenecer completamente a Ti. Sé que todo en el mundo es una mentira, un engaño, nada más que humo, suciedad y vanidad. Tú solo eres el verdadero y único bien; por tanto, sólo tú eres suficiente para mí. Dios mío, te deseo solo, y nada más; Dios me oiga, porque sólo a Ti deseo, y nada más.

MEDITACIÓN VIII.

Semetipsum exinanivit
"Se despojó de sí mismo".
Flp. 2, 7.

Contempla al único Hijo de Dios, omnipotente y verdadero Dios, igual al Padre, nacido un pequeño Niño en un establo. Se despojó de sí mismo, tomando la forma de un siervo, siendo hecho a la semejanza de los hombres. (Filipenses 2, 7) Si alguien ve a un Dios aniquilado, que entre en la cueva de Belén, y lo encontrará como un niño pequeño, en pañales, de modo que no pueda moverse, llorando y temblando con frío. ¡Ah, santa fe, dime quién es el Hijo de este pobre niño! La fe responde, él es el Hijo de Dios, y él es el verdadero Dios. ¿Y quién lo ha llevado a una condición tan miserable? Era el amor que sentía por los hombres. Sin embargo, hay hombres que no pueden amar a este Dios. Tú, pues, Jesús mío, has gastado toda tu vida en medio de las penas para hacerme comprender el amor que me has dado, y he gastado mi vida en despreciarte y desagradarte por mis pecados. Ah, hazme saber el mal que he cometido, y el amor que Tú deseas tener. Pero ya que siempre me has soportado hasta ahora, permíteme que no te dé más motivo de dolor. Lléname por completo con Tu amor, y recuerda siempre todo lo que has sufrido por mí, para que desde este día pueda olvidar todo, y no pensar en nada más que amarte y complacerte. Tú viniste sobre la tierra para reinar en nuestros corazones; ¡Toma, pues, de mi corazón todo lo que pudiera impedirte poseerlo por completo! Haced que mi voluntad sea totalmente conforme a vuestra voluntad; que la tuya sea mía, y que sea la regla de todas mis acciones y mis deseos.

MEDITACIÓN IX.

Parvulus natus est nobis, y Filius datus est nobis.
"Porque un niño nos ha nacido, y un Hijo nos es dado".
Is. 9, 6.

Contempla el fin por el cual el Hijo de Dios nacerá un Niño, para darse a nosotros desde su niñez, y así atraer nuestro amor. Por qué (escribe San Francisco de Sales) Jesús toma la dulce y tierna forma de un niño si no es para estimularnos a amarlo y a confiar en él? San Pedro Crisologo había dicho antes: "Así quería nacer, porque quería ser amado". (Serm 158) ¡Oh, querido niño Jesús, mi Salvador! Te amo, en Ti confío, Tú eres toda mi esperanza y todo mi amor. ¿Qué habría sido de mí si no hubieras descendido del cielo para salvarme? Conozco el infierno que me hubiera esperado por los delitos que te he ofrecido. Bendita sea tu misericordia, porque siempre estarás dispuesto a perdonarme si me arrepiento de mis pecados. Sí, me arrepiento de todo corazón, mi Jesús, de haberte despreciado. Recibidme en Tu favor, y hazme morirme solo para vivir contigo, mi único bien. Destruye en mí, oh fuego consumidor, todo lo que desagrada en tus ojos, y atrae todos mis afectos hacia Ti. Te amo, oh Dios de mi alma, te amo, mi tesoro, mi vida, mi todo. Te amo, y deseo morir diciendo, Dios mío, te amo; y empezar entonces a amarte con un amor perfecto que no tendrá fin.

MEDITACIÓN X.

Rorate, caeli, desuper, y nubes pluant Justum.- Emitte Agnum, Domine, dominatorem terrae- Salutare tuum da nobis.

"Desciende el rocío, oh cielos, desde lo alto, y que las nubes lluevan a los justos,"
"Envía el Cordero, el Gobernante de la tierra". Is. 45, 8; 16, 1
"Concédenos tu salvación". Sal. 84, 8.

Así los Santos Profetas desearon por tantos años la venida del Salvador. El mismo profeta Isaías dijo: Oh, que enviarías los cielos, y descenderías: las montañas se derretirían ante tu presencia, ... las aguas arderían con fuego. (Isaías 64, 1-2) Señor, dijo, cuando los hombres vean que Tú has venido sobre la tierra por amor a ellos, los montes se harán suaves, es decir, los hombres que te servirían vencerían todas las dificultades que al principio les parecieron obstáculos insuperables. Las aguas se quemarían con fuego, y los corazones más fríos se sentirán ardiendo con Tu amor, a la vista de Ti hecho hombre, ¡y cuán bien esto ha sido verificado en muchas almas felices! en Santa Teresa, en San Felipe Neri, San Francisco Javier, que incluso en esta vida fueron consumidos por este fuego santo. Pero, ¿cuántos hay? ¡Ay! pero muy pocos. Ah, mi Jesús, entre estos pocos también deseo serlo. ¿Cuántos años no estaría ya ardiendo en el infierno, separado de Ti, odiándote y maldiciéndote para siempre? Pero no, Tú me has soportado con tanta paciencia, para que puedas verme arder, no con esa desgraciada llama, sino con el bendito fuego de Tu amor; para este fin me has dado tantas iluminaciones, y con tanta frecuencia he herido mi corazón mientras estaba lejos de ti; finalmente, Tú hiciste tanto que me has forzado a amarte por Tus dulces atractivos. He aquí, ahora soy tuyo. Yo seré tuyo siempre y completamente. Queda a Ti hacerme fiel, y esto espero con confianza de Tu bondad. ¡Oh Dios mío! ¿quién podría tener el corazón para dejarte otra vez y vivir un momento sin tu amor? Te amo, Jesús mío, sobre todas las cosas; pero esto es poco. Te amo más que a mí mismo, pero esto es poco también; Te amo con todo mi corazón, y esto también es poco. Mi Jesús, escúchame, dame más amor, más amor, más amor. Oh María, ruega a Dios por mí.

MEDITACIÓN XI.

Despectum, et novissimum virorum.

Despreciado, y el más abyecto de los hombres.

Is. 53, 3.

Mira lo que era la vida del Hijo de Dios hecho hombre, el más abyecto de los hombres. Fue tratado como el más vil, el menor de los hombres. ¿A qué extremo de la mezquindad podría reducirse la vida de Cristo mayor que la de nacer en un establo? ¿de vivir como siervo en una tienda desconocida y despreciada? ¿golpeado, tratado como un rey burlón, con su cara escupida? y, ¿finalmente, de morir condenado como un malhechor en una infame patíbulo? San Bernardo exclama: "¡Oh, más bajo y más alto!" Un Dios, Tú eres el Señor de todos, ¿y cómo te has contado para ser el más despreciado de todos? Y yo, mi Jesús, cuando te veo tan humillado por mí, ¿cómo puedo desear ser estimado y honrado por todos? ¡Un pecador para estar orgulloso! Ah, mi Redentor despreciado, que Tu ejemplo me inspire con amor por el desprecio y la vida oscura; Espero que, con tu ayuda, acepte de mi corazón todo el oprobio que pueda sufrir por el amor de Ti, que has soportado tanto por el amor de mí. Perdóname el orgullo de mi vida pasada, y dame amor en su lugar. Te amo, mi despreciado Jesús. Ve delante de mí con tu cruz. Yo te seguiré con la mía, y no te dejaré hasta que muera crucificado por Ti, como Tú moriste crucificado por mí. Mi Jesús, mi despreciado Jesús, te abrazo; en Tu abrazo viviré y moriré.

MEDITACIÓN XII

Virum dolorum.

"Un hombre de dolores." Isa. 53, 3.

¿Cuál fue la vida de Jesucristo? Una vida de dolores; una vida de dolores internos y externos desde el principio hasta el fin. Pero lo que más afligió a Jesucristo en el curso de su vida fue la visión de los pecados y la ingratitud con que los hombres pagaron los dolores que había sufrido con tanto amor por ellos. Este pensamiento lo había convertido en el amo más afligido entre todos los hombres que habían vivido en la tierra. Así pues, mi Jesús, también añadí a la aflicción que sufriste durante toda su vida por mis pecados. ¿Y por qué no digo yo también, como lo hizo Santa Margarita de Cortona, que, al ser exhortada por su confesor a calmar su aflicción y a no llorar más porque Dios la había perdonado, redobló sus lágrimas y respondió: "¿cómo puedo dejar de llorar cuando sé que mis pecados afligieron a mi Jesús durante toda su vida? " ¡Oh, que puedo morir de dolor, mi Jesús, cada vez que pienso en toda la amarga angustia que te he causado todos los días de mi vida! ¡Ay, cuántas noches he dormido privada de tu gracia! ¡Cuántas veces me has perdonado y te he vuelto mi espalda! Mi querido Señor, me arrepiento sobre todas las cosas por haberte ofendido. Te amo con todo mi corazón; Te amo con toda mi alma. -Ah, mi dulce Jesús, permíteme que no me separe más de Ti. Déjame morir antes que traicionarte de nuevo. Oh María, Madre de la perseverancia, obtén el don de la santa perseverancia.

MEDITACIÓN XIII.

Cum dilexisset suos, que erant en el mundo, infinem dilexit eos,
"Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin".
Juan 13,1

El amor de los amigos aumenta en el momento de la muerte, cuando están a punto de separarse de los que aman; y es entonces, por lo tanto, que tratan más que nunca, con alguna promesa de afecto, de mostrar el amor que les dan. Jesús durante toda su vida nos dio señales de su afecto, pero cuando llegó cerca de la hora de su muerte, quiso darnos una prueba especial de su amor. ¿Pero qué más prueba podría mostrarnos este amoroso Señor que dando su sangre y su vida por cada uno de nosotros? Y no contento con esto, dejó este mismo cuerpo, sacrificado por nosotros en la cruz, para ser nuestro alimento, para que todo el que lo recibiera pudiera estar totalmente unido a él, y así el amor pudiera aumentar mutuamente. ¡Oh bondad infinita! ¡Amor infinito! Ah, mi enamorado Jesús, llena mi corazón con Tu amor, para que yo pueda olvidarme del mundo y de mí mismo, no pensar más que en amarte y complacerte. Yo consagro a Ti mi cuerpo, mi alma, mi voluntad, mi libertad. Hasta este tiempo he tratado de satisfacerme a Tu gran desagrado; lo siento muchísimo, mi amor crucificado; por tanto, no buscaré más que a Ti, mi Dios y mi todo. Dios mío, Tú eres mi todo, te deseo solo y nada más. ¡Oh, que pudiera gastarme todo por ti, que te has gastado todo por mí! Te amo, mi único bien, mi único amor. Te amo, y me entrego por entero a Tu santa voluntad. Hazme amarte, y luego haz conmigo lo que quieras.

MEDITACIÓN XIV.

Tristis est anima mea usque ad mortem.
"Mi alma está triste hasta la muerte".
Mt. 26, 38.

Estas fueron las palabras que procedían del doloroso corazón de Jesucristo en el huerto de Getsemaní, antes de ir a morir. Por desgracia, ¿de dónde vino este extremo dolor de él, tan grande que bastó para matarlo? ¿Acaso fue a causa de los tormentos que vio que debía soportar? No; porque había previsto estos tormentos desde el momento de su encarnación. Los había previsto, y los había aceptado por su propia voluntad. (Isaías 53, 7) Fue ofrecido porque era Su propia voluntad. Su dolor vino de ver los pecados que los hombres cometerían después de su muerte. Fue entonces, según San Bernardino de Siena, que vio claramente cada pecado particular de cada uno de nosotros. Tenía en cuenta cada pecado individual. No fue, pues, mi Jesús, la visión de los azotes, de las espinas y de la cruz que tanto te afligió en el jardín de Getsemaní; era la visión de mis pecados, cada uno de los cuales te han oprimido Tu corazón con pena y tristeza que te hizo agonizar y sudar sangre. Esta es la recompensa que te he hecho por el amor que me has mostrado para morir por mí. Ah, permíteme compartir el dolor que sentías en el jardín por mis pecados, para que el recuerdo de él me haga triste toda mi vida. ¡Ah, mi dulce Redentor, si pudiera consolarte tanto ahora por mi pena y amor como entonces te afligí! Me arrepiento, mi Amor, con todo mi corazón por haber preferido mi miserable satisfacción a Ti. Lo siento, y te amo sobre todas las cosas. Aunque te he despreciado, sin embargo te oigo pedir mi amor. Tú querrías que Te amara con todo mi corazón: Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma. (Mateo 22, 37) Sí, Dios mío, te amo con todo mi corazón, te amo con toda mi alma. ¿Me das el amor que me pides? Si he buscado solo mi satisfacción hasta ahora, ahora no buscaré más que a Ti. Y viendo que me has amado más que a otros, más que a otros te amaré. Sácame siempre más, mi Jesús, a tu amor por el olor de tus ungüentos, que son los amorosos atractivos de tu gracia. Por último, dame la fuerza para corresponder a tanto amor que Dios ha dado a un ingrato gusano y traidor. María, Madre de misericordia, ayúdame con tus oraciones.

MEDITACIÓN XV.

Comprehenderunt Jesum , et ligaverunt eum.
"Tomaron a Jesús y lo ataron."
Juan 18, 12.

¡Un Dios tomado y atado! ¿Qué podrían haber dicho los ángeles al ver a su rey con las manos atadas, conducido entre soldados por las calles de Jerusalén? ¿Y qué debemos decir a la vista de nuestro Dios, que está contento de ir atado como ladrón, y ser presentado al juez que lo condene a muerte? San Bernardo se lamenta, diciendo: "¿Qué tienes que hacer con las cadenas?" ¿Qué tienen que ver los malhechores y las cadenas contigo, oh mi Jesús, Tú que eres infinita bondad y majestad? Deben pertenecer a nosotros pecadores, culpables del infierno, y no a Ti que eres inocente y el Santo de los santos. San Bernardo continúa diciendo, al ver a Jesús culpable de muerte: "¿Qué has hecho, mi inocente Salvador, para que así seas condenado?" (Lib. De Pass. C. 4) Oh, mi querido Salvador, Tú eres la inocencia misma; ¿por cuál crimen has sido así condenado? Ah, te lo diré, responde: el crimen que has cometido es el gran amor que has dado a los hombres. Tu pecado es amor. Mi amado Jesús, beso las cuerdas que te atan, porque me han liberado de las cadenas eternas que he merecido. ¡Ay! ¡Cuántas veces he renunciado a Tu amistad y me he hecho esclavo de Satanás, deshonrando Tu majestad infinita! Me entristezco por todas las cosas por haberme injuriado tan gravemente. Ah, Dios mío, ataré mi voluntad a tus pies con las dulces cuerdas de tu santo amor, para que no desee nada más que lo que te agrada. ¿Puedo tomar tu voluntad por única guía de mi vida? Como Tú has tenido tanto cuidado por mi bien, que no me importe más que amarte. Te amo, mi bien soberano; te amo, el único objeto de mis afectos. Sé que sólo tú me has amado verdaderamente, y sólo a ti te amaré. Renuncio a todo. Sólo tú eres suficiente para mí.

MEDITACIÓN XVI.

Ipse autem vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra.

"Pero él fue herido por nuestras iniquidades, y él fue herido por nuestros pecados"
Is. 53, 5

Un solo golpe sufrido por este Hombre-Dios era suficiente para los pecados del mundo entero; pero Jesucristo no estaba satisfecho con eso; quería ser herido y maltratado por nuestras iniquidades, lo que significa decir herido y arrancado de la cabeza a los pies, de modo que no quedara parte entera en su cuerpo sagrado. Por lo tanto, el mismo profeta lo vio lleno de llagas como un leproso. Y nosotros lo hemos considerado como un leproso, y como uno golpeado por Dios y afligido. (Isaías 53, 4)

¡Oh, heridas de mi doloroso Jesús, todas son evidencias vivas del amor que mi Redentor conserva por mí; con palabras tiernas me obligas a amarlo por los muchos sufrimientos que ha sufrido por mi amor. Mi dulce Jesús, ¿cuándo me daré todo a Ti, como Te has dado a mí todo? Te amo, mi bien soberano. Te amo, Dios mío, amante de mi alma. Oh Dios de amor, dame amor. Por mi amor, permíteme expiarte por la amargura que te he dado en tiempos pasados. Ayúdame a alejar de mi corazón todo lo que no tiende a Tu amor. Padre Eterno, mira el rostro de tu Cristo (Salmo 83, 10) mira las heridas de tu Hijo, que buscan misericordia de mí, y por amor de ellas perdóname los ultrajes que he cometido contra ti; toma mi corazón enteramente a Ti, que no pueda amar, buscar, ni suspirar nada excepto a Ti. Te digo, con San Ignacio: "Dame sólo de tu amor y de tu gracia y soy lo suficientemente rico". He aquí esto es todo lo que te pido, oh Dios de mi alma; dame tu amor, junto con tu gracia, y no deseo nada más. Oh María, Madre de Dios, intercede por mí.

MEDITACIÓN XVII.

Ave, Rex Judaerum.
"Salve, rey de los judíos."
Mt. 27, 39.

Así fue nuestro Redentor saludado con desdén por los soldados romanos. Después de haberle tratado como un rey falso, y de haberlo coronado de espinas, se arrodillaron delante de él y lo llamaron rey de los judíos, y luego, levantándose con gritos y risas, lo golpearon y le escupieron en la cara. San Mateo escribe: Y colocando una corona de espinas, la ponen sobre su cabeza. ... E inclinando la rodilla delante de él, se burlaban de él, diciendo: Salve, rey de los judíos; y escupiendo sobre él tomaron la caña y le hirieron la cabeza. (Mateo 27, 29) Y San Juan añade: Y le dieron golpes. (Juan 19,3) ¡Oh Jesús mío! esta corona bárbara que rodea tu cabeza, esta vil caña que Tú tienes en tu mano, esta rojiza ropa de púrpura que te cubre con ridículo, te hace conocer como un rey, pero un rey de amor. Los judíos no te reconocerán por su rey, y le dicen a Pilato: No tenemos rey más que César. (Juan 19, 15) Mi amado Redentor, si otros no te tienen por su rey, te acepto, y deseo que seas el único Rey de mi alma. A Ti consagro todo mi ser; disponed de mí como deseéis. Por esto has soportado el desprecio, tantos dolores, y la muerte misma, para ganar nuestro corazón y reinar en él por Tu amor. Para este fin Cristo murió, ... para ser el Señor de los muertos y de los vivos. (Romanos 14, 9) Hazte, pues, dueño de mi corazón, oh mi amado Rey, y reina y ejerce para siempre tu dominio allí. Antes te he rechazado por mi Señor, para servir mis pasiones; ahora seré todo tuyo y sólo a ti serviré. Ah, átame a Ti por Tu amor, y hazme recordar siempre la amarga muerte que Tú has querido sufrir por mí. ¡Ah, mi Rey, mi Dios, mi amor, mi todo, qué deseo si no fuera por Ti solo! Tú, Dios de mi corazón, y mi porción para siempre. (Sal 72, 26) ¡Oh Dios de mi corazón! Te amo a ti; Tú eres mi porción, tú eres mi único bien.

MEDITACIÓN XVIII.

Et bajulans sibi crucem, exivit en cum, gut dicitur Calvaries, locum.
"Y llevando Su propia Cruz, salió al lugar que se llama Calvario".
Juan, 19, 17.

El Salvador del mundo ya ha iniciado su camino con su cruz sobre sus hombros, yendo a morir en tormentos por amor de los hombres. El Cordero divino se deja conducir sin quejarse, para ser sacrificado en la cruz por nuestra salvación. Ve, tú también, mi alma, acompaña y sigue a tu Jesús, que va a sufrir la muerte por tu amor, a satisfacer tus pecados. Dime, mi Jesús y mi Dios, ¿qué esperas de los hombres dando tu vida por ellos? San Bernardo responde: No esperas nada más que ser amado por ellos: "Cuando Dios ama, no desea nada más que ser amado a cambio". (Cant. 83)

¿Es, pues, mi Redentor, a un costo tan grande que Tú has deseado ganar nuestro amor? ¿Y habrá alguno entre los hombres que creen en Ti, y no Te aman? Me consuelo con el pensamiento de que Tú eres el amor de todas las almas de los santos, el amor de María, el amor de Tu Padre; pero, oh Dios mío, ¿cuántos hay que no te conocen, y cuántos que te conocen y no te aman? Amor infinito, hazte conocer, hazte amado. ¡Ah, que por mi sangre y mi muerte te hice amado por todos! Pero ¡ay de que he vivido tantos años en el mundo mientras te conocía, pero no te quería! Pero ahora, por fin, tú me has atraído a amarte por tu tan grande bondad. En una ocasión fui tan infeliz como para perder tu gracia; que pena ahora siento por ello, por lo que deseo ser todo tuyo, y aún más por la muerte que has sufrido por mí, dame una firme confianza, Oh amor mío, que Tú ya me perdonaste, y que ahora Me amas. ¡Oh, que podría morir por Ti, mi Jesús, como Tú has muerto por mí! Aunque ningún castigo dieras a los que no te aman, nunca dejaría de amarte, y haría todo lo posible por complacerte. Tú que me das este buen deseo, dame fuerzas para seguirlo. Mi amor, mi esperanza, no me abandones; hazme corresponder, durante el resto de mi vida, al amor especial que me has dado. Tú deseas tenerme por Tuyo, y deseo ser todo por ti. Te amo, Dios mío, mi tesoro, mi todo. Viviré y moriré siempre repitiendo, Te amo, Te amo, Te amo.

MEDITACIÓN XIX

Quasi agnus coram tondente se, obmutescet et non aperiet os suum.

"Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca".

Is. 53, 7.

Este fue precisamente el pasaje que el eunuco de la reina Candace estaba leyendo; pero sin entender de quién fue escrito, San Felipe, inspirado por Dios, entró en el carro en el que estaba el eunuco, y le explicó que estas palabras se referían a nuestro Redentor Jesucristo. Jesús fue llamado un cordero porque fue arrastrado al pretorio de Pilato, y luego conducido a la muerte como un cordero inocente. Por lo tanto, el Bautista lo llama cordero. He aquí el Cordero de Dios, he aquí Aquel que quita los pecados del mundo. (Juan 1, 29) Un cordero que sufre y muere víctima en la cruz por nuestros pecados. Ciertamente él ha llevado nuestras debilidades y ha llevado nuestras penas. Miserables son aquellos que no aman a Jesucristo durante su vida. En el último día la visión de este Cordero en su ira los hará decir a los montes: caed sobre nosotros y escondednos de la faz de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero. (Ap. 6, 16) No, mi Cordero divino, si en tiempos pasados no te he amado, ahora te amaré para siempre. Antes, estaba ciego; pero ahora que me has iluminado, y me has hecho conocer el gran mal que te he hecho al darte la espalda, y el amor infinito que te es debido por Tu bondad y por el amor que me has dado, me arrepiento con todo mi corazón por haberte ofendido, y te amo por encima de todas las cosas. Oh heridas, oh sangre de mi Redentor, ¡cuántas almas no has inflamado de amor! Inflame mi alma también. ¡Ah!, Jesús mío, llamad continuamente a mi recuerdo vuestra pasión, y las penas e ignominias que has sufrido por mí, para que yo pueda separar mis afectos de los bienes terrenales y colocarlos sobre ti, mi único e infinito bien. Te amo, Cordero de Dios, sacrificado y aniquilado en la cruz por mi bien. No te has negado a sufrir por mí; no rehusaré sufrir por Ti lo que Tú requieras. No voy a perder ni quejarme de las cruces que me envías. Debería haber estado en el infierno durante estos años; ¿cómo, entonces, puedo quejarme? Dame la gracia de amarte, y luego haz conmigo lo que quieras. ¿Quién me separará del amor de Cristo? (Romanos 8, 35) Ah, mi Jesús, el pecado solo puede separarme de Tu amor. Ah, que no sea así; más bien déjame morir mil veces; esto te suplico por tu santa pasión. Te suplico, María, por tus penas, líbrame de la muerte del pecado.

MEDITACIÓN XX.

Deus meus! Deus meus ut quid dereliquisti me?
"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"
Mt. 27, 46.

¡O Dios! ¿Quién no compadecerá al Hijo de Dios, que por amor de los hombres se está muriendo de pena en una cruz? Él está atormentado externamente en su cuerpo por las innumerables heridas, e internamente está tan afligido y triste que busca consuelo para su gran dolor del Padre Eterno; pero su Padre, para satisfacer su justicia divina, lo abandona y lo deja morir desolado y privado de toda consolación.

Oh muerte desolada de mi querido Redentor, Tú eres mi esperanza. Oh mi abandonado Jesús, Tus méritos me hacen esperar que no me quede abandonado y separado de Ti para siempre en el infierno. No me importa vivir en consuelo en esta tierra; abrazo todos los dolores y desolaciones que Tú me envíes. No es digno de consuelo aquel que al ofenderte te haya merecido tormentos eternos. Me basta con amarte y vivir en tu gracia. Sólo esto te suplico, que nunca más me vea privado de tu amor. Déjenme ser abandonado por todos; no me abandones en este extremo. Te amo, mi Jesús, que moriste abandonado por mí. Te amo, mi único bien, mi única esperanza, mi único amor.

MEDITACIÓN XXI.

Crucifixerunt eum, et cum eo alias duos hinc et hinc, medium autem Jesum.

"Ellos le crucificaron, y con El otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio".
Juan 19, 18.

El Verbo encarnado fue llamado por el esposo sagrado, *Todo encantador; tal es mi amado*. (Cant. 5, 16) En cualquier período de su vida Jesucristo se nos presenta, completamente deseable y digno de amor, si lo vemos como un niño en el establo, como un muchacho en la tienda de San José, como un solitario meditando en el desierto, o bañado en sudor mientras caminaba predicando por toda Judea. Pero en ninguna otra forma aparece más amoroso que cuando está clavado en la cruz sobre la que el inmenso amor lo obligó a morir. San Francisco de Sales ha dicho, el monte del Calvario es el cerro de los amantes. Todo amor que no toma su lugar de la Pasión del Salvador es débil. ¡Qué miserable es la muerte en la que no hay amor al Redentor! Paremos, pues, y consideremos que este hombre, clavado en el árbol de la vergüenza, es nuestro verdadero Dios, y que aquí está sufriendo y muriendo por nada más que por el amor de nosotros. ¡Ah!, Jesús mío, si todos los hombres estuvieran parados y contemplaran en la cruz, creyendo con fe viva, que tú eres su Dios, y que has muerto por su salvación, ¿cómo podrían vivir lejos de ti y sin tu amor? ¿Y cómo podría yo, sabiendo todo esto, haberte desagradado tantas veces? Si otros te han ofendido, al menos han pecado en tinieblas; pero he pecado en la luz. Pero esas manos traspasadas, ese costado herido, esa sangre, esas heridas que veo en Ti, me hacen esperar el perdón y Tu gracia. Estoy angustiado, mi Amor, por haberte despreciado. Pero ahora te amo con todo mi corazón; y mi mayor dolor es el recuerdo de que te he despreciado. Este dolor, sin embargo, que siento, es una señal de que me has perdonado. Oh corazón ardiente de mi Jesús, inflama mi pobre corazón con Tu amor. ¡Oh, mi Jesús, muerto, consumido de dolor por mí, hazme morir consumido de dolor por haberte ofendido, y con el amor que mereces, me sacrifico por completo a Ti, que te has sacrificado por Mí. ¡Oh, dolorosa Madre María, hazme fiel en amar a Jesús!

MEDITACIÓN XXII.

Et inclinato capite, tradidit spiritum.
"E inclinando su cabeza, entregó su alma."
Juan 19, 30.

He aquí, mi Redentor, a lo que Tu amor por los hombres te ha llevado a morir de dolor en una cruz, ahogado en un mar de dolor e ignominia; como David lo había predicho. Yo he venido al fondo del mar, y la tempestad me ha abrumado. San Francisco de Sales escribe así: "Contemplemos a este divino Salvador tendido en la cruz, como sobre el altar de su gloria, sobre el cual se está muriendo de amor por nosotros, ¿por qué no nos arrojamos en espíritu para morir en la cruz con el que ha elegido morir allí por nuestro amor? Lo sostendré, debemos decir, nunca lo dejaré ir. Moriré con él y arderé en las llamas de su amor, un mismo fuego devorará a este Creador divino y a su miserable criatura. Mi Jesús es todo mío y yo soy todo suyo. Viviré y moriré en su seno. Ninguna vida ni la muerte jamás me separará de mi Jesús." (Amor de Dios, libro VII, capítulo 8)

Sí, mi querido Redentor, me agarro fuerte a tu cruz; beso tus pies traspasados, tocado de compasión y confundido al ver el afecto con que has muerto por mí. Ah, acéptame, y átame a tus pies, para que no me aparte más de Ti, y que desde ahora pueda conversar contigo, solo contigo, consultar contigo todos mis pensamientos; en una palabra, que de ahora en adelante dirija todas mis afecciones para no buscar más que amarte y complacerte, siempre deseando dejar este valle de peligros para venir y amarte frente a frente con todas mis fuerzas en tu reino que es un reino de amor eterno. Mientras tanto, permíteme vivir siempre, afligiéndome por las ofensas que he cometido contra Ti, y siempre ardiendo de amor por ti, que por mi amor has dado Tu vida. Te amo, mi Jesús, que has muerto por mí; Te amo, amante infinito; Te amo, amor infinito; Te amo, bondad infinita. Oh María, Madre de amor hermosa, ruega a mi Jesús por mí.

MEDITACIÓN XXIII.

Oblatus est, quia ipse voluit.
"Fue ofrecido porque era Su propia voluntad."
Is. 53, 7.

El Verbo encarnado, en el momento de su concepción, vio delante de él todas las almas que debía redimir. Entonces tú también, mi alma, fuiste presentada con la culpa de todos tus pecados sobre ti, y por ti Jesucristo aceptó todos los dolores que sufrió en vida y muerte; y al hacerlo obtuvo tu perdón y todas las gracias que has recibido de Dios -las luces, los llamados de su amor, las ayudas para vencer las tentaciones, los consuelos espirituales, las lágrimas, los sentimientos de compasión que has experimentado cuando pensando en el amor que tenía por ti, y en los sentimientos de dolor al recordar cómo lo has ofendido.

Tú, pues, mi Jesús, desde el principio de tu vida, tomaste sobre ti todos mis pecados, y te ofreciste a satisfacerlos con tus sufrimientos. Por tu muerte me libraste de la muerte eterna; mas tú has librado mi alma, para que no se pierda; has echado todos mis pecados detrás de tu espalda. (Isaías 38, 17) Tú, amado mío, en vez de castigarme por los insultos que he añadido a los que ya habías recibido, has ido añadiendo tus favores y misericordias hacia mí, para ganar mi corazón un día. Mi Jesús, este día ha llegado; Te amo con toda mi alma. ¿Quién debería amarte si no lo hago? Este es el primer pecado, mi Jesús, que Tú tienes que perdonarme, que he estado tantos años en el mundo sin amarte. Pero para el futuro haré todo lo posible para complacerte. Siento por Tu gracia un gran deseo de vivir sólo para Ti, y para separarme de todas las cosas creadas, también tengo un gran compungimiento por el disgusto que Te he causado. Este deseo y este dolor, yo veo, mi Jesús, son todo tu regalo. Continúa, pues, mi amor, a mantenerme fiel en Tu amor; porque Tú conoces mi debilidad. Hazme todo tuyo, como te has hecho todo mío. Te amo, mi único bien; Te amo, mi único amor; Te amo, mi tesoro, mi todo; Mi Jesús, te amo, te amo, te amo. Ayúdame, oh Madre de Dios.

MEDITACIÓN XXIV.

Deus Manoplas de Filium suum en similitudinecm carnis peccati, y de peccato damnavit peccatum in carne. Christus nos redentit de maledictolegis factus pro nobis maledictum, quia scriptum est: Maledictus omnis qui pendet in ligno.

"Dios enviando a su propio Hijo en semejanza de carne pecaminosa, incluso de pecado, ha condenado el pecado en la carne". Rm. 8, 3.

"Cristo nos redimió de la maldición de la ley, haciéndonos maldición por nosotros, porque está escrito: Maldito todo el que cuelga en un árbol". (Gal. 3, 13).

Por lo tanto vemos que Jesucristo deseó aparecer en el mundo como un culpable y un hombre acosado, colgado en la cruz para librarnos de la maldición eterna. ¡Padre eterno, por el amor de este Hijo tan querido para Ti, ten piedad de mí! Y Tú, Jesús, mi Redentor, que por Tu muerte me has liberado de la esclavitud del pecado en que nací, y de los pecados que he cometido desde mi bautismo, ah, cambia las miserables cadenas que alguna vez me unieron esclavo a Satanás en cadenas de oro, que puedan amarrarme a Ti con un amor santo. Levántate y manifiesta en mí la eficacia de tus méritos, cambiándome, pecador, en santo. He merecido estar ardiendo en el infierno por muchos años, pero espero por Tu infinita misericordia, por la gloria de Tu muerte, arder con Tu amor y ser todo tuyo. Deseo que mi corazón no ame a nadie más que a Ti. Venga tu reino. Reina, mi Jesús, reina sobre toda mi alma. Que Te obedezca solo, Te busque solo, Te desee solo. ¡Fuera de mi corazón, afectos terrenales! y venid, oh llamas de amor divino; ven y permanece solo para poseerme y consumirme por aquel Dios de amor que murió consumido por mí. Te amo, mi Jesús; Te amo, Oh dulzura infinita y mi verdadero amante, no tengo a nadie que me haya amado más que a ti; y por eso me doy y consagro a Ti, mi tesoro y mi todo.

MEDITACIÓN XXV.

Dilexit nos, et lavit nos a peccatis nostris en suo sanguine.
"Él nos amó y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre."
Apoc. 1, 5.

Entonces, mi Jesús, para salvar mi alma, tú preparaste un baño de tu sangre para limpiarla de la inmundicia de sus pecados. Si, entonces, nuestras almas han sido compradas por tu sangre, porque has sido comprado con gran precio (1Co 6, 20), es señal de que tú las amas mucho, y como las amas, Te ruego que ayudes a tus siervos, a quienes has redimido con tu preciosa sangre ... Es verdad que por mis pecados me he apartado de ti y te he perdido a sabiendas. Pero recuerda, Jesús mío, que me has comprado con tu sangre. ¡Oh, que esta sangre no haya sido dada en vano por mí, la cual fue derramada con tanto dolor y tanto amor!

Por mis pecados te he alejado, mi Dios, de mi alma, y he merecido Tu odio; pero tú has dicho que olvidarás los delitos de un pecador arrepentido, *pero si hace penitencia ... no me acordaré de todas sus iniquidades* (Ezequiel 18, 21) y aun agrega, *amo a los que me aman.* (Pr 8, 17) Te ruego, pues, mi Jesús, que olvides todas las heridas que te he ofrecido y me ames; mientras yo también te amaré más que a mí mismo, y me arrepentiré por encima de todas las cosas por haberte ofendido. Ah, mi amado Señor, por causa de la sangre que Tú has derramado por mi amor, no me odies más, sino ámame. No me basta que me perdones el castigo que merezco, deseo amarte y ser amado por ti. Oh Dios, que eres todo amor, toda bondad, únete a mí y átame a ti, y no permitas que me separe de ti, y aunque merezca tu odio. Mi Jesús, mi amor, que yo seré todo tuyo, y deseo que Tú seas todo mío.

MEDITACIÓN XXVI

Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.

"Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, e incluso la muerte de la cruz".

Flp. 2, 8.

¿Qué gran cosa es que los mártires han hecho en dar su vida por Dios, mientras que este Dios se ha humillado hasta la muerte de la cruz por su amor? Para rendir una justa devolución por la muerte de un Dios, no sería suficiente sacrificar la vida de todos los hombres; la muerte de otro Dios por su amor solo lo compensaría. ¡Oh Jesús mío! permíteme, pobre pecador, decirte a Ti, con Tu verdadero amante, San Francisco de Asís: "Que muera, oh Señor, por el amor de tu amor, como has dignado morir por el amor de mi amor." ¡Es cierto, mi Redentor, que hasta ahora, por el amor de mis propios placeres, infeliz que soy! He renunciado a Tu amor. ¡Ojalá hubiera muerto antes y nunca te hubiera ofendido! Te doy gracias porque me das tiempo para amarte en esta vida, para después amarte a ti por toda la eternidad. Ah, recordadme continuamente, Jesús mío, de la ignominiosa muerte que has sufrido por mí, para que nunca olvide amarte en consideración al amor que me has dado. Te amo, bondad infinita; Te amo, mi supremo bien; a ti me doy por completo, y por el amor que te hizo morir por mí, aceptas mi amor, y me dejas morir, destruirme, antes que nunca permitirme dejar de amarte. Te diré, con San Francisco de Sales: "Amor eterno, mi alma te busca y te escoge por toda la eternidad: ven, oh Espíritu Santo, inflama nuestros corazones con tu amor, ya sea para amar o para morir. Morir a todos los demás afectos, vivir sólo por el amor de Jesús". (Amor de Dios, libro XII, capítulo 13)

MEDITACIÓN XVII.

Charitas enim Christi urget nos
"La caridad de Cristo nos apremia".
2. Cor. 5, 14.

¡Qué tiernas y llenas de unción son las palabras con que San Francisco de Sales comenta este pasaje en su libro del amor divino! "Oye Teotimo", dice; "nada fuerza y presiona el alma del hombre tanto como el amor: si un hombre sabe que es amado por alguien, se siente obligado a amarlo, pero si un campesino es amado por un señor, es más fuertemente forzado; y si por un monarca, ¡cuánto más!, sabed, pues, que Jesús, el verdadero Dios, nos ha amado hasta el punto de sufrir la muerte, la muerte de la cruz por nosotros. No es esto como para poner nuestros corazones debajo de una prensa, y sentirlos exprimidos y aplastados para forzar nuestro amor con una violencia que es tanto más fuerte por ser tan amorosa.

¡Ah!, Jesús mío, ya que deseas ser amado por mí, recuérdame siempre el amor que me has dado, y de los dolores que has sufrido para mostrarme este amor. Que el recuerdo de ellos esté siempre presente en mi mente y en la mente de todos los hombres, porque es imposible creer lo que has sufrido para obligarnos a amarte, y sin embargo no te amamos. Hasta ahora la causa de mi vida negligente y perversa ha sido que no he pensado en el afecto que Tú, mi Jesús, has tenido por mí. Todo este tiempo, sin embargo, sabía el gran desagrado que mis pecados te dieron, y sin embargo seguí multiplicándolos. Cada vez que lo recuerde, me gustaría morir de dolor por ello, y yo ahora no debería tener valor para pedirte perdón, si no supiera que moriste para obtener perdón por mí. Me has soportado, para que al ver lo malo que te he hecho, y de la muerte que Tú has sufrido por mí, mi dolor y amor hacia Ti sean aumentados. Me arrepiento, mi querido Redentor, con todo mi corazón, por haberte ofendido y Te amo con toda mi alma. Después de tantos signos de tu afecto, y después de las muchas misericordias que me has mostrado, te prometo que no amaré a nadie sino a Ti. Te amaré con todas mis fuerzas; Tú eres mi Jesús, mi amor, mi todo. Tú eres mi amor, porque en Ti he puesto todas mis afecciones, Tú eres mi todo, porque no tendré otro que Tú. Concede, pues, que siempre, tanto en la vida como en la muerte, y por toda la eternidad, pueda siempre llamarte Dios, mi amor y mi todo.

MEDITACIÓN XXVIII.

Charitas enim Christi tirget nos.
"La caridad de Cristo nos apremia".
2 Cor. 5, 14.

Consideremos de nuevo la fuerza de estas palabras. El Apóstol quiere decir que no es tanto el pensamiento de todo lo que Cristo ha sufrido por nosotros, lo que debe obligarnos a amarlo, como el pensamiento del amor que nos ha mostrado al querer sufrir tanto por nosotros. Este amor hizo que nuestro Salvador dijera, mientras aún estaba vivo, que estaba muriendo con el deseo de que el día de su muerte se acercara para hacernos conocer el amor ilimitado que él tenía por nosotros. ¡Tengo un bautismo con el cual voy a ser bautizado, y que angustiado estoy hasta que se cumpla! (Lucas 12, 50) Y el mismo amor le hizo decir en la última noche de su vida: *Con deseo, he deseado comer esta pascua con usted antes de que sufra.* (Lucas 22, 15)

Tan grande, pues, mi Jesús, era el deseo de que tuvieses que ser amados por nosotros, para que por toda tu vida no quisieras sino sufrir y morir por nosotros, y así ponernos bajo la necesidad de amarte por lo menos de gratitud por tanto amor. ¿Tienes tanta sed por nuestro amor? ¿Cómo es, pues, que tan poco deseamos de Ti? ¡Ay, que tonto he sido hasta este momento! No sólo no he deseado tu amor, sino que he traído sobre mí tu odio al perder el respeto por ti. Mi querido Redentor, conozco el mal que he hecho, lo detesto por encima de todos mis otros pecados, y lo siento desde el fondo de mi corazón. Ahora deseo tu amor más que todos los bienes del mundo. Mi mejor y único tesoro, te amo por encima de todas las cosas, te amo más que a mí mismo, te amo con toda mi alma, y no deseo nada más que amarte y ser amado por ti. Olvídate, Jesús mío, de las ofensas que he cometido contra ti; tú también me amas y me amas en extremo, para que te ame en gran manera. Tú eres mi amor, Tú eres mi esperanza, Tú sabes cuán débil soy Yo; ayúdame, Jesús, amor mío; ayúdame, Jesús, mi esperanza. Socórreme también con tus oraciones, oh María, gran Madre de Dios.

MEDITACIÓN XXIX.

Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicissuis.
"Nadie tiene mayor amor que el que dá su vida por sus amigos."
Juan 15, 13.

¡Qué más, oh alma mía! ¿podría tu Dios hacer que dar su vida para hacerte amarle? Dar su vida es la mayor señal de afecto que un hombre puede dar a otro hombre que es su amigo. ¡Pero qué amor debe haber sido lo que nuestro Creador nos ha mostrado, al elegir morir por nosotros sus criaturas! Esto es lo que San Juan estaba considerando cuando escribió: *En esto hemos conocido la caridad de Dios, porque Él ha dado su vida por nosotros.* (Juan 3, 16) De hecho, si la fe no nos enseña que un Dios ha querido morir para mostrarnos su amor, ¿quién habría podido creerlo? Ah, mi Jesús, creo que has muerto por mí y por eso confieso que merezco mil infiernos por haber pagado con insultos e ingratitud el amor que me has dado al dar Tu vida por mí. Doy gracias a tu misericordia, que ha prometido perdonar a los que se arrepienten. Confiando, pues, en esta dulce promesa, espero perdón de Ti, arrepintiéndome de todo corazón por haber despreciado tan a menudo tu amor. Pero como tu amor no me ha abandonado, vencido por tu amor, me consagro a ti. Tú, mi Jesús, has terminado Tu vida muriendo en agonía en una cruz; y ¿qué recompensa puedo darte yo, criatura miserable? Te consagro mi vida, aceptando con amor todos los sufrimientos que me vienen de Tu mano, tanto en la vida como en la muerte. Enternecido y confundido por la gran misericordia que Tú has usado hacia mí, yo me aferro tu cruz; a tus pies viviré y moriré. Ah, mi Redentor, por el amor que me has dado al morir por mí, no me permitas jamás separarme de Ti. Hazme vivir siempre y morir en tu abrazo. Mi Jesús, mi Jesús, repito, hazme vivir siempre y morir unido a Ti.

MEDITACIÓN XXX.

Et ego, si exaltatusfuero a terra, omnia traham ad me ipsum.

"Y Yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí. "
Juan 12, 32.

¿Has dicho, entonces, mi Salvador, cuando colgabas en la cruz que atraerías todos nuestro corazón a Ti; ¿por qué durante tantos años mi corazón se ha alejado de Ti? Ah, no es tu culpa. ¿Cuántas veces me has llamado a Tu amor y me he vuelto sordo? ¿Cuántas veces me has perdonado y me has advertido cariñosamente con remordimientos de conciencia para no volver a ofenderte, y he repetido mi ofensa? Ah, Jesús mío, no me envíes al infierno, porque allí estaría maldiciendo por siempre estas gracias que Tú me has dado; para que estas gracias, las iluminaciones que me has dado, tus llamadas, tu paciencia en soportarme, la sangre que derramaste para salvarme, sería el más cruel de todos los tormentos del infierno. Pero ahora te ruego que me llames de nuevo, y lo hagas con el mayor amor, como si nunca te hubiera ofendido: *Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón.* (Mateo 22, 37) Tú me ordenas que te ame, y que te ame de todo corazón. Pero si no me ordenaste, oh Jesús! ¿cómo podría vivir sin amarte, después de tantas pruebas de tu amor? Sí, te amo, mi supremo bien; te amo con todo mi corazón. te amo porque me ordenas que te ame. Te amo porque eres digno de amor infinito. Te amo, y no deseo nada más que amarte, y nada más temo sino estar separado de ti, y vivir sin tu amor. Ah, mi amor crucificado, no permitas que jamás deje de amarte. Llama a mi recuerdo la muerte que has sufrido por mí. Recuérdame las caricias que Tú me has hecho, y que el recuerdo de ellas me anime cada vez más a amarte y a pasar contigo, que te has gastado como víctima de amor en la cruz por mí.

MEDITACIÓN XXXI

Qui etiam proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?

"El que no perdonó ni a su propio Hijo unigénito, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él también ...todas las cosas"
Romanos 8, 32.

¿Qué llamas de amor no deben encender estas palabras en nuestros corazones: ¡Le entregó por todos nosotros! "(Rm. 8,32) La justicia divina, ofendida por nuestros pecados, debe ser satisfecha, por lo tanto, ¿qué hace Dios? Para perdonarnos, quiere que su Hijo sea condenado a muerte, y que él mismo pague el castigo que nosotros le debemos: no escatimó a su Hijo unigénito (Romanos 8, 32) ¡O Dios! Si el eterno Padre fuere capaz de sufrir, qué pena no habría experimentado condenando a muerte, por los pecados de sus siervos, a su bien amado e inocente Hijo. Imaginemos que vemos al Padre eterno, con Jesús muerto en sus brazos, y diciendo: Por la maldad de mi pueblo lo he herido. (Isaías 53, 8) Correctamente San Francisco de Paula exclama, en éxtasis de amor, al meditar en la muerte de Jesucristo, "¡Oh amor! ¡Oh amor! ¡Oh amor! "Por otra parte, ¿con qué confianza no deberían inspirarnos las siguientes palabras: ¿Cómo con él nos ha dado Dios todas las cosas? (Romanos 8:32) ¿Y cómo, Dios mío, no debería temer que no me des el perdón, la perseverancia, Tu amor, Tu Paraíso, y todas las gracias que puedo esperar, ahora que Tú me has dado lo que es más querido para Ti, tu propio Hijo? Yo sé lo que debo para obtener todo bien de Ti, debo pedirlo por el amor de Jesucristo, de este mismo Jesucristo me asegura: Amén, amén, te digo, si pides algo al Padre en mi nombre, Él te lo dará. (Jn. 16, 23)

Mi Dios supremo y eterno, he despreciado hasta ahora tu majestad y bondad, ahora te amo por encima de todas las cosas, y porque te amo, me arrepiento de todo corazón de haberte ofendido, y prefiero aceptar cualquier castigo que nunca ofenderte. Perdóname, y concédeme las gracias que ahora te pido, confiando en la promesa de Jesucristo. En el nombre de Jesucristo, te suplico que me des la santa perseverancia hasta la muerte, dame un amor puro y perfecto hacia Ti, dame una conformidad completa a Tu santa voluntad, dame finalmente el Paraíso. Pido por todos, y espero por todos, de Ti por los méritos de Jesucristo. No merezco nada; yo soy digno de castigo, no de gracias, pero no niegas nada a los que te rezan por el amor de Jesucristo. Ah, Dios mío, veo que quieres que sea todo tuyo; yo también quiero ser Tuyo, y no temeré que mis pecados me impidan ser todo tuyo, Jesucristo ya ha satisfecho por ellos, y Tú, además, estás listo, por el amor de Jesucristo, a darme todo lo que yo deseo. Este es mi deseo y mi petición; ¡Dios mío, escúchame! Quiero amarte, amarte en extremo; y ser todo tuyo. Santísima María, ayúdame.

MEDITACIÓN XXXII.

Nos autem praedicamus Christum crucifixum, Judaeis quidem scandalum, Gentibus autein stultitiam.

"Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, a los judíos, ciertamente, una piedra de tropiezo, y para los gentiles una necedad".

1Cor. 1, 23.

San Pablo nos asegura que los gentiles, al oírlo predicar que el Hijo de Dios había sido crucificado por la salvación de la humanidad, considerábanlo insensatez: Para los gentiles una locura (1Co. 1, 23); como si dijeran: ¿Quién puede creer tal locura, que un Dios hubiera querido morir por el amor de sus criaturas? "Parece una cosa tonta", dice San Gregorio, "que un Dios quiera morir por la salvación del hombre". (En Evang, Hom. 6) Santa María Magdalena de Pazzi, también enamorada, exclama en éxtasis: ¿No sabéis, hermanas mías, que mi Jesús no es más que amor? más bien está loco de amor. Yo digo que estás loco de amor, mi Jesús, y yo siempre lo digo. ¡Amado Redentor! ¡Oh, que yo pudiera poseer los corazones de todos los hombres, y con ellos amarte como Tú mereces ser amado! Oh Dios de amor, ¿por qué, después de haber derramado toda tu sangre en este mundo y dado tu vida por el amor de la humanidad, -por qué, digo, hay tan pocos hombres que arden con tu amor? Para este fin has venido, es decir, para encender en nuestros corazones el fuego de Tu amor, y Tú no deseas nada más que verlo encendido. *He venido a echar fuego sobre la tierra, y ¿cuánto desearía que ya hubiera prendido?* (Lucas 12, 49) Pido, pues, con la Santa Iglesia, en mi nombre y en el nombre de todos los que viven, enciende en ellos el fuego de tu amor; enciéndelos, enciéndelos, enciéndelos! Dios mío, Tú eres toda bondad, todo amor, toda dulzura infinita, ilimitado en amor; hazte conocer a todos, haz que seas amado. No me avergüenzo de orar así a Ti, aunque hasta ahora he sido más culpable que otros al despreciar Tu amor, porque ahora, iluminado por Tu gracia, y herido por las muchas flechas de amor que has lanzado desde Tu ardiente y amoroso corazón en mi alma, estoy decidido a no ser más ingrato contigo como lo he sido hasta ahora; pero te amaré con todas mis fuerzas, deseo arder con tu amor, y esto me has de conceder. No busco consuelos sensibles en amarte; no los merezco, ni los pido; es suficiente para mí amarte. Te amo, mi bien soberano; Te amo, mi Dios y mi todo.

MEDITACIÓN XXXIII.

Posuit Domimis in eo iniquitatem omnium nostrum … , et voluit conterere eum.

"El Señor ha puesto sobre él la iniquidad de todos nosotros ... Y el Señor ha querido matarle"

Isa. 53, 6.10.

¡Contempla la extensión del amor divino hacia el hombre! El Padre eterno carga los hombros de su Hijo con nuestros pecados; y se complacía en herirlo. (Lucas 12,49). Quiso que su propio hijo sufriera con el mayor rigor todo el castigo que se nos debía, haciéndole morir en una cruz ignominiosa abrumado de tormentos. El apóstol es justo, entonces, al hablar de este amor, llamarlo demasiado amor para ordenar que recibamos la vida a través de la muerte de su amado Hijo. Por su excesiva caridad, con la cual nos amó, aun estando muertos en pecados, nos ha vivificado en Cristo. (Efesios 2, 5)

Tú, pues, Dios mío, me has amado demasiado, y he sido demasiado ingrato para ofenderte y darte la espalda. Ah, eterno Padre, mira a tu único engendrado, mutilado y muerto en esa cruz por mí, y por amor, perdóname y atrae mi corazón totalmente a Ti para amarte. Un corazón contrito y humilde, oh Dios, no despreciarás. (Sal.1, 19) Por el amor de Jesucristo que murió por nuestros pecados, no puedes despreciar a un alma que se humilla y se arrepiente. Sé que merezco mil infiernos, pero me arrepiento de todo corazón por haberte ofendido, bien supremo. No me rechaces, pero ten piedad de mí. Pero no me contento con un simple perdón; deseo que me des un gran amor por Ti, para que pueda compensar todas las ofensas que he cometido contra Ti. Te amo, bondad infinita, te amo, oh Dios del amor. Es muy poco si debo morir y aniquilarme por Tu amor. Deseo saber cómo amarte como lo mereces. Pero tú sabes que no puedo hacer nada; hazme agradecido por el inmenso amor que Tú has tenido por mí. Te lo suplico por el amor de Jesús, tu Hijo. Concede que yo pueda vencer todo en esta vida para complacerte, y que en la muerte pueda expirar totalmente unido a Tu voluntad, y así llegar a amarte a Ti cara a cara con un amor perfecto y eterno en el Paraíso.

MEDITACIÓN XXXIV.

Ego sum Pastor bonus. Bonus Pastor anitnam suam dat pro ovibus suis.

"Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas."
Juan 10, 11.

Mi Jesús, ¿qué dices? ¿Qué pastor daría su vida por sus ovejas? Sólo tú, porque eres un Dios de amor infinito, puedes decir: Y doy mi vida por mis ovejas. (Juan 10, 15) Sólo tú has podido mostrar al mundo este exceso de amor, que siendo nuestro Dios y nuestro Señor supremo, has querido morir por nosotros. Fue de este exceso de amor que Moisés y Elías hablaron en el Monte Tabor: Hablaron de su fallecimiento que debía cumplir en Jerusalén. (Lucas 9,31) Por lo tanto, San Juan nos exhorta a amar a un Dios que fue el primero en amarnos: *Por lo tanto, amemos a Dios porque Dios primero nos ha amado* (1 Juan 4, 19) Como si dijera: Si no amamos a este Dios por su infinita bondad, amémoslo por lo menos por el amor que nos ha dado al sufrir voluntariamente los dolores que nos fueron debidos. Recuerda, pues, Jesús mío, que soy una de esas ovejas por las que has dado Tu vida. Ah, arroja sobre mí una de esas miradas de compasión con que me miraste una vez cuando te morías en la cruz por mí; mírame, cámbiame, y sálvame. Te has llamado a ti mismo el Pastor amoroso que, encontrando a la oveja perdida, la toma con gozo y la lleva sobre sus hombros, y luego llama a sus amigos a regocijarse con él: *Regocijaos conmigo, porque he encontrado las ovejas que estaban perdidas.* (Lucas 15, 6) He aquí, yo soy la oveja perdida; buscadme y encontradme: me he extraviado como una oveja que está perdida; ven en busca de tu siervo. (Salmo 118, 176) Si por mi culpa no me has encontrado todavía, tómame ahora y úneme y átame a ti, para que no me pierdas de nuevo. El lazo debe ser el de tu amor; si no me atas con esta dulce cadena, me perderás de nuevo. Ah, no eres Tú quien ha querido unirme por amor santo; pero yo, un desgraciado ingrato, que ha huido continuamente de Ti. Pero ahora te ruego por la infinita misericordia que te hizo descender a la tierra para encontrarme. Ah, líbrame; pero átame con una doble cadena de amor, para que no me pierdas de nuevo, y para que no te pierda más. Renuncio a todos los bienes y placeres del mundo, y me ofrezco a sufrir cada dolor, cada muerte, siempre y cuando viva y muera siempre unido a Ti. Te amo, mi dulce Jesús; Te amo, mi buen pastor, que has muerto por tus ovejas perdidas; pero sé que esta oveja te ama ahora más que a sí mismo, y no desea nada más que amarte y ser consumido por tu amor. Ten piedad de él, y no permitas que me separe de ti.

MEDITACIÓN XXXV.

Ego pono animam meam … Nemo tollit eam a me, sed ego pono eam a meipso.

"Porque doy mi vida ... Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente."
Juan 10, 17-18.

Entonces, el Verbo Encarnado, impulsado solo por el amor que él tiene hacia nosotros, acepta la muerte de la cruz para dar al hombre la vida que había perdido. He aquí, dice Santo Tomás, un Dios hace por el hombre más de lo que podría haber hecho si el hombre hubiera sido (por así decirlo) su Dios, y como si Dios nunca hubiera podido ser feliz sin el hombre. "Como si", estas son las palabras del santo, "el hombre había sido Dios de Dios, como si Dios no pudiera ser feliz sin él". (Opusc 63: 7) Pecamos, y por el pecado merecíamos el castigo eterno; y ¿qué hace Jesús? Él toma sobre sí la obligación de la satisfacción, y nos paga por sus sufrimientos y su muerte: Ciertamente él ha llevado nuestras enfermedades y ha llevado nuestras penas. (Isaías 53, 4) ¡Ah, Jesús mío, porque he sido causa de toda la amargura y angustia que sufriste mientras vivías en esta tierra, te ruego que me hagas compartir el dolor que Tú sentías por mi pecados, y dame confianza en Tu Pasión. ¿Qué habría sido de mí, mi Señor, si no te hubieras dignado satisfacer por mí? Oh majestad infinita, me arrepiento de todo corazón por haberme indignado; pero espero de ti misericordia, que eres la bondad infinita. Levántate, oh Salvador del mundo, y aplica a mi alma el fruto de tu muerte, y de un rebelde ingrato, hazme convertirme en un hijo tan verdadero que te ame solo a Ti, y no tema más que disgustarte. Que ese mismo amor que te hizo morir en la cruz por mí destruya en mí todos los afectos terrenales. Mi Jesús, lleva todo mi cuerpo a ti de tal manera que sólo sirva para obedecerte; toma mi corazón, para que no desee nada más que Tu placer; toma toda mi voluntad, para que no quiera más que lo que es según tu voluntad. Te abrazo y Te meto en mi corazón, mi Redentor. Ah, no desprecies me pueda unir a Ti. Te amo, oh Dios de amor. Te amo, mi único bien. ¿Cómo podría yo tener el corazón para dejarte de nuevo, ahora que me has enseñado cuánto me has amado, y cuántas misericordias me has mostrado, cambiando los castigos que me debían en gracias y caricias? Santísima Virgen, obténme la gracia de ser agradecido con tu Hijo.

MEDITACIÓN XXXVI.

Delens quod adversus nos crat chirographum decreti, quod erat contrarium nobis, et ipsum tulit de medio, affigens illud cruci.

"Canceló la nota de cargo que había contra nosotros, … y la quitó de en medio clavándola en la cruz ". Col. 2, 14.

La sentencia ya estaba registrada contra nosotros, que debía condenarnos a la muerte eterna, como rebeldes de la ofendida Majestad de Dios. ¿Y qué ha hecho Jesucristo? Con su sangre ha cancelado la redacción de la condena y, para librarnos de todo temor, la ha sujetado a su propia cruz, sobre la cual murió para satisfacernos por la justicia divina. Mi alma, he aquí la obligación de que tú estás bajo tu Redentor; y oíd cómo el Espíritu Santo os recuerda ahora: No olvidéis la bondad de tu seguridad. (Eclesiastés 29, 20) No olvides la bondad de tu seguridad, que, tomando sobre ti tus deudas, te las ha pagado; y he aquí, la nota de cargo ya ha sido fijada a la cruz. Cuando, pues, te acuerdes de tus pecados, mira la cruz y confía; mira esa madera sagrada manchada con la sangre del Cordero de Dios sacrificada por tu amor, y espera y ama a un Dios que tanto te ha amado. Sí, mi Jesús, espero todo de Tu bondad infinita. Es propiedad de tu naturaleza divina rendir bien al mal a los que se arrepienten de sus pecados, se arrepienten de haberlos cometido y de quienes te aman. Sí, lo siento por encima de todas las cosas, mi amado Redentor, por haber despreciado tanto tu bondad, y herido tu amor, te amo, y deseo ardientemente complacerte en todo lo que es tu voluntad. ¡Ay! cuando estaba en pecado, yo era siervo del diablo, y él era mi amo. Ahora que espero permanecer en Tu gracia, Tú solo, mi Jesús, eres el único Señor de mi corazón, y mi único Amor. Toma posesión de mí, entonces; cuídame siempre, poséeme por completo; porque sólo tuyo quiero ser. No, jamás olvidaré los dolores que has sufrido por mí; así seré cada vez más inflamado, y aumentaré en Tu amor. Te amo, mi querido Redentor; Te amo, oh Palabra Encarnada; mi tesoro, mi todo, te amo, te amo.

MEDITACIÓN XXXVII

Si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum, et ipse est propitiatio pro peccatis nostris.

"Pero si alguno peca, tenemos un Abogado con el Padre, Jesucristo el Justo, y él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no solo por los nuestros, sino también por los del mundo entero."

1 Juan 2, 1

¡Oh, ¡qué gran confianza dan estas palabras a los pecadores arrepentidos! Jesucristo está en el cielo, defendiendo su causa, y está seguro de obtener perdón por ellos. El diablo, cuando un pecador ha escapado de sus cadenas, lo tienta a dudar de obtener el perdón. Pero San Pablo lo anima, diciendo: *¿Quién es el que condenará? Jesucristo que murió, ... que también intercede por nosotros.* (Romanos 8, 34) El apóstol quiere decir: Si detestamos los pecados que hemos cometido, ¿por qué tememos? ¿Quién es el que nos condenará? Es Jesucristo, el mismo que murió, para que no seamos condenados, y que está ahora en el cielo, donde está defendiendo nuestra causa. Él continúa diciendo: *¿Quién nos separará entonces del amor de Cristo? (*Romanos 8: 35) Como si dijera: "Pero después de haber sido perdonados con tanto amor por Jesucristo, y recibidos en su gracia, quien podría tener el corazón de darle la espalda y separarse de su amor No, mi Jesús, ya no confío en mí para vivir separado de Ti y privado de Tu amor. Lloro por los infelices días en que viví sin Tu gracia. Ahora espero que Tú me perdonaste. Te amo, y Tú me amas. Pero Tú amas con un amor ilimitado, y Te amo tan poco; dame más amor Infinita bondad, me arrepiento sobre todas las cosas por haberte tratado tan mal hasta ahora; ahora te amo por encima de todas las cosas, te amo más que a mí mismo; y me complazco más, Dios mío, al saber que Tú eres infinitamente bendecido más que en mi propia felicidad, porque Te amo mejor, como Tú eres, digno de amor infinito que yo, que no merezco nada excepto el infierno. Mi Jesús, no deseo nada de Ti, sino a Ti mismo.

MEDITACIÓN XXXVIII

Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.

"Venid a mí, todos los que trabajáis, y estáis sobrecargados, y os refrescaré".
Mt. 11, 28.

Escuchemos a Jesucristo, que desde la cruz a la que está clavado, y desde el altar donde reside bajo la especie sacramental, nos llama pobres pecadores afligidos para consolarnos y enriquecernos con sus gracias. ¡Oh, qué grandes misterios de esperanza y de amor para nosotros es la Pasión de Jesucristo y el Sacramento de la Eucaristía! - misterios que, si la fe no nos hacía seguros de ellos, sería increíble. ¡Que Dios se digna a derramar hasta la última gota de su sangre! (para esto es la significación de *effundetur).* Esta es Mi Sangre ... que será derramada por muchos. (Mateo 26, 28) ¿Y por qué? Para expiar nuestros pecados. ¡Pero entonces, querer dar su propio cuerpo como alimento para nuestras almas, ese cuerpo que ya había sido sacrificado en la cruz para nuestra salvación! Estos sublimes misterios deben suavizar seguramente los corazones más duros, y levantar a los pecadores más desesperados. Por último, el Apóstol dice que en Jesucristo estamos enriquecidos con todo bien, de modo que no nos falte gracia: todas las cosas se enriquecen en él ... para que nada les falte en gracia. (1Co 1, 5) Basta con que invoquemos a este Dios para que tenga misericordia de nosotros; y abundará en gracia a todos los que le oren, como nos asegura el mismo apóstol: *Rico para todos los que le invocan. (*Romanos 10, 12) Si, pues, mi Salvador, tengo razones para desesperar de perdón por las ofensas y traiciones de las que he sido culpable hacia Ti, todavía tengo mayores razones para confiar en Tu bondad. Mi padre yo te he abandonado, como un hijo ingrato; pero ahora regreso a tus pies, lleno de dolor y cubierto de confusión por las muchas misericordias que Tú me has mostrado; y digo con vergüenza, Padre, que no soy digno de ser llamado Tu hijo. (Lucas 15,21) Tú dijiste que hay regocijo en el cielo cuando un pecador se convierte: "Habrá gozo en el cielo por solo un pecador que se convierte. " (Lucas 15,7) He aquí, yo os dejo todo y me vuelvo a Ti, mi Padre crucificado; me arrepiento de todo corazón por haberte tratado con tal desprecio al darte la espalda. Recibidme nuevamente en tu gracia, e inflamadme con Tu santo amor, para que jamás te vuelva a dejar. Tú has dicho: Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia. (Juan 10,10) Por lo cual espero recibir de Ti, no sólo Tu gracia como la gozaba antes que te ofendiera, sino una gracia más abundante, la cual me hará encender con Tu amor. ¡Oh, que pudiera amarte, Dios mío, como mereces ser amado! Te amo por encima de todas las cosas. Te amo más que a mí mismo. Te amo con todo mi corazón; y aspiro al cielo, donde te amaré por toda la eternidad. ¿Qué hay para mí en el cielo, y además de ti lo que he deseado en la tierra? Oh Dios, Dios de mi corazón y mi porción para siempre. (Salmo 72, 25) Ah, Dios de mi corazón, toma y guarda posesión de todo mi corazón, y aleja de él toda afección que no te pertenezca. Tú eres mi único tesoro, mi único amor. Te deseo solo a Ti, y nada más. Oh María, mi esperanza, por tus oraciones, atráeme todo a Dios.

Máximas para la dirección de un alma que desea alcanzar la perfección en el amor de Jesucristo.

1. Desear ardientemente aumentar en el amor de Jesucristo.

2. Hacer actos de amor hacia Jesucristo a menudo. Inmediatamente al despertar, y antes de ir a dormir, hacer un acto de amor; buscando siempre unir la propia voluntad a la voluntad de Jesucristo.

3. Meditar en su pasión a menudo.

4. Siempre pedir a Jesucristo su amor.

5. Comunicarse a menudo, y muchas veces en el día para hacer comuniones espirituales.

6. Con frecuencia visitar el Santísimo Sacramento.

7. Cada mañana recibir de las manos de Jesucristo mismo tu propia cruz.

8. Desear el Paraíso y la muerte, para poder amar a Jesucristo perfectamente y por toda la eternidad.

9. A menudo hablar del amor de Jesucristo.

10. Aceptar contradicciones por el bien de Jesucristo.

11. Regocijarse en la felicidad de Dios.

12. Hacer lo que es más agradable a Jesucristo, y no rechazarle nada que le sea agradable.

13. Desear y procurar que todos amen a Jesucristo.

14. Orar siempre por los pecadores y por las almas en el purgatorio.

15. Sacar de tu corazón todo afecto que no pertenezca a Jesucristo.

16. Siempre recurrir a la Santísima María, para que nos obtenga el amor de Jesucristo.

17. Honrar a María para agradar a Jesucristo.

18. Buscar agradar a Jesucristo en todas tus acciones.

19. Ofrecerse a Jesucristo para sufrir cualquier dolor por su amor.

20. Estar siempre decidido a morir antes que a cometer un pecado venial deliberado.

21. Sufrir pacientemente las cruces, diciendo: "Así agrada a Jesucristo".

22. Renunciar a los propios placeres por el amor de Jesucristo.

23. Orar tanto como sea posible.

24. Practicar todas las mortificaciones que la obediencia permite.

25. Hacer todos los ejercicios espirituales como si fuera por última vez.

26. Perseverar en las buenas obras en el tiempo de aridez.

27. No hacer ni dejar de hacer nada a través del respeto humano.

28. No quejarse por enfermedad.

29. Amar la soledad, para poder conversar solos con Jesucristo.

30. Alejar la melancolía.

31. A menudo, recomendar a las personas que aman a Jesucristo.

32. En la tentación, recurrir a Jesús crucificado, y a María en las penas.

33. Confiar totalmente en la Pasión de Jesucristo.

34. Después de cometer una falta, no desalentarse, sino arrepentirse y resolver enmendarlo.

35. Hacer el bien a los que hacen el mal.

36. Hablar bien de todos, y excusar la intención cuando no puedes defender la acción.

37. Ayudar a tu prójimo tanto como puedas.

38. No decir ni hacer nada que pueda molestar a tu prójimo. Y si has estado carente de caridad, pedirle perdón y hablarle amablemente.

39. Siempre hablar con suavidad y en un tono bajo.

40. Ofrecer a Jesucristo todos los desprecios y persecuciones con que te encuentres.

41. Considerar a los Superiores como representantes de Jesucristo.

42. Obedecer sin responder y sin repugnancia, y no buscar tu propia satisfacción en nada.

43. Apreciar los empleos más bajos.

44. Gustar las cosas más pobres.

45. No hablar ni bien ni mal de ti mismo.

46. Humillarse incluso hacia los inferiores.

47. No excusarse cuando se te corrige.

48. No defenderse cuando se te encuentra culpa.

49. Estar en silencio cuando estás inquieto.

50. Siempre renovar tu determinación de ser santo, diciendo: "Jesús mío, deseo ser todo tuyo, y tú todo mío".

HIMNO.
El Alma suspira por Jesús.

Este corazón mío está suspirando,
Y sin embargo no sé por qué;
Sus suspiros con amor están cargados,
Pero ¿adónde vuelan?

Mi corazón tembloroso, oh, dime,
¿Por qué estos suspiros ardientes?
"Yo suspiro por Dios,
languidezco por Jesús",
responde.

Suspira mi corazón, y no cesa
Con suspiros de amor para hincharse;
Pasa toda su vida en el amor de Aquel
que le ama tan bien.

Suspira, y deja que solo Jesús
posea tu pecho,
Y toda tu esperanza en María
con espíritu infantil descansa.

Envía tus suspiros como flechas
Para herir el corazón de tu conquistador
Entonces espera los dones
que la bondad de su bondad puede impartir.

Mis temblorosos suspiros, ah, apresurad,
A Jesús se apresuran;
Entonces, a sus pies, refúgiate,
y quédate ahí para siempre.

Di que un corazón ardiendo
con amor te ha enviado allí;
Y pide lo que quieras,
porque él concederá tu oración.

Amarle con todo tu ser
es todo el don que demanda;
Pide, -porque a aquel quien lo ama.
Ninguna oración le puede rechazar Dios.

FIN

Índice

MEDITACIÓN I. MISTERIOS DE LA FE. LA ENCARNACIÓN 7
MEDITACIÓN II. El Amor de Dios manifestado en la Encarnación del Verbo 9
MEDITACIÓN III. Del Amor de Dios por el hombre 11
MEDITACIÓN IV. Dios envió a su hijo. 13
MEDITACIÓN V. Tomando forma de siervo. 15
MEDITACIÓN VI. Señor creador de cosas nuevas 17
MEDITACIÓN VII. La vida en el espíritu 19
MEDITACIÓN VIII. La salvación en Cristo. 21
MEDITACIÓN IX. Vivir en el amor como Dios nos amó. 23
MEDITACIÓN X. Jesús varón de Dolores, despreciado… 25
MEDITACIÓN XI. Jesús cargó con nuestras iniquidades. 27
MEDITACIÓN XII. Súplica en la desgracia. 29
MEDITACIÓN XIII. Jesús ante su pasión 31
MEDITACIÓN XIV. Provecho de la sangre de Cristo 33
MEDITACIÓN XV. Nacimiento de Jesús en un pesebre. 35
MEDITACIÓN XVI. Las gracias encontradas en Jesucristo. 37
MEDITACIÓN XVII. Triunfo de los justos 39
MEDITACIÓN XVIII. El amor de Dios. 41
MEDITACIONES PARA LA NOVENA ANTES DE LA NAVIDAD 43
MEDITACIÓN I. Dios ha entregado a su unigénito para nuestra salvación. 44
MEDITACIÓN II. Amargura en el corazón de Jesús en el vientre de María. 46
MEDITACIÓN III. Jesús se ha hecho niño para ganar nuestra confianza y amor. 48
MEDITACIÓN IV. La Pasión de Jesús duró toda su vida. 50
MEDITACIÓN V. Jesús se ofrece a sí mismo desde el principio por 52

nuestra salvación. 52

MEDITACIÓN VI. Jesús prisionero en el vientre de María 54
MEDITACIÓN VII. La tristeza que la ingratitud del hombre ha causado a Jesús. 56
MEDITACIÓN VIII. El amor de Dios manifestado al hombre por el nacimiento de Jesús 58
MEDITACIÓN IX. San José va a Belén con su santa esposa. 60
MEDITACIONES PARA LA OCTAVA DE NAVIDAD HASTA LA EPIFANÍA. 62
MEDITACIÓN I. Del Nacimiento de Jesús. 63
MEDITACIÓN II. Jesús nace niño. 65
MEDITACIÓN III. De Jesús en fajas 66
MEDITACIÓN IV. Jesús toma leche. 68
MEDITACIÓN V. De Jesús sobre la paja. 70
MEDITACIÓN VI. Jesús que duerme 71
MEDITACIÓN VII. Jesús que llora. 73
MEDITACIÓN VIII. Del nombre de Jesús. 75
MEDITACIÓN IX. De la soledad de Jesús en el establo. 77
MEDITACIÓN X. De las ocupaciones del niño Jesús en el establo de Belén. 79
MEDITACIÓN XI. De la pobreza del niño Jesús. 81
MEDITACIONES PARA LOS DIAS DE LA OCTAVA DE LA EPIFANÍA. 83
MEDITACIÓN I. De la adoración de los Magos. 84
MEDITACIÓN II. De la presentación de Jesús al templo 85
MEDITACIÓN III. De la huida de Jesús a Egipto. 87
MEDITACIÓN IV. De la mansión de Jesús en Egipto. 89
MEDITACIÓN V. De la vuelta de Jesús de Egipto. 91
MEDITACIÓN VI. De la morada de Jesús en Nazaret. 93
MEDITACIÓN VII. Continúa el mismo asunto. 95

MEDITACIONES PARA OBSEQUIAR AL CORAZÓN DE JESÚS 101
MEDITACIÓN I. Corazón amable de Jesús 102
MEDITACIÓN II. Corazón amante de Jesús. 105
MEDITACIÓN III. Corazón de Jesús deseoso de ser amado. 107
MEDITACIÓN IV. Corazón adolorido de Jesús. 109
MEDITACIÓN V. Corazón piadoso de Jesús. 111
MEDITACIÓN VI. Corazón liberal de Jesucristo. 113
MEDITACIÓN VII. Corazón agradecido de Jesús. 115
MEDITACIÓN VIII. Corazón de, Jesús despreciado. 117
MEDITACIÓN IX. Corazón fiel de Jesús. 119
DARDOS DE AMOR. 122
MEDITACIÓN I. 123
MEDITACIÓN II. 124
MEDITACIÓN III. 125
MEDITACIÓN IV. 126
MEDITACIÓN V. 127
MEDITACIÓN VI. 128
MEDITACIÓN VII. 129
MEDITACIÓN VIII. 130
MEDITACIÓN IX. 131
MEDITACIÓN X. 132
MEDITACIÓN XI. 133
MEDITACIÓN XII 134
MEDITACIÓN XIII. 135
MEDITACIÓN XIV. 136
MEDITACIÓN XV. 137
MEDITACIÓN XVI. 138
MEDITACIÓN XVII. 139
MEDITACIÓN XVIII. 140

MEDITACIÓN XIX 141
MEDITACIÓN XX. 142
MEDITACIÓN XXI. 143
MEDITACIÓN XXII. 144
MEDITACIÓN XXIII. 145
MEDITACIÓN XXIV. 146
MEDITACIÓN XXV. 147
MEDITACIÓN XXVI 148
MEDITACIÓN XVII. 149
MEDITACIÓN XXVIII. 150
MEDITACIÓN XXIX. 151
MEDITACIÓN XXX. 152
MEDITACIÓN XXXI 153
MEDITACIÓN XXXII. 154
MEDITACIÓN XXXIII. 155
MEDITACIÓN XXXIV. 156
MEDITACIÓN XXXV. 157
MEDITACIÓN XXXVI. 158
MEDITACIÓN XXXVII 159
MEDITACIÓN XXXVIII 160
Máximas para la dirección de un alma que desea alcanzar la perfección 162